



*La Casa
de los Muchos*

Sebastián Cuevas Navarro

EDITA: ASOCIACIÓN SEBASTIÁN CUEVAS

COLECCIÓN DIGITAL FREE

www.sebastiancuevas.com



Editado por:
Asociación Cultural Sebastián Cuevas
Av. Fuensanta, 17 – 14010 Córdoba
4 Octubre 2011
Colección: Digital Free
Formato Libro Electrónico
176 páginas.
ISBN: En registro
Supervisora de Edición: Rosa M^a Calero

La Casa de los Muchos

Sebastián Cuevas Navarro

PRÓLOGO

UNA LLAMARADA DESDE EL SUR

He decidido encabezar esta breve introducción con el título de una de las publicaciones de Sebastián Cuevas, porque creo que puede simbolizar en gran medida el espíritu de este periodista, poeta y escritor jiennense-cordobés y su apasionada preocupación desde el principio de su actividad creadora por los humildes, los desheredados, los perdedores. Su mirada sobre la literatura fue, como su vida, una mirada comprometida, parafraseando a Blas de Otero, “fieramente humana”.

No en vano Cuevas dedica la obra a la que hace alusión nuestro título a:

“Juan Blas, mi tío, de
21 años que murió el
Brunete, en el Ebro, en
tantas guerras...”

Quiero dar las gracias a Francisco Cuevas, su hijo, por darme la oportunidad de saldar una deuda personal con su padre, al que conocí en los años ochenta cuando me encontraba elaborando una

investigación sobre las revistas literarias de posguerra en Andalucía, que después se convertiría en mi tesis doctoral.

Sebastián Cuevas fue muy generoso conmigo, brindándome la oportunidad de consultar y fotocopiar varios números de la revista Arkángel, prácticamente ilocalizables, que él impulsó junto a Jiménez Martos y Moreno Plaza en los años cincuenta en nuestra ciudad. Por aquellos días, junto al río, hablamos de muchas cosas, o mejor, yo preguntaba y aprendía y él hablaba haciéndome partícipe de ideas, historias e inquietudes. Mi respeto, desde entonces hacia su labor permanecido inalterable.

Gracias pues, por haber pensado en mí para este homenaje necesario y merecido. Estas breves líneas quieren ser un sencillo, pero sentido, recuerdo del periodista y escritor, pero sobre todo del ser humano.

Ahora que se cumplen veinte años de su ausencia, quizá sea un buen momento para que Córdoba conozca a alguien que vivió su tiempo y su compromiso en los difíciles y oscuros años de nuestra larguísima posguerra. En las líneas que siguen, me propongo esbozar algunas notas que puedan servir para ahondar en el conocimiento de Sebastián Cuevas, pero, como su faceta de periodista es sobradamente conocida en Córdoba, quiero centrarme en su vertiente de autor literario y agente de la vida cultural en una Córdoba no muy sobrada de iniciativas.

Sebastián Cuevas nació un diecinueve de noviembre de mil novecientos veintinueve en Arjona (Jaén) y pronto su infancia se repartiría entre Andújar y Córdoba. Su marcha a Granada para cursar estudios de derecho le lleva a entablar amistad, en la animada tertulia cultural del café “Negresco”, con Luis Jiménez Martos, Pedro Pozo Alejo, Urbano Jiménez Marfil y Rafael Pérez Ruiz; todos ellos universitarios cordobeses en aquella ciudad. Ya por aquel entonces sacan a la luz el único número de una revista a la que llaman *Veleta*, que vendrá seguida de una exposición de hojas murales con poesía y dibujos en una conocida librería.

Ya en Córdoba, cuando Cuevas tiene veinticinco años funda junto a Jiménez Martos y Moreno Plaza la revista Arkángel, en cuya dirección figuraba, porque su firma era requisito imprescindible para sacar la

publicación, el periodista José del Río Sanz, pero que sólo en dos ocasiones llegará a colaborar en la misma.

Esta apuesta cultural , que se presentaba como “cuadernos de arte y literatura”, vió la luz en marzo de 1953 y desapareció en diciembre de 1954, tras cinco interesantes entregas, en las que contaron con medio centenar de colaboraciones entre cuyos nombres se encuentran Juan Bernier, Carmelo Casaño, Gabriel Celaya, Gloria Fuertes, Amparo Gascón, Rafael Laffón, Mario López, Leopoldo de Luís, Julio Mariscal Montes, Martín Descalzo, Vicente Núñez o Carlos Rodríguez Spíteri, por citar algunos. Contaron además con los artistas plásticos Roberto Mendés, César Redondela y Antonio Povedano, que actuaba de nexo con Madrid, ciudad en la que residía por entonces.

Como dato curioso señalaremos que estos números salían de una artesana imprenta instalada en unos bajos de la calle Reyes Católicos, que regentaba el afable Arenas. Sobre los poetas de Arkángel, Sebastián Cuevas y Jiménez Martos, comentaba en la revista jiennense “Aljaba”, Leopoldo de Luís lo siguiente:

“Por lo general, en la obra de la mayoría de de todos estos jóvenes poetas se percibe esa tendencia dominante en un sector de la poesía española más reciente, hacia el poema con anécdota, lleno de elementos narrativos y en ocasiones inclinado a un tono de poesía social. Todo ello con algunas peculiaridades muy andaluzas de ternura y melancolía, o bien de imagen colorista y plástica y un latido sensual y cálido”.

Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que de todas las revistas cordobesas de los años cincuenta (*Cántico*, *Aglae*, *Alfoz*, *Arkángel* y *Revista del Mediodía*), la impulsada por Sebastián Cuevas y Jiménez Martos es la más abierta a la llamada poesía social, aunque también da cabida en sus páginas a esa corriente surrealista que por aquellos años cultivan Ángel Crespo, Manuel Pacheco o Gloria Fuertes.

De lo que no cabe ninguna duda es de que los jóvenes de *Arkángel* dejaron oír con claridad su voz en el ambiente cultural que les rodeaba.

No olvidemos que el régimen vivía una modesta apertura iniciada a raíz del nombramiento en 1951 de Joaquín Ruíz-Giménez como Ministro de Educación. Ello favoreció el que en nuestra ciudad se pudiesen celebrar una serie de conferencias de marcado interés cultural, en las que Sebastián Cuevas disertaría sobre el tema del “Teatro actual”. La vinculación con el teatro de nuestro autor es intensa, ya que había participado en su juventud en un grupo teatral con David Fernández con el que llegó a representar una obra del insigne dramaturgo Buero Vallejo. Más adelante veremos que también se animará a escribir un texto dramático.

También es interesante constatar la contundencia con la que tomaron partido en la polémica surgida en la ciudad a raíz de la primera exposición de Pintura Contemporánea promovida por el “Círculo de la Amistad”. La muestra organizada por Fernando Carbonell con la colaboración del arquitecto Rafael de la Hoz, levantó polvareda en la prensa y los sectores más conservadores, dado que era la primera vez que el arte abstracto llegaba a nuestra ciudad. La postura de Cuevas y el grupo Arkángel estuvo claramente a favor de los jóvenes pintores cordobeses participantes en la misma como Aguilera Amate, Duarte o Juan Serrano posicionándose, por tanto, a favor de la innovación, el riesgo y la contemporaneidad en el arte.

Otro hecho significativo que muestra a las claras el talante progresista de aquellos jóvenes es la inclusión en la segunda entrega de la revista *Arkángel* de un poema del *Canto General* de Pablo Neruda o la organización en Baeza del primer homenaje que se ofrecía en Andalucía a Don Antonio Machado, poeta por lo demás ampliamente reivindicado en las páginas de la publicación cordobesa. De este acto, celebrado en mayo de 1954 se hacía eco la prensa local de la siguiente manera:

“Por primera vez se ha celebrado en Andalucía un acto de esta índole por el que se vincula definitivamente la figura de Machado con esta tierra y queda constancia de su magisterio para con la generación literaria actual”.

En definitiva, estos “niños de la guerra”, como se les había dado en llamar desde el punto de vista literario, estaban en absoluta consonancia con esa poesía del “yo” al “nosotros” que era tendencia predominante en nuestro país por aquellos años y en radical oposición a lo que pudiéramos llamar verlenianamente “el arte por el arte”.

Pero retomemos la trayectoria de Sebastián Cuevas. Éste había publicado en 1948 su primer poemario *Pájaro de cristal*, en el que nos sorprenden bellísimos sonetos desbordantes de pasión amorosa.

Tendremos que esperar hasta 1960 para que viera la luz su segundo libro *Ciudad fiel* y hasta 1976 para que se editase *Los proscritos*, en el que queda de manifiesto su amor por los caídos y el acercamiento a los marginados, poesía más que social, abiertamente política. Es sabido del compromiso efectivo de Cuevas en el ámbito de la izquierda. En ese mismo año, ven la luz sus *Cuentos y Descuentos Andaluces*, del que Salcedo Hierro apuntó que era una sinopsis densa de varias novelas.

Ya en 1978 *Una llamarada desde el Sur*, título con el que hemos rotulado este texto, se publica bajo el signo de “Arkángel” y viene a intensificar los recursos expresionistas y andalucistas de la poesía de Cuevas. Ese mismo año, un jurado presidido por D. Emilio García Gómez lo galardonaría con el Premio Internacional “Los poetas árabes y españoles cantan a Medina Azahara”, que había sido convocado por el Ministerio de Cultura. El título que le valió el reconocimiento: *Donde la mantis religiosa espera*.

Ya en los ochenta publicaría *Palabras de las tierras de Córdoba y Bajando el Guadalquivir con las cenizas de Plácido Fernández Viagas en un puchero*. También en 1986 escribe para el grupo cordobés Trápala Teatro, *Besteiro o el diablo de los ojos azules*, pero, sin duda, su obra más conocida cae en el terreno de la narrativa y la que aquí nos ocupa es *La casa de los muchos* (1989).

La casa de los muchos es una novela de naturaleza costumbrista que fue editada por las ediciones de la posada del Ayuntamiento de Córdoba. Es la historia real de una casa de vecinos en Córdoba.

Por ella desfilan como apuntará el propio Cuevas, personajes “menestrales y humildes”, en un abigarrado fresco de la Córdoba popular, marginal, para cuya descripción el autor hace gala de un profundo conocimiento de la jerga y el ambiente en el que se desenvuelven esas cincuenta y ocho familias, con sus peculiares personajes, desde el Churrifloja, hijo del Moli, hasta el Muerto vivo y su mujer Aciscla, La Sastra Boni y sus hijas las gemelas Justi y Rufi, de las que se dice que “son pantaloneras y putas sin sueldo”. También desfilan por estas páginas Remigia, la estraperlista, Cristóbal el ciego, el Fonta, la Sole, la municipal, Andrés el Carpintero o Dolores la planchadora.

Sobre el arsenal léxico que despliega en la novela, el propio narrador advierte:

“[...] y de estas cosas ya veremos como hay bastantes en la Casa de los Muchos, que es el corral o casa de vecinos donde vivimos la gente que circulamos en esta historia, cuya forma de hablar no es que sea distinta a la de los paisanos de otras casas y otros barrios, pero sí que es dueña de un motejerío y una parla marisabidilla, llena de refranes, dimes y diretes que se enseñan y se aprenden de unos a otros en esta escuela o miga de perragorda que son los patios, corrales, salas y oficialías del lugar [...]”.

Invito a los que no conozcan la obra a aprovechar la oportunidad de su edición digital para sumergirse en este peculiar universo de seres reales, de carne y hueso, que cada mañana luchaban por la vida a su manera, en definitiva, como lo siguen haciendo hoy tantos y tantos seres humanos para los que la tarea de vivir e incluso de sobrevivir es un duro oficio.

Rafaela Valenzuela Jiménez

ÍNDICE

1. Las gentes de la corrala	13
2. Donde se habla de las gemelas y del monipodio de la Corredera	23
3. El <i>Negro</i> se churrasca, el barbero rebana el cuello a un cristiano y el <i>Churri</i> se busca la vida	35
4. El chatarrero de la Travesía de Barrionuevo.....	49
5. Juego de niños	65
6. La muerte del torero	75
7. Memoria del Campo de San Antón.....	81
8. Donde Andrés relata el ajusticiamiento del Sorroche.....	93
9. De cómo el <i>Churrifloja</i> perdió la razón de su mote en la <i>Casa de los Muchos</i>	100
10. Otoño de lagartos.....	107
11. De cómo Carlos, el chamarilero del motocarro, le mete al Andrés las cabras en el corral, contando historias.....	119
12. Camino de Praena, a la recogida de la aceituna	129
13. Aceituneros	143
14. La procesión del Silencio	149
15. Donde se conoce al casero.....	157
16. La vuelta del Churrifloja	163
Adenda	172

1

Las gentes de la corrala.

El chaval tenía un diablo en la barriga. Y no se estaba quieto ni debajo del agua. Pero cuando andaba con su padre ejerciendo la trampería de los alcaudones y chamarines, con alares y otras perchas de cerdas de caballo, parecía, como solía decir el *Muerto Vivo*, como si el diablo estuviera entretenido haciendo cenachos; de lo quieto y agazapado que se estaba, que no movía el pescuezo ni para espantarse un tábano, como perro perdiguero al acecho del aleteo y el pioleo.

Iba para renegrado y enteco. Y a sus diez u once años, disfrutaba ya de un mote, que él aceptaba con la resignación natural de lo inevitable.

El tal alias era el de *Churrifloja* y le sobrevino por mor de una angurria que contrajo de pequeño, con tal maladía que el pobre se meaba por las patas abajo, sin poderlo remediar. Porque un catarro o almojaje en la vejiga, a la edad de tres años, se le hizo crónico. Y siempre andaba con urgencias para desabrocharse la portañuela y la mayoría de las veces no le daba tiempo a tal menester, por lo que se orinaba en la bragueta, chorreándose los calzones que, con este hábito, amarilleaban, crujientes y acartonados como los zahones de los mamporreros del cuartel de la Remonta de Caballería, del Alcázar Viejo, estos por los chigatazos de los mamporreros, a los que ayudaban a ensartar el péndulo en su agujero natural.

Algo parecido le pasaba al Onofre, el zapatero remendón que tenía cama y taller en su misma casa, por más que el taller no fuera sino mesilla mezquina, por uno de los patios, para los cabos, cerotes, tachuelas y leznas. El Onofre, también, andaba hecho una calamidad de las partes pudendas, entre la potra, que no había braguero que se la sujetara de lo esjangolida que la tenía y el asunto ese de los viejos que le dicen próstata y que, en realidad, es una gaita que los hace unos desgraciados.

Pero, en fin, más vale dejar estos pormenores. No porque me parezcan cosa baja ni indecente, que, antes bien, son

pesares naturales y ningún cristiano está libre de ellos, sino porque el negocio que tenemos entre manos es el de la pajaritería del *Churrifloja* y su padre, el *Moli*, palabra esta que no es mote sino apócope de su apellido. Pues ya se sabe que, en clase de pueblo, siempre se anda con hambre y se acaba comiendo aunque sean letras del apellido, que igual señala *Moli* que Molina, que así reviene de parte de padre el que lo es del *Churrifloja*. Y de estas cosas ya veremos como hay bastantes por la *Casa de los Muchos*, que es el corral o casa de vecinos donde vivimos la gente que circulamos en esta historia, cuya forma de hablar no es que sea distinta a la de los paisanos de otras casas y otros barrios, pero sí que es dueña de un motejerío y una parla marisabidilla, llena de refranes, dimes y diretes que se enseñan y se aprenden de unos a otros en esta escuela o miga de perra gorda que son los patios, corrales, salas y oficialías del lugar, que más parecería un cortijo, de no ser porque está dentro de la ciudad, en la misma carretera de Madrid, cerca del Matadero y del secadero de pieles de Arroyo; compañías éstas que, aparte del ajetreo temprano, dejan, en ocasión de los calorines, unas pestes repentinas cuando andan en los trajines del sebo que se meten hasta el tuétano, pero a los que uno se acostumbra y no le amargan la vida porque, además, todo el contorno de los once patios está lleno de arriates con sus yerbaluisas y sus jazmineros y sus miramelindos y sus geranios que durante el día equilibran los tufos. Cuando llega la noche y se echan las pestes ya es una gloria con la querella de la brisa con las damas de noche y los dondiegos.

Íbamos hablando de la gente de esta historia, todos ellos menestrales y humildes, como corresponde al barrio, pero todos ellos sin rencores. Que no se encontrará otro corral de vecindad en todo Córdoba donde las broncas y las trifulcas se olviden más pronto, hasta el punto de que las mismas comadres que por las mañanas se sacan las tiras de pellejo o se arrancan el moño en el lavadero, andan juntas por la tarde, repartiéndose los jazmines para las moñas o regalándose una batata asada en el anafre o prestándose una cuchilla de *La*

Rosa para el afeitado de sus hombres o una pulgada de pimentón para el guiso de cardos de la cena.

Así que tenemos al *Moli* y al *Churrifloja* por el Arenal, ganándose su pan del día, escondidos en los tarajes, mientras van pelando los pajarillos ya cazados, que ensartan en medias docenas por las narinas, como dicen que se llaman los agujeros del pico y, de esta guisa, preparando la percha que después llevará el *Churrifloja*, triunfante, a vender en Casa de Chicuelas, en la taberna de los Gallegos o en la de los Mochuelos, o en cualquier otra del barrio, ya que, aunque parece que está prohibido cazar pájaros, menos los trigueros, la verdad es que todo el mundo lo consiente. Y hasta los señorones bajan desde la Tendillas y las casas que hay por los jardines de las palmeras y Gran Capitán para comerse un plato, bien fritos.

Se nota que los guardias deben de hacer la vista gorda pensando que de algo tienen que vivir los pobres, porque las cosas del trabajo están difíciles. Y más desde que empezaron a cerrar las fábricas, como la de la Porcelana, la Fundición de la Cordobesa y tantos talleres que daban trabajo a las mujeres como la fábrica de ampollas de vidrio para las inyecciones y las mismas platerías que, hoy, para que le den a una algún encargo, una gruesa de anillos para pulir o una partida de rosarios de filigrana para engarzar hay que ser poco menos que sobrina del cura de la Fuensanta o pariente de alguien de la Fiscalía de Tasas, que ya se anda la gente buscando recomendaciones hasta para hacer de criado, para ir a la rebusca de las espigas o para entrar de peón en las obras de la Sagrada Familia, que son un gaje, con sus *puntos* y sus pluses y hay señores que no los dejamos trabajar en sus tiendas, en sus ferreterías, en sus fábricas de aceite, con la pedigüeñez de una casa en Fray Albino o de un lugar en la nómina.

No vayan ustedes a pensar, de cualquier modo, por estos dichos, que esta historia va a ser cosa de tristezas ni nada parecido, si quitamos lo de la demolición y el polígono nuevo

de bloques, de lo que ya hablaremos al final de la leyenda. Al contrario, tengo para mí que éste va a ser el romance más alegre que ustedes conozcan. Porque no hay más que ver la alegría de la *Casa de los Muchos* a cualquier hora del día o de la noche. Que siempre habrá alguna parienta dándole al cuplé y un canario o un verderón cantando y una radio puesta a todo trapo con el Valderrama o el Vallejo, o el mismísimo Onofre, no el zapatero de la casa, sino el de Santa Marina, que ha grabado una placa con las soleares de los piconeros y anda de discos dedicados todos los días, felicitando en su santo, por E.A.J. 24, Radio Córdoba. Y, si se cuadra, el mismo remendón que quiere parecerse a su tocayo y mientras le da chaira a la cuchilla suele chamuar unas alegrías de Córdoba o un cante por el Niño de Marchena, de mucho respeto.

Y siempre habrá una pareja pelando la pava en algún quicio de puerta y algún niño jugando y algún cocido hirviendo para llenar toda la casa de aroma. Y cuando no hay caracolá para todos, con su gloria de yerbabuena, alguien está haciendo café, que transmina a pesar del bastardeo de la achicoria, o contando una historia de que si fulana, la de la Huerta de la Capilla o la del hojalatero de la Travesía de Barrionuevo se ha fugado con el novio, o si zutana, la de las casitas del obispo se ha quedado preñada de sabe Dios quién, que ya sabemos de qué pie cojea la pobre.

Y, cuando no, un bautizo con sus perrillas espurreadas a puñados y sus gritos de ¡el padrino es gurrumino!, ¡el padrino es gurrumino!, de la chiquillería, arremolinados de escolta; o una boda, con sus almendras y sus fiestas de bandurrias para los pasodobles del patio de en medio, donde el empedrado está resanado de cemento. O hasta un entierro, no crean, que ya se sabe que el que va a un entierro y no bebe vino, el suyo le viene de camino, por más que hasta para los huérfanos y viudos es bueno pegar berridos y ensanchar los pulmones y la garganta con ayes y gritos, que en eso es oficiala Aciscla, la mujer del *Muerto Vivo*, que hasta le pagan para llorar, porque lo hace tan bien que se pega a los demás, como lo de abrir la

boca y, en cuanto empieza ella, se monta la orquesta de las plañideras, la tía, que echa lágrimas como puños y se parte el corazón de oírle las oraciones de los muertos y de lo bueno que era aunque empinara el codo y le pegara cuatro mojicones a la supérstite, que para eso se casa una, para que le calienten el culo por la noche y los morros cuando al hombre se le ahume el pescado. O de un carnaval, con sus murgas y copletas y sus disfraces de mujerucas de los varones o de hombre de las mujeres y sus que no me conoces, que no me conoces y pellizcos en el culo; o un corro, un judas, una cencerrada a cualquier viudo o viuda recasados. Como el día que Remigia, la estraperlista, se trajo a vivir a su sala al trilerero de la Corredera, que montó una matraca con los cencerros da la vaquería de Chirova, el de la calle el Cádiz, a espaldas de los patios y la estraperlista quería arrancarle el cuello a las gemelas diciendo que ellas puteaban a tres, como las francesas, qué cachondeo.

O un perol, un frito de bogas en adobo, una garrafa de vino para el triunfo de las sardinas asadas, o unas colas de bacalao, o una docena de alcaciles, o una almorzá de algarrobas. Que el caso es estar juntos y hablar de lo que sea y no pensar en la miseria ni en el hambre de cada día, que mañana será otro día y a quien Dios se la da, San Pedro se la bendice. Y todo lo que se parte se reparte porque, al final, siempre habrá algún vecino que, viendo que no se enciende la hornilla, acuda con una taza de caldo. Y si no, se recurre al cordelillero, a peseta por duro hasta el sábado, o al señor cura, las señoritas de Cáritas o de Auxilio Social, o las monjas de la Cocina Económica. Y en último caso, cardillos y verdolagas y collejas, que nacen por libre de la cofradía de San Isidro, o boniatos cocidos, manjar para los años del hambre; años que ya aparecerán por este revoltillo de historias, con sus hinchazones de tripas y sus perrillos para dar fritos en aceite, cuando el médico dice que hay endeblez.

Y, si todo falla, el colchón a cuestras. Y, quien los tenga, el mantón de Manila y los anillos, que el que nunca falla es el

Monte de Piedad del Señor Medina, por el Realejo, o por la calle Manríquez, penúltimo cartucho. Porque el último es vender la papeleta de empeño a los que ponen mesilla de cambiar en la Corredera.

Lo que puedo asegurar es que estas historias no se parecen a las que anda contando Cristóbal, el ciego, del que estuvo una temporada el *Churri floja* de monago, para lázaro y para pasar el platillo por el mercado, mientras el cegato aporreaba la guitarra y contaba la vida del malvado Cintas Verdes, que se apioló con una faca a toda una familia del cortijo del Jardincito que:

-comadre, que hoy a toreao Rafaé er Guerra y vengo a pedirle al compare un empeño adelantao pa la entrá-

- pos el compare no está y yo sin su premiso no te puéo dá un chavo-,

- pos yo lo siento mucho, comare, pero yo no puéo quearme hoy sin í al coso de los Tejares, pa vé a *Rafaé*-,

- pos a vé cómo te apañas tú por otro lao-,

- pos ya verá osté, comare, que no tengo más remedio que llevarme los dineros por la brava y rajarla pa eso, si no me los dá y sanseacabó-.

Que aquello fue el degüello de los inocentes, con los niños, la comadre, el jardinero, el sursum, abiertos en canal como guarros, con los mondongos fuera.

Éstas, al contrario, son historias alegres aunque desgraciadas, sin que se parezcan tampoco a las de Genoveva, la de Bravante, con sus huérfanos sin leche y las cabras haciendo de loba de Roma, a perra gorda el cuadernillo cada semana, y otras así.

No. Para mí tengo que lo que hay que contar, si ustedes que lo van a oír tienen que entretenerse es la vida misma del corral, hasta que nos echaron a todos y derribaron las tapias. O sea, la vida de todos los cristianos que vivimos en sus habitaciones, que llamamos *salas*, por engrandecer las cosas y que, en realidad, son un cuarto-alcoba separados por una

cortina ajerezada a rayas azules y blancas, como los colchones. Que siempre resulta más barato un retal que un tabique o una puerta y además deja pasar el aire necesario contra el sofoco de las siestas y las noches de calina, cuando se paran las estrellas sobre los emparrados y enloquecen los grillos; cuánto más necesaria esta ventilación cuando siempre son demasiados los colchones y jergones bajo un sólo techo.

Contando así esta historia, al hablar de la *Casa de los Muchos* se habla de la gente que vive en este refugio cordobés y, en siguiendo sus pasos, acabamos contando toda la ciudad, de la que éste mundo es como el hormiguero, porque en él hay vida las veinticuatro horas del día y un espíritu común de enjambre, para lo bueno y para lo malo. Porque allí se trabaja, que aparte del Onofre y de las pulidoras, que son varias y no hay por dónde cogerlas del hollín, está Dolores, la planchadora, dándole al almidón que deshace las pastillas en un lebrillo y luego venga a mojar la muñequilla de trapo y a pegarle con ella a los volantes de las enaguas, a los trajes de gitana, a las pecheras de los camisolines de mérito, que le encargan por haciendas y, todo ello, mientras bambolea la plancha de chimenea, con su incienso, como si fuera un botafumeiro corralero y comunal.

Y está el bueno de Andrés, con su banco de carpintero, en el que igual arregla el culo desaneado de una silla que hace un armario para el ajuar de un pobre, o una espetera para un lujo de cocina. Y está la sastra y sus hijas que son pantaloneras, además de gemelas y putas sin sueldo, que lo son porque les va la marcha y yo me digo si será por andar siempre metiendo la mano en los perniles. Y tomando medida, con el metro de tela bien remetido, -¿de qué lado cargas tú, niño?-

Y está el *Fonta*, con sus estopas y su estaño, que derrite en uno de los fogones de la cocina, con sus barritas cuando se cuaja el azófar hecho caldo, y sus hojalatas para hacer faroles, moldes como flores para los dulces de la nochebuena y para las perrunas y para las magdalenas y flanes, con sus ondas y

que nadie sabe cuándo duerme, porque el muy pingajo se pasa las noches enteras jugándose los cuartos a las treinta y una en el quiosco de la Ribera, las tardes pegándole al dominó por las tabernas y las mañanas y los días con el anafrillo y los soldados a cuestras, de casa en casa, gritando: -se arreglan sartenes, ollas- y si no en el patio, con la hojalatería de encargo.

Y está el *Muerto Vivo*, el marido de la llorona, que es por tiempos arenero en el soto, con las recuas de burros, calero en el horno de Trujillo o peletero en casa de Arroyo, sacándose el hombre un sobresueldo con los huesos de las canillas que le guardan en el Matadero y que él, después de sacarle el sebo para los guisos y el lustre de las botas, los prepara para un anticuario que hace chifonieres con incrustaciones, a peseta la docena de redondelillos. Se llama Pí, aunque cuando se murió le sacaron el nombre entero y resultó que era Epifanio. Fue un día de sofoco que estaba el hombre descocando el horno de cal y sacando la carbonilla para que tirara y le dio un arrechucho, que menos mal que cayó para fuera y no para dentro como el *Negro*, que ya contaré. Pero para el caso fue igual porque estaba totalmente muerto. Y allí sí que hizo un derroche Aciscla, que estuvo todo el velorio sin parar de gritar y de echar lágrimas y así toda la tarde y todo el día y más cuando vino el cura y le echó las cruces de aceite y se fue y cuando lo metió bien lavado en la caja y le puso las manos cruzadas y le echó las fotos de cuando se retrataron con el fotógrafo ambulante, y le echó su cartilla militar colorada y caqui, de tela y piel, que guardaba el pobre Pí como un tesoro y se la enseñaba a quienes se crían que era mentira que había estado en Mahón, leguas por barco, de militar carcelero. El bueno de Pí, que lo llevaron al cementerio con toda la parentela de la *Casa de los Muchos* detrás y lo dejaron allí en la losa para el entierro al día siguiente y cuando llegó la noche y estaban todos sentados en los patios lo vieron entrar con su ataúd a cuestras, -que parece mentira, pero para ahorrar para cuando me muera de verdad yo o Aciscla, aunque a ella le viene grande-. Y allí está va para doce años debajo de la cama, que

cada blanqueo hay que darle con aceite y se tiene que retocar un poco porque la tapa se alabea y se entreabre ya un poco, por lo que Andrés le da un mojete con un trapo y le pone un peso encima que parece nuevo y sin usar, porque no llegaron a echarle tierra encima.

Y están todas las viejas y las nuevas. Cincuenta y ocho familias repartidas por habitaciones de una planta, con sólo fachada a Campo Madre de Dios de alto con balcón. Están los niños. Y está la *Sole*, que es como una flor de manzanilla andando. Y creciendo. Hija de la limonera, de grandes ojos como espejos azules y brazos livianos y airosos como las diosas indias que vienen en los cromos del *Salsafrán*, a las que les salen brazos y más brazos y tienen flores de loto moradas por el pelo. El suyo es de color limón y de manzanilla y cuando se echa sobre el pedregal de los patios apartados se le pierde la cabeza entre las cabezuelas de olor que nacen entre las piedras.

Y están todas las viejas. La municipal, que le da al codo y se lo empina de extranjis, que dice para disimular, que compra el vino para darle gustillo a los guisos, pero en el fondo, nadie ignora que es mujer de piqueras. Y digo yo si no será por no desentonar con su marido, el guindilla de la porra, cuya entrada en la casa se anuncia de lejos, por el olor, hediendo a mollate, del que en chufla dice el Onofre que avisa antes de llegar como los afilaores con la armónica.

Y están los niños. Y están los miramelindos. Y la albahaca. Y los claveles, en maceteros y en ollas de colgar por su alambre, en cualquier escarpia. Y están los poyetes y las ventanas y la baranda de las galerías, que se descuelga de gitanilla y reventones. Y está el olor de las coles. Y el de los boniatos cocidos. Y está la alegría como una aurora boreal que se hubiere quedado parada encima de la *Casa de los Muchos*, iluminando y protegiendo a cuerpos, almas, conejos, canarios, gallos de pelea, gatos, por los aleros de los tejadillos, flores.

2

Donde se habla de las gemelas
y del monipodio de la Corredera.

La sastra se llamaba Bonosa, como todos los nacidos en Arjona, que ya se sabe que sus patronos son San Bonoso y San Maximino. Y nació escuchimizada y como necesitando que le dieran los perrillos. Pero fue el caso que su madre, que ejercía en el pueblo de ama de cría, en casa de unos marqueses o generales que llamaban los Muñoz Cobos o yo qué sé, a base de buenos caldos de gallina, para que le fuera por la teta llenaba la despensa de las ubres y escurriéndole el pecho a la criatura de los amos, fue enderezando la suya y arreglando el entuerto. Y así prosperó la Bonosa. Hasta el punto que se hizo capaz y, ya de mocosa, trabajadora.

Entró de aprendiz de sastra para los sobrehilados y para poner las percalinas y las pretinas de los calzones, labores que desarrollaba después de venirse, con el sol, del campo. Que no había faena que se le escapara, fuera la escarda, la espiga, la recogida de la aceituna. En cuyos menesteres echó buenos riñones que luego le fueron muy útiles para parir a las mellizas.

Con los caños se le secó la contrata a su madre y le entró una tristeza de la que se murió, porque sin marido tuvo que jubilarse al vaciarse las ubres y le entró una morriña por su inutilidad de ama seca que se fue en un suspiro. Siguió la Bonosa, sola, en Arjona, hasta que se enredó la manta y la engarlitó un más cuatrero que tratante que frecuentaba el pueblo y que se adornaba con reloj de cadena y un estedal en el ojal de la solapa de la chaqueta, cuando sólo la usaban los señores. Con escaso ható se fue, tras vender la casa al boticario, con el de la parla, un día de esos de locura en el que el campo huele a húmedo y la sangre se encabrita, llenando de picores el cuerpo.

En busca de arriendos económicos dieron con sus huesos en la *Casa de los Muchos*, cuyo casero nunca exigió partida de casamiento y donde los inquilinatos eran más bien cosa de palabras y acuerdos que de papeles y formalidades. La verdad es que la Bonosa nunca se arrepintió de la fuga ni de nuestra

vecindad, pues aunque se le desgració el hombre en una revuelta de navajas de esas que se organizan en los follones de las ferias y los tratos, cuando esto sucedió y se lo llevaron despanzurrado, ella había alumbrado ya a las mellizas y hecho parroquia de sastra.

Cosía por encargo de un maestro de las calles principales y como llegó a ser buena oficiala y era diestra en los enmangues, las hijuelas, puentes y gavilanes, y luego con la plancha sabía darle mérito a la ropa; nunca le faltó faena.

Tenía buenas muñecas para apretar la plancha de vapor sobre los sifranes, nombre que le decía ella a la tabla de nogal que le hizo el Andrés y que siempre tenía pulcra reponiéndole el forro de Holanda y un colchoncillo de franela.

Del tratante, gemelas aparte, sólo le quedó la oscura noticia de un tango por el que él se arrancaba y que ella repetía de cuando en cuando, mientras cosía o planchaba, acordándose, a lo mejor, de sus días de fiebre. Al pie de un rosal florido me hiciste tu juramento. El tratante de la cadena y estedal en la solapa había sido aficionado a Carlos Gardel y le iba esta milonga.

Sus hijas resultaron, como dijo la partera cuando liaba las secundinas para echarlas al río, univitelinas. O sea, gemelas, que es parentesco que confundimos, aunque distinto que el de mellizas; algo más. Porque las mellizas son sólo hermanas del mismo tiempo, pero las gemelas son como dos mitades iguales pero completas. Y por eso, cuando una se resfriaba, se resfriaba la otra, y cuando a una se le bajaba la regla, la otra estaba también estropeando pañitos, que en tales días parecía la casa estar de matanza, con los lebrillos al sol y los cubos desanguiando en la lejía.

Sus hijas, digo, se llamaban Justa y Rufina. Porque el tratante, que remanecía de la provincia de Sevilla, por la parte donde están los pueblos serreños del aguardiente y el corcho, a

lo que contaba, pensó que aquellos nombres eran los más apropiados para dos hermanas tan iguales.

Aprendieron el oficio de pantaloneras, al lado de su madre, Bonosa, resumida en *Boni*. Y allí fue viviendo el trío, la *Boni*, la *Justi* y la *Rufi*, de segundo apodo *Fina*, en buena armonía y no demasiadas estrecheces, aunque siempre sin desahogo y sujeta a la común maledicencia de la *Casa de los Muchos*, ya que aunque no eran peleonas les gustaba enzarzar a la gente con copletas. Enfermedad que se les fue pasando, como los humos, sobre todo desde la noche del melonar, que no es cosa de contarlo de pe a pa, pero donde ocurrieron cosas que sirvieron para que, como parece que estaba escrito en las repetidas rayas de las manos de las niñas, dejaran la misma noche y, claro está, con el mismo hombre de ser eso tan difícil para las mujeres pobres que se dice con el dicho de ser mocita o virgen.

A partir de entonces, y como le tomaran gusto al trajín, frecuentaban los bailes de pitos largos y guitarras de las Siete Revueltas donde se daba un curioso magreo al son de aquello de la caravana con sus llantos y risas y tan sólo él quedó sin compañera. Y se hicieron imprescindibles en todas las velaíllas del barrio y por menos de un comino se buscaban un aliño. Aunque lo que de verdad les gustaba a ellas era lo de la cama redonda. Y no porque tuvieran desviaciones contra hechura natural que tanto maldice el fray Carmelo, carmelita en Puerta Nueva, sino que, como nacidas del mismo huevo, estaban encadenadas a una comunidad de inclinaciones.

Pero, aparte de estos reparos, no cabía otra cosa que reprocharles ya que, a ejemplo de la madre, las niñas eran trabajadoras y limpias, que le sacaban brillo diariamente a la jofaina, ya que se aspergaban más que los moros en sus iglesias.

Además, eran las tres mujeres de corazón sensible, como de novela de la radio o de aquellas que les leían en corro Andrés

el carpintero y Aciscla, la llorona, que hacían entre sí el relevo cuando se cansaban de silabear en voz alta, como los soldados en la garita. Novelas que compraban, cada semana un cuadernillo, por entregas, con sus niños abandonados y sus marqueses siempre queriendo apirabarse por la brava a las huérfanas, si no por el engaño y, que, como os cuento, les dejaba cada martes el corazón en un puño.

Bueno, pues resulta que eran las tres como malvas de buenas y desde chiquitajo le habían cogido ley al *Churrifloja*, cuya madre se murió de sobreparto, dicen que infectada porque el *Moli*, que era pocero de alcantarillas y retretes le metió mano demasiado pronto, cuando tenía todavía las bajas blandas y en carne viva, vamos, por lo menos eso dice la Aciscla que la amortajó y pudo ver el desastre oculto. Con esta querencia de las costureras, desde chicuelo, le daban cada atardecer al *Churri* un tazón de leche de cabra y una torta recién hecha que pasaba vendiendo, en una gran canasta cubierta de cañamazo para evitar el comensalismo de las moscas, una coja de blanco delantal que pregonaba en el portón y por los patios. -¡Hojaldres calientes! ¡Tortas apestñáaaaas!-; pregón que les servía de reloj, porque con su vocerío daba las siete más fuerte y más puntualmente que el reloj del Asilo de Madre de Dios.

Lo sentaban junto a sus faldas, como en un corro, entre los tufos de la plancha a la que el *Churri*, de pequeño, le gustaba escupir, porque la saliva chirrispurraba y se chamuscaba después de hacerse una bolita huidiza, ocre con un chuichuichui que al niño le hacía mucha gracia, y por lo que le reprimían las mujeres: -¡este niño ensuciando la plancha y luego se manchan los géneros!-. Pues, estamos en que se sentaba entre ellas y le daban un buen tazón de leche que tomaban por abono al cabrero de la calle el Cádiz, a veinte metros de su casa, que preferían a la de las vacas del Chirova, también su vecino. Las cabras las encerraban donde hacen las tomizas y las madejas de cuerda en la rueca que semeja la rueda del afilador. A veces, de la mano de las niñas iba el

Churri hasta la cabreriza para comprar la leche, del naranjal a los labios, que se arrodillaba el cabrero y le metía el puñado en las ubres y sonaba la cantarilla de aluminio con cada ordeño, levantando espuma o nata, como cuando él conseguía llegar a tiempo a mear en el bacín, qué gloria, qué descanso.

Después de beberse la leche, se limpiaba las guacharras blancas con el dorso de la mano y suspiraba satisfecho, ¡qué rica está!, y se recernía en la silla o la jamuga como un polluelo en un arriate y entonces tomaba las agujas de un cañutero o de un mundillo relleno de serrín de cuyo hincó asoma el ojo y el hilo y se las iba enhebrando del gran cadejo blanco de sobrehilar y ellas clavaban y desclavaban sobre el trazo del jaboncillo grandes respuntes que, al cortarlos, no sé por qué, dejaba su traza como de flecos.

Al atardecer ya no era hilo, sino jazmines, lo que enhebraba. Él mismo los cogía de la puerta de las sastras, donde un gran plantón, uno de los muchos del patio, yedreaba enjardinado a la pared. Cuidaba mucho al recolectarlos de no desgraciar las cabezuelas del día siguiente, haciéndose práctico en distinguirlas por la granazón y la color del malva virando al blanco puro. Enhebraba los jazmines en alfileres de cabeza negra y ellas, las tres, se clavaban ramos en el pelo que todas tenían recogido en moño abundoso, endrino el de las mozuelas y el de la Bonosa caneando ya, como pelo de jumento o cabra, pero el de todas largo y brillante si lo extendían para repeinarse, como la cola de un caballo de mérito. Aunque a la madre, la pobre, los años ya se le iban engancho desde la cabeza hasta los pies, pues amén del blancor de la cabeza, al andar por las piedras de los patios ya renqueaba, con su maladía de varices que le cruzaban las piernas como verdugones morados. A veces, tenía que sentarse mientras estaba cortando, como nadie, una caída de sisa o unos plastones para unas solapas, o una manta de guata para las hombreras y, entonces, descansaba y -¡ay Jesús, ay San Bonoso de mi alma!-, y otras jaculatorias y se echaba en la mecedora, que era la joya del ajuar, con su panal de rejilla

de mimbre y el mecedor curvado por una gran ese que enmimbraba el reposabrazos en la misma pieza.

Cuando iba cayendo la noche, los días que las sastras no velaban por la proximidad de una feria o una Semana Santa, mientras las dos hermanas se iban por sus querencias y la *Boni* se retrepaba en la mecedora y se adormilaba en un dulce vaivén, como de cuna, antes de que el *Moli* volviera de las tabernas para vestirse de sucio para el trabajo, que dicho queda que era ayudante de pocero de fosas sépticas y albañales, a base de cazos y reños para aguantar los tufos hediondos; el *Churri* se iba al rincón del segundo corral con el Andrés el carpintero, que ya había recogido las herramientas de su banco y las había guardado en el gran cajón situado bajo la tablazón y echado el candado. Allí, el *Churri* se aplicaba a recoger los rizos olorosos de las virutas, mientras prudente, Andrés bajaba el corchete para que el niño, jugando, no se hiriera con los dientes de hierro. Y el *Churri* alineaba y ordenaba los brillantes y peguntosos pomos de los barnices, mientras no cesaba de preguntarle el porqué de las cosas y él venga a explicarle que si la trementina, que si la laca, que si la sandaraca o el aceite de linaza.

Y entre tanto, el hombre, destensaba la sierra de mano quitándole un par de vueltas al cordel y la sagita, la colgaba de una alcayata y rezongaba: -¡cuándo leche van a venir los húngaros que limpian las escofinas y desentrapan las limas!-. Y, mientras, corregía la presión de los gatos sobre los lazos de dos tablas recién encoladas y engatilladas, afilaba los formones en la negra piedra aceitosa y, al cabo, se sentaba en la jamuguilla y, a su lado, el niño en una banqueta, junto a la jaula de gallos ingleses. Y Andrés los tomaba, las patas de los pelones entre los dedos de su mano y les acariciaba con la otra mano el desplumado torso, las cicatrices, encurtiéndoles las llagas de la última pelea, de cuya supervivencia se denota la victoria.

Luego caía la noche y niño y adulto se sumergían en la gloria del patio y entonces Andrés le contaba cosas de sus guerras. Y de las moras, -¡qué tías, cómo mueven el vientre bailando, que es difícil echarle el ojo fijo al ombligo!, por los cafetines de Larache o de Villa Nador, mientras nosotros, los soldados farrucones ya de tanto té verde y tanto kifi, fumando en arguillas con cazoletas de barro y entonces, ¿sabes, *Churri*?, nos poníamos vacilones y nos importaba una mierda el capitán y la corneta ¡que tururú! y siempre acabábamos a trompicones con los de la chilaba, cobardones, pero traidores que, si te descuidas te clavan un puñal que llaman gumía que llevan escondido entre los refajos y los alquiceles y uno los ve desarmados y les tiene lástima, pero luego se echa uno a pensar que vaya tíos celosos que te apuñalan por cualquier mora, aunque no sea la suya que es cosa como de religión y los santones los cabrean y en cuanto ven a alguna de su raza haciéndoles cucamonas a un español, por más puta que Rita que sea, entre ellos se mosquean. Ellas no, que ya verás tú cuando seas mayor que ¡ojalá te toque hacer la mili en África!, que allí teníamos que ir todos, que aquello es Jauja y allí es donde uno se da cuenta de lo importante que es ser cristiano, sin que esto sea referirme a los curas, que tú ya sabes, *Churri*, que a mí me van poco los de las enaguillas negras que por algo soy obrero e hijo de obrero y me tira la Casa del Pueblo aunque eso, de ti para mí y hoy por hoy hay que callárselo si no quiere uno que lo lleven a la tapia, que por menos se han apiolado los de Cascajo y el Queipo a media humanidad-

Y así, hasta que se alzaba la noche y el Andrés se iba para casa de los Seoane, los Gallegos, por Puerta Nueva, en busca de su vino manchego, que prefería por más barato y menos cabezón que el de Montilla, que hay quien se bebe, ricamente, tres litros y lo más que le pasa es que se pone algo tontón, como cuando el kifi, pero no se sube a la cabeza. Se mea, se duerme y ya está. Chirlazos aparte, que una trifulca siempre puede saltar en una taberna, pero eso aunque se beba Macharnudo.

Entonces, el *Churri* se salía a la calle. A la puerta, o andurriar por el Asilo, por la Fuensanta, que ya mismo veremos cómo le entró, como una fiebre, la afición por la *Sole*, el verano en que se aquerenciaron los niños de la *Casa* por parejas. Hasta tanto, se iban, niños y niñas, cada uno a sus juegos. A los de pídola y las cuatro esquinas y policías y ladrones. Y si ellas se arrumacaban, entonces se empandillaban todos a los juegos de noche como aquel que se juega, ya mezclados, de con quién la va usted a casar, y qué oficio le va usted a dar, ya iremos viendo, ya, cómo se le fue metiendo eso por el corazón, con la *Sole* de la mano, jugando bajo los olmos.

Y si no, empandillándose, se iban a robar lechugas por las huertas del Camino de la Fábrica del Gas, el que lleva a los molinos harineros de Carbonell y Lope García, por los meandros del Guadalquivir. O, si era fiesta y el padre descansaba, se iba a buscarlo al Bar al 6 de Puerta Nueva, donde era punto en el dominó, en cuyo juego y vicio se le pasaba el tiempo sin sentirlo. De niño, sentándolo en las rodillas, en la silla a su lado cuando fue creciendo, pasaban en gloria el tiempo intentando ahorcarle el seis doble al Onofre. Éste, después de estar todo el día sentado en su banqueta con las medias suelas y los birones, en dando de mano y levantarse de ella, corría a sentarse de nuevo ante el mármol de la mesa de juego. En realidad le daba igual el dominó que el tute o el rentoy, con tal de que no fueran juegos golfos, como los que enviciaban al *Fonta*, por el quiosco del policía armada en la Ribera, al que la policía y la brigadilla de la Guardia Civil daba cuartel y se estaba inflando cobrando la casa por horas, amén del costo inflado del naípe.

Alguna ocasión gloriosa, después de poner un mandil a quien se terciara, el *Moli* se ponía de buen humor y subiéndose a su hijo en bomborombillos, de chicuelo o de pareja, al paso, con el tiempo, se iban los dos por las freidurías de pescado de los portales de la Plaza de la Corredera, que olían a gloria, con sus buenos guisos de papas con bacalao y

de judías con morcilla y cara de marrano, que era cosa de poner fielato de tufos en la puerta de alguna de las catorce casas de comida del monipodio y que cobraran arbitrios por oler los de La Aurora, La Andaluza, La Económica o La Bombilla.

La plaza, de noche y, sobre todo, de día, era la gloria para el *Churrifloja*, con sus sucesos diarios, que si no había un crimen, como cuando un gitano abrió en canal al futbolista Ontiveros en la casa de comidas de La Bombilla, es porque andaba dando tortas el municipal de turno. Normalmente estaba de puesto en la almotacén uno apellidado Guerrero que haciendo honor a su nombre y aprovechándose de que era cuñado del jefe Alcaraz repartía más tela marinera que el cabo *Coloraílo*, el comandante de puesto de la Guardia Civil de la Magdalena.

En medio de aquella feria, que tanto frecuentó *Churri* cuando hizo de monaguillo de Cristóbal, el ciego de los pliegos y las copletas, en aquella hermosa plaza, con sus cuatro posadas, sus veintiocho zapateros con puesto bajo los arcos, sus cinco baratilleros de hierros viejos y alguno de libros, como el anarquista desterrado que vendía bajo cuerda las obras de Vargas Vila, sus dieciocho o veinte estraperlistas al por mayor y sus más de cinco docenas al menudeo, sus dos parejas de policías secretas dándole al queo y sus cuatro municipales, con Guerrero de cabecilla en la almotacén abierta las veinticuatro horas del día, sus trileros de la bolita y las cartas dobladas o los tapones de gaseosa con su corte de ganchos, en aquella plaza, el *Churrifloja* estaba a sus anchas, zureando de lado a lado como palomo en su palomar.

Nunca cesaba la bulla, como si hubiera siempre procesión, feria o juicio que parecía de tanta parroquia como si miles de orugas hubieran roto, en cardumen, la tenue tela de seda de sus nidos y se hubieran echado al trajín, cambalache, compraventa, timo, sacaliña, pitanza, borrachera o juerga.

Allí las pajilleras acarreado clientela a las casas de tapado de la plaza de la paja o de la calleja Alcántara o a las posadas de San Rafael, San Antonio, La Paja o El Toro. Allí los vendedores de plátanos al por menor para pelar y comer en la calle con sus canastas llenas de piñas de bananas. Los vendedores de almendras tostadas y saladitas, con la cucharilla de medir cuatro al real. Los de batatas asadas. Los de castañas, en su tiempo, los de las chucherías, los quiquis de azúcar, la miel de gota al chorreo, el paloduz en brazas cortado a navaja. Y los mínimos comercios de poner en el suelo, sobre un saco de yute los cardillos y los alcaciles, las setas, las verdolagas, las algarrobas, las bellotas, por temporadas, para ir entreverando el hambre.

Iba, digo, el *Churrifloja* con su padre a la plaza de la Corredera, especialmente para festejar algún chapuz de limpiar un pozo ciego por las casas de su parroquia, a las freidurías de pescado. Al niño le ponían bizco los calamares fritos, de los que aprovechaba hasta las ventosas coruscantes, por más que estuvieran fríos y tiesos como las patas de Perico, que él tenía buena dentadura y le gustaba cuscurrear aquella gloria. Los días grandes, cuando la cosa de los pajaritos se había dado bien, el *Moli* se regalaba con un par de medios extras en la taberna El Gallo y ponía sobre el mármol del velador, como quien pone un cacho de hostia consagrada, una gaseosa de bola para el niño, que se daba prisa en abrirla con un dedo empujando, como si fuera éste un desatracador.

Así, en esta molicie, esta parentela, estas faenas, iba pasando el tiempo que, inadvertidamente, a todos los sellaba. Hasta a la casa, cuyos muros de tapial averdugados de ladrillos veían aproximarse su derribo. Día a día se quebraba la voz del Onofre en las seguriyas, acortaba el Andrés el viaje de la garlopa, se volvían pitarrosos los ojos de Aciscla, se entorpecían en el naipe las manos del *Fonta*, baboseaba el ciego, cojeaba más la Bonosa, se llenaban, como odres, los pechos de las gemelas a la vez que sus caderas se ensanchaban con el ejercicio de los menesteres de su sexo, se poblaban los

patio de nuevos niños, bestezuelas reptantes en cueritates, se repoblaban, también, de nuevas mozuelas, como de golpe, para gloria de los ojos de los hombres, cacareaban los gallos ingleses sacudiéndose después de pisar a las pililas, cluecas o aseladas, hervían las ollas en los anafres de carbón o en los lucientes y azulados hornillos Focus, de petróleo, trampeaba el *Moli* y corrigiéndose, poco a poco, la angurria al *Churri*, éste se iba haciendo mozuelo porque, aunque continuaba falderillo de las sastras y sus labores, se le iban ya los ojos por el revuelo de las cachas femeninas y los deseos de encaramarse a los tabiques de las letrinas comunes cada vez que una vecinita atravesaba la corrala para ir a cambiar el agua al canario. Sobre todo si era la *Sole*, a la que dos de los limones de su madre se le habían parado por el pecho.

3

El *Negro* se churrasca, el Barbero
rebana el cuello a un cristiano
y el *Churri* se busca la vida.

Por los últimos patios, donde están los retretes en fila como las letrinas de los campamentos militares, pasada la carpintería del Andrés, tenía su *sala* el *Gordo*. Hijo de una limpiadora del Asilo y de algún prójimo desconocido. Tenía el *Gordo* la edad aproximada del *Churrifloja* y, a diferencia de éste, gozaba del privilegio de unas grasas que, seguramente, procedían de la pringue hurtada por la madre a la gallofa de los viejos.

Andaba, precoz y habitualmente el *Gordo*, malos pasos y frecuentaba la compañía del *Negro*, un algarín de bruna tez y pelo fosco y peciento. Era éste un nocherniego, algo mayor que los otros, que, guindoso del tirón, frecuentaba el correccional de menores que, a poco de acabar la guerra, se estableció junto al arroyo de las Piedras, por la carrera de la Fuensanta, frente a la Fábrica del Gas y la de aceitunas y aguardiente de los Campos.

Maestro precoz en meter la mano en bolsillo ajeno, se aliñaba con la muleta de un periódico o de una ropilla doblada sobre la mano izquierda, mientras que con la derecha, al resguardo del tapujo, entraba en las interioridades del primo, a semejanza como el estoque entra en las agujas de los morlacos, insensible y arteramente.

Por estos menesteres y oficios, como digo, el *Negro* era residente casi perpetuo en el correccional y durante el tiempo que pasaba en libertad, si no lo andaba buscando el cabo *Coloraíllo* de la Magdalena, remoloneaba por San Pedro, en torno a la plazuela del Vizconde de Miranda, a la espera de las pupilas de las madres Adoratrices, beneméritas monjas que se dedicaban a la redención de jóvenes descarriadas, intentando aficionarlas al zurcido, el filtré y los bordados de mantos de vírgenes.

Enflautador, apuesto y chulo como era, siempre tenía algún apaño entre el pupilaje de las monjas, mocerío, éste, hábil en saltarse a la torera la puerta o tapia y propenso a liarse de putaño por los maizales de Lope García y los arenales del río

hasta mitigar el furor de sus inclinaciones y acabar, de consumo, con la capacidad verrionda del *Negro*. Virtud que, por cierto, andaba en lenguas desde las Adoratrices al Buen Pastor, donde apacentaba otra grey pareja.

En todos estos cuidados y pastoreos aficionó el *Negro* al *Gordo*, que en los carabriteos le hacía de escudero y aunque era poco agraciado, chatuno y no muy capacitado para las labores de caballo recelador en estas paradas, a veces, recogía las migajas del festín, si la prójima de turno vencía la guerra de desgaste con el macarra. En ocasiones faustas, cuando eran dos las mozuelas saltatapias, podía el *Gordo* relamerse solo un caramelo.

A cambio de esta escudería y de sus beneficios, el *Negro* imponía al otro el oficio censatario de apañar unos tomates, unos pepinos o unas brevas por las huertas del entorno; y, si el día estaba de suerte, alguna gallina con la que enhebraban la juerga y la chirinola hasta la noche, haciendo candelorio con los tarajes para asarse la del pescuezo retorcido a la manera de Robinsón Crusoe.

A más de una de estas habituales quinceañeras puso el *Negro* en punto de taxi, a base de garatusas o bofetones, con cuyos halagos y los que le hacía por las bajeras, las tenía tias y atentas en su oficio de cortar faldas por los portales de la Corredera o por las calles de la mancebía, en plan esquinero. Hasta que el cabo *Coloraíllo* lo prendía por las orejas y lo devolvía en la casa-cuartel de la Magdalena todos los soplamocos que él había anticipado a las aprendices de lumias, receta que el discípulo de Ahumada adobaba, a modo de postre, con una patada en las criadillas, fruto de una larga experimentación que lo dejaba inapto para sus aficiones por una temporada. Cuánto más desde el punto de que la estación siguiente al cuartelillo era la de recaer con sus huesos en el estaribel de los menores, donde las quincenas de sanción servían de período para curarse los hidroceles y la horquitis fruto de las botas de reglamento de la Benemérita.

En una de las épocas en que el *Negro* andaba de macarra, o séase, en libertad, habiendo quedado boquerón de beneficios, sin sacar rentabilidad ni a la espada ni al galleo, como llegara la noche sin haberse podido habilitar los cuartos para el inquilinato de la Posada del Carmen, donde pernoctaba, recayó, como hacía en tales ocasiones, en su dormitorio alternativo. Era éste el rebufo de un calerín que subsistía frente al campo de fútbol nuevo, que le decía de la viuda de Trujillo, que este apellido siempre ha estado muy unido a la cosa de los acliches. Se presentó la noche fría y seca como suelen ser las del invierno cordobés. Al amparo del fuego, tumbado en la meseta del anillo se sacaba los puñales del frío de los huesos. Pero, acaso porque en la madrugada apretó el relente, debió acostarse demasiado cerca del brocal y se colige que, en sueños, debió de darse un tumbo hacia el calerín, donde la piedra de mampuesto se convertía en cal. Con los vapores del horno, como le pasó al *Muerto Vivo*, pero en fetén, se debió de quedar sin resuello y no pudo decir ni pío, por lo que allí se quedó cociéndose como una china y se hizo un churrasco que levantó una columna de humo como las de Abraham e Isaac que contaba el cura de Santiago en la catequesis antes de dar la leche en polvo y, despidiendo el mismo tufo que cuando se churrascan las orejas de los marranos, para echarlas en las habichuelas. Así que vinieron los bomberos y sacaron lo poco que quedaba de muchacho, más negro que nunca y encogidito hasta los huesos como les pasa a los chicharrones de las migas, que la gente decía que casi cabía en una espuerta de lo “consumiíto” que quedó.

A partir de este sancocho, parece que el *Gordo* entró en las meditaciones y encarriló su vida con mejores compañías, haciéndose pajuncio del *Churri*, que lo instruyó en menesteres decentes y productivos, como la colecta y venta de jazmines, el ejercicio de lazarillo, el de recadero, punto en las colas y otras gaitas, en cuyos trabajos los muchachos fueron creciendo en el panal de la *Casa de los Muchos*, más como abejas que como avispas, pero sin demasiadas complicaciones con los guardias ya que éstos, en el fondo, eran comprensivos con las hambres

ajenas, cuando para calmarlas se pasa el mocerío un puntito de la raya.

El *Churri* tuvo un duro y largo aprendizaje. Nació cuando ni por recomendación acudía una partera a un entripado. En el preciso momento en que una sección de artillería con escuadra de tambores y cornetas salía del cuartel de San Rafael, en la avenida de Medina Azahara y atravesando la calle Canalejas se situó enfrente del gobierno civil y emplazó un cañón. Eran, cuando lo parió su madre, las seis menos cuarto de la tarde el día 18 de julio de 1936.

Mientras se leía, en medio de la calle, el bando del coronel Ciriaco Cascajo en el que, a las órdenes de Queipo de Llano, proclamaba el estado de guerra y se sublevaba contra la República, la mujer del *Moli* estaba echando la secundina, no sin que antes la Aciscla le hubiera metido por los bajos las manos hasta los codos, como las rebañeras con las que se sacan los cubos perdidos en el pozo.

Cuando el artillero Rafael Muñoz, hijo del que luego fue alcalde, disparó el primer cañonazo contra el gobierno civil, donde se habían hecho fuertes los rojos y los guardias de asalto, arrojando al gobernador, en ese mismo momento, como si le hubiera dado el obús en la matriz, la madre del *Churrifloja* comenzó a desangrarse a chorros, como los toros degollados en el matadero.

La verdad es que se murió a plazos, porque duró más de un mes, que ya tenemos contado cómo el *Moli* intentó meterle mano; pero, en aquel justo instante en que acabó el tiroteo, a las nueve de la noche, mientras el miedo se extendía por los alrededores copados del Teatro Duque de Rivas, la madre del *Churrifloja*, seca como una cecina, soltó la última gota de aquel río imparable de sangre y se quedó exangüe, tan blanca y transparente que se le veían los adentros como a las botellas de aguardiente escarchado. Y las vecinas la creyeron muerta. Y Aciscla empezó el gemiqueo y la verraquera.

Como es habitual en la *Casa de los Muchos*, las vecinas estaban todas arremolinadas. Al velra tan palidita, la Bonosa, que había acudido a lo de las jofainas y el agua hirviendo, le dijo a Dolores, la planchadora, que preparaba un cubo con esponjas de la placenta que acababa de sacar la Aciscla y que se disponía a tirar al río, con otro cubo de cuajarones, le dijo que los muertos que se desangran tienen la ventaja de que no huelen. Y es que aquella casi muerta, tan blanquita, le recordaba a su hombre, sacrificado a cuchillo, viniéndole su olor natural cuando se lo trajeron y se tumbó junto al cadáver en la manta de la sala y se estuvo allí dándole besos de despedida y la Dolores decía que sí, que eso era una ventaja y tomó los dos cubos y cuando se enderezaba para ir al Molino de Martos, para echar su contenido pudiendo en las *torvas* o en el socaz, la madre del *Churrifloja* abrió los ojos y preguntó que qué era, niño o niña, y se quedaron todas de piedra y le pusieron al pingajito de niño al lado. Y le prepararon un caldo desplumando, aprisa y corriendo, una gallina y así estuvo unos días, que no se levantó de la cama desde que se echó para parir hasta que se murió de verdad, pero no blanca, sino toda amoratada y llena de pupas por la infección del puerperio.

Desde la orfandad creció asilvestrado *Churrifloja* y tempranero en buscarse el avío. No alcanzaría seis años cuando se ganó su primera fortuna, en la cola de la Audiencia, el día del juicio del barbero.

Sucedió que por aquellas fechas andaba la ciudad alborotada, que no se hablaba de otra cosa que del crimen. Y mucho más en la *Casa de los Muchos*, ya que el causante del desaguisado era punto por las tabernas del barrio y vecino del pago, puesto que vivía en las casitas del obispo en el Campo Madre de Dios. Fue el suceso que un tal Paco Reyes, *Sorroche*, de nombre segundo o apodo, que tenía su taller de barbería cerca de San Pablo, se había despenado a un vecino de las callejas de Santa Marta, cobrador de banco, llamado Enrique Gallego, del que, al cabo de mucho investigar, no pudo encontrarse más que un

cachito de cuerpo de unos siete u ocho kilos en la rebotica de la barbería. Y ello no sé a ciencia cierta si a causa del hedor o por mor de un chivatazo.

El cobrador, hombre pacífico y buen amigo del barbero, con quien solía compartir algún medio en la taberna de Novella, entró, al parecer, en su cadalso cerca del mediodía, con el fin de descansar un poquito de los muchos pasos dados en cobrar letras y recibos. Se sentó en una silla de anea, cerca de la puerta, estirando las piernas y haciendo tiempo para que el *Sorroche* terminara de arreglar a un parroquiano.

Según parece, después, una vez cerrada ya la puerta del establecimiento, quedando los dos solos, se sentó el cobrador en el sillón, con lo que, en realidad se aposentó en su patíbulo, porque el barbero le cortó el pescuezo de un diestro tajo, bien porque le entrara un avenate, bien por el afán de quedarse con los dineros de la colecta que el Guerrero llevaba en la cartera. O, acaso, como dio en propagar el murmurio de la gente, porque era hermano masón y le cayó la bola negra y con ello la orden de apiolarse al otro que sería también de la hermandad de los rosacruzanos, por muy amigos que se tuvieran, que en cosa de este tipo de religiones no caben miramientos.

El caso es que se echó en falta al empleado del banco y puso la brigadilla de la Guardia Civil manos en el asunto y a éste preguntó, al otro espío, hasta que cogieron a Paco Reyes con las manos en la masa, ya que todas las tardes, cuando cerraba la barbería y se encaminaba a su casa, se llevaba un atadillo de papel de periódico con un cacho del cobrador, que así lo fue tirando al río por plazos y si se descuidan y no lo pescan aquel día en los barandales dándole de comer a los barbos un pedazo de lomo, se queda el crimen sin muerto y el misterio por los siglos de los siglos, puesto que, como digo, ya estaba casi todo el cobrador en la barriga de los peces y apenas quedaban dos o tres viajes en la cisterna del retrete de la barbería.

El follón que se armó en la ciudad fue de órdago a la grande, ya que los dos eran muy conocidos por aquel de sus públicos respectivos, por cuya causa eran de frecuente trato y conocimiento y ancha parroquia. Por el barrio de Santiago el guirigay fue, si cabe, mayor, porque nadie se esperaba estas aficiones en el Paco Reyes, que era hombre de comunión diaria, monago de latines, cofrade salesiano y farolero de los rosarios de la aurora de las misiones, íntimo amigo del cura; aunque, tan pronto se supo la matanza le salió a relucir lo de la sociedad secreta y otras cosillas que habían estado ocultas.

Dicen que cuando se anunció el juicio en la Audiencia se formaron en el Gran Capitán colas desde dos días antes de la vista, que parecía aquello la Casa de la Moneda cuando se va a celebrar el sorteo de Navidad y hubo personal que no quiso vender su puesto a los señoritos de Dunia ni por cien duros, ya que un crimen de éstos no se airea todos los días y desde la época de Cintas Verdes, que fue cuando toreaba el Guerra, no había acaecido ninguno que valiera la pena.

Ante la demanda de plazas para ver, otra vez, al *Sorroche* ante los jueces, la ocasión no la perdieron los vecinos de la *Casa de los Muchos*, de donde subió un destacamento para hacer punto en la cola y con ello el negocio de la reventa. Excepto Andrés, que se comió el bocado, porque, como sabemos era contador de historias y no quería perderse aquella por nada del mundo. Así que se apalancó en uno de los bancos, pensando en los cuadernillos que podía sacar del espectáculo, en las noches de verano, cuando se habla columpiándose en las mecedoras o tumbado en la hamaca, bajo la parra y cantan los grillos y trasminan los arriates.

Pasó, no obstante, que empezado el juicio, el Paco Reyes se hizo el mudo y no hubo nadie que le sacara una palabra. Con todo, el fiscal se lió a imputarle agravantes y alevosías y a pedirle penas de muerte, como si lo pudieran ajusticiar varias veces y su pobre abogado, que era un alférez provisional, no pudo hacer nada, por lo que lo condenaron y lo remataron una

madrugada, como contará el Andrés, que siguió todos los episodios.

El *Churri*, que se había subido con el pelotón, de la mano de Andrés, siendo tan chicuelo, hizo también dos días el aguardo del juicio en la cola, arrebujiándose por la noche en un capote de los de pocero de su padre, pegadito al carpintero, que esto sucedió por el tiempo de enero, cuando más mayan los gatos, al parecer no de frío sino de calentura. Y cuando llegó la subasta de las entradas, con el asesoramiento de Andrés que lo retuvo hasta última hora para aprovechar la urgencia, vendió su puesto por cuatrocientas pesetas a un señorón del Círculo de Labradores que le mandó un tratante para chalanear en su oficio con los tancredos de la cola. El Andrés, como queda dicho, no quiso vender su sitio, porque decía que aquella quimera no se la perdía él ni por todo el oro del mundo y que quien quisiera peces que se mojara el culo, que era muy bonito ser señorito y estar sentado en el acerado, en los sillones de mimbre, viendo pasar el mujerío y luego llegar y besar el santo, que él tenía su dignidad. Y contó lo del Guerra, tan maestro como tacaño, que mandó a un propio peón a llevar a Cabra, andando, una galga y a volver el somoviente después de cuatro días de viaje, le dijo que ya estaba allí y fue y se sacó unos chavos y le dijo: -¡toma!, para que te compres unas alpargatas nuevas-

Por su parte, con tanta riqueza, el *Churri* fue corriendo en busca de su padre y le entregó los billetes y éste lo echó por los aires de volatines: -mi niño que ha ganado su primer jornal, un fortunón, ya verás- y se fueron a la freiduría de La Malagueña, una señorona gorda como una ballena, en la plaza de las Tendillas, y se dieron un atracón de calamares fritos. Éste fue el comienzo de su afición por las colas, de plantón para el aguardo del puesto, si bien ya nunca le cayó otra breva tan dulce en este oficio, que no era lo mismo ponerse en la andana el día de la saca del tabaco o el día del suministro con varias cartillas de racionamiento, o en la bulla de la carbonería que en el aguardo de un crimen de las condiciones de aquel.

Pero con este oficio se apañaba los dos realillos o la peseta que le servían para la entrada del paraíso del Gran Teatro, si no ponía tienda de tebeos y, en el verano, para ir al cine Andalucía, al Iris o al Ravé u otros patios de verano, a ver los episodios de Fu-Man-Chú, con lo que al cabo de ser parroquiano se metió a botijero para los del ambigú, a perrilla el vaso y a gorda la jartá en el porrón, con lo que la parroquia bajaba el hervor de los boniatos asados en la andorga, mientras Currito de la Cruz o Rosario la Cortijera andaban por sus monjeríos o sus fandangos, con los que él sacaba su viático y veía, de camino, el cine gratis.

Otra forma de ganarse la manduca que se ingenió el *Churri* fue la venta ambulante de moñas de jazmines, que no se conformaba con vender el fruto de los patios de su casa, que los vecinos ponían en ancheta decenal, sino que tenía por clientela de por mayor a las Hermanitas de la Cruz, de las que se hizo traficante, que no había tarde que no apañara entre uno y otro pensil doscientas moñas que él repartía rápidamente porque se hizo de muy buen pupilaje, que recorría como un itinerario, por todo el sector que abarca desde la Puerta Nueva a San Pedro y desde la Plaza del Potro al Campo Madre de Dios, con su cacho de Ribera y sus callejas como la de Alcántara o las Siete Revueltas.

Si algún día flojeaba la venta, se llegaba hasta la Cruz del Rastro y mercadeaba por las casas de putas de la calle Cardenal González y la calle la Feria, con cuya parroquia terminaba pronto la mercancía y donde, además, podía sacar buenas propinas de algún macarra o primavera. Andando el tiempo, después de pasar lo que tenía que pasar con las gemela y cachondeo de su circuncisión mojando en dos tinteros, que todo se contará, ganaba de sobresuelo, en tales mancebías, el viático de algún pellizco en una teta o nalga, precoz atrevimiento que desataba las risas de las lumias que no lo miraban, esta es la verdad, con malos ojos y más de una vez le ofrecieron, considerándolo todavía chorvo virgen, un rato de

cama gratis, plus, éste, que él declinaba con fingido pudor, que pronto aprendió el mérito de la inocencia y de hacerse desear, aunque ésta fuera fingida, mientras se reía por los adentros. Consideraba que cuando supieran que ya había sido desvirgado y cayera en sus tentaciones se le iba a aflojar la parroquia de las moñas, por lo que con este convencimiento jugaba desde el atrevimiento a la gazmoñería.

Lo perseguía, de manera especial, una tal *Linares*, hembra jaquetona a la que por lo visto le iban los niños y siendo de once o doce años el *Churri*, el mismo verano que le entró la calentura por la *Sole*, se habituó a ofrecerle chucherías y a apretujarlo contra las ubres como queriendo amamantarlo y veces había en que, enviciada en su calentura y sus depravaciones por el mozuelo, se levantaba la falda y le enseñaba la despejada pelambarrera, poblada y negra como una mina franca. Pero él, con una sabiduría aprendida, sabía guardar el tipo, por más que estas veces se le ponía la cosa arremolinada y le entraban unos sofocos como de escalofrío, que, al cabo, pagarían las *mellis*, en persona o en imaginación, si la cosa no estaba despejada, en el cuartucho de los retretes comunitarios de su casa.

Contaban que la tal *Linares* vino desde algún pueblo a servir a Córdoba y la debió de desgraciar, siendo muy joven, algún amo, por lo que siendo todavía quinceañera hubo de refugiarse entre la gente hampona, recalando en la casa del Portillo, donde acabó pagando el censo enfiteútico de un oficial de los municipales, fachendoso, que venía de matón de la División azul, aunque remanecía de taberneros y que empezó con ella de macarra y acabó de consentido.

Fue, con este padrinzgo, la tal *Linares* una de las pocas que se salvó de la quema cuando declararon las casas de trato fuera de la ley, ya que cuando en Madrid se decidió que el oficio público de las mujeres era el pecado, les quitaron la visita de la tarde el jueves al dispensario del esquinazo de San Andrés, donde le sellaban el carnet de exhibición obligada, a

requerimiento de policía o cliente, y desde donde ordenaban retener y hospitalizar a las contagiadas de bubas, blenorragia o sífilis. Por cierto que, después de la prohibición, al desaparecer la vigilancia venérea del registro, se extendió tal enfermedad de chancros por la ciudad que se veía a los hombres andar con las patas abiertas y menos mal que había sulfamidas y que por aquel entonces llegaron a Córdoba los primeros botes de penicilina que la vendía “de tapaílo” un tal Matías, camarero y guaperas del Café Negresco, en la calle de la Plata, quien por cierto, la engrandecía echándole polvos de bicarbonato. Porque, si no, se hubiera quedado parado el censo de la población ya que los hombres, a pesar de la prohibición, siguieron con sus calenturas y gamberras en los quicios.

No obstante, se hizo frecuente la práctica de redadas de leas, que salían del cuartelillo pringadas y sin pelo y sobre las que recaía, además, orden de destierro. Aunque, como la *Linares*, algunas otras también tenían gabelas. Especialmente las apupiladas en las casas que frecuentaban los ricos y los jefes de Falange, que estaban distantes de los barrios de barrera, por en medio de la ciudad. En estas casas, gentes de caudales, fortuna o posición tenían retiradas a sus queridas, alejadas de los chambucos de la Ribera o Cercadilla, donde aparecer era delatarse.

Bueno, éstas sí se quedaron salvas, porque muchas de ellas andaban liadas con personajes de mérito, que les servían de salvoconducto, mientras que ellas ejercían de chivatas de la policía y seguían con su oficio, que ampliaban con hábiles y reconocidas alcahuetas, con puerta abierta en los casinos y que en ocasiones servían de sotas para dar un paseo a las nuevas, con lo que la parroquia de clientes pudientes podía enterarse de las novedades de carne recién importada sólo con asomarse a los ventanales de los casinos y ver el paso del picadero por Gondomar, Concepción o Alfonso XIII.

Así se salvaron las lumias del Garaje Sport de los destierros y los afeites y las de la Casa de la Peque, las pupilas de la Bilbao,

de la Madrid y otras dueñas forasteras establecidas, que, como dice el *Fonta*, daba la impresión de que para ser dueña o encargada de casa de citas de mérito había que nacer de Despeñaperros para arriba, por las ciudades donde se habla en finolis y no en cordobés a lo basto, lo que al parecer, excita mucho a los cortijeros que le forman parroquia.

Pero, dejemos este mundo, que es mejor no menearlo, no sea que algún resentido o alguna rehabilitada, que de todo esto hay en esta gran ciudad, nos meta un cuerno por salva sea la parte, sobre todo si va de la lengua y aparecen retratados ciertos capitostes que se fraguaron en más de un prostíbulo y, sigamos, pues, con el personal de la *Casa de los Muchos*, que es más natural e inofensivo y antes se vanagloriará de circular por estas historias que irse con el cuento al juzgado, peligro que corremos los relatores de historias ajenas, incluido el Andrés y, si me apuran los que en la época del califato las contaban a las puertas de la ciudad, al regol de las murallas, que ejemplos de ello ya cuenta la historia.

4

El chatarrero de la travesía de Barrionuevo.

A media mañana, toda la casa era una unánime y milagrosa preparación de pitanza. Un laico e inexplicable parasceve, que se repetía con la cosecha de cada día, después de la escasez absoluta de la noche. Sacados fuera de las salas, cuando no en la cocina comunal corrida, cera de los quicios, bullían los anafres y en unos y otros hogares crepitaban los carbones despidiendo estrellas errantes y fugaces, como las que cruzan los cielos las noches de verano.

El equilibrio de la mañana, en desacorde con las coplas por los patios, lavadero o salas, se rompía de cuando en cuando por el resoplido humeante y ruidoso de un taxi circulando por la carretera, con su fea y negra joroba de gasógeno detrás, como un camello con ruedas, a los que por mor de su servicio público se les concedía cupo extra de carbón. Y también, de tiempo en tiempo, el injerto increíble de horrisonas explosiones de una bicicleta con motor abrazado al cuadro y los pies del ciclista en huelga sobre los pedales, anunciando un tiempo venidero de ciclomotores. Circunspecto en este estrafalario corcel, *don Mariano*, el practicante de la iguala de la mayoría de los vecinos de la *Casa de los Muchos*, llegaba cada día y con toda prosopopeya dejaba la bicicleta sosteniéndose en el macetero, se quitaba los pillapantalones de los bajos de los perlines y con su maletín de hervir las agujas empezaba su lazareto de salas y barrios advirtiendo a los niños que cuidadito con tirar la moto.

Indiferentes al progreso del transporte, recuas de burros transitaban parsimoniamente, llevando arena húmeda en os goteantes serones, que era una gloria verlos tan educados, los animales, en el andar, que sólo les faltaba ceder la acera a las viejas, de lo aprendido que se tenían el camino, con lo que daban tiempo al arriero a pararse a echar una parrafada con quien se terciara, mientras se rascaba la espalda con la gran vara envainada por la rabadilla, en la correa, como una espada en su tahalí.

El *Fonta* llegó a la altura de la puerta de las sastras, donde la madre, la *Boni* andaba en sus menesteres, mientras las mellizas

escamondeaban la sala, de la que salía un olor refrescante de zotal. Chorreando el desinfectante en la cubeta, la *Justi* mojaba en ella la algofifa y arrodillada, la alargaba en un arco húmedo sobre los rojos ladrillos del pavimento. Mientras, la *Rufi* limpiaba la loza del vasar. El *Fonta* dio los buenos días a la *Boni* y entregó al *Churri* unas papeletas para que le fuera a desempeñar el reloj y los anillos al Monte de Piedad de la calle Manríquez. La sastra se percató de que le había caído al vecino una buena racha en su oficio de envidador y que el santo se le había puesto de cara.

-¿Qué?, parece que se cambió el aire, ¿no?-.

Y es que toda la Casa sabía que desde un tiempo atrás al *Fonta* no debían de irle muy bien las cosas, porque llevaba una temporada mustio y como sin ganas de cachondeo, embobalicado en la contemplación de sus propios pesares y sin echarse a cuestras el anafre de los pregones. Cuando no le iba bien la timba, la vecindad lo notaba enseguida. Estando en casa, en estos pesares, se sentaba a la jineta o de costadillo y apoyando el codo en el respaldo de la silla, se pasaba las horas muertas viendo doblarse los miramelindos o contemplando las idas, venidas y correveidiles de las procesiones de hormigas, siempre tan afanosas. En estas ocasiones, él que era tan presumido de sí mismo hasta el punto de que siempre andaba, como Julio Romero, haciéndose autorretratos y yo soy capaz de esto y de lo otro y hablando de sus grandezas, callaba mohíno, como cabrón con el mandilón de castidad puesto.

Vivía solo y no se le conocía otra afición que la del naípe. Contaban, y él mismo las pregonaba algunas veces, historias de noches gloriosas, en las que había pelado algún ganapán con la compinchería habitual de ganchos enrolados en la partida, por las mesas de las tabernas de El Brasero en San Pedro, Los Palcos en Cardenal González o el quiosco de la Ribera. ¡Si a mí me dejaran jugar en el Círculo de Labradores!, soñaba, pensando en el gran salón de la primera planta del casino, pared con pared con el Gran Teatro. O en el Círculo Mercantil. O en

el de la Amistad. El *Fonta* tenía su ilusión puesta en pasar a pertenecer a la buena sociedad del hampa, con las mismas justas pretensiones con las que algunas madres promueven la carrera de sus niñas, para colocarlas bien, por más que pasen las de Caín, de puertas para adentro.

Pasó que cuando levantaron el campo los legionarios, al *Fonta* se le había ido la negra. Que la de aquellos tíos no era forma de ser, ni de jugar, que era ser novios de la muerte, remangados, sin trampas, con el pecho abierto, jugando sin cartas, de farol o de amarrados, de boquilla o de ley, mirándote a los ojos con la colilla de kifi en la boca, para cagarse vamos, del canguí y quién arruga el tipo y se niega a formar timba con los del Tercio. Así no había quien pudiera, Voy, voy, voy; jugando siempre, aceptando todo envite, como si las primas del reenganche los tuviera montados en plata, que les daba igual ocho que ochenta. Y, se decía, esto es la ruina de un jugador aseado, que nunca se puede con ellos estar seguro, suicidas, que además envidan sin ver las cartas, sin mirarlas, como si perder cien duros en una mano fuera cuestión de cada talla.

Y es que, como decía el guardia, el lotero de quiosco, los legionarios juegan con la balloneta calada, Habían caído sobre la ciudad como una epidemia, no se sabe bien para qué desfile, conmemoración o santidad y también, de paso, para adornar el zoco que montaron por los jardines de las palmeras, con sus zaquizamís, sus orfebres y sus zapateros de babuchas. Vinieron, grifotas, a conquistar todo por la brava. Y lo mismo se adueñaron de las mancebías, que su presencia acabó asustando a la parroquia habitual, que sembraron el pánico en las timbas, porque igual les daba perder un billete que pegarse una puñalada al lucero del alba.

Teóricamente, según la orden del día del gobernador militar, que se leía por la radio y salía en el periódico, con su jefe de plaza y todo eso, debían de pernoctar en las compañías del Regimiento de Infantería Lepanto, número Dos, por el Jardín del Alpargate; pero, en cuanto se les calentaba la boca con el

vino de *a veinticuatro*, se desparramaban, con un rompanfilas acojonante, por los bares de la Cruz del Rastro y aledaños: -nos vemos en la calle de los naranjos, macho-.

Los había que se tumbaban en los poyetes de los barandales del río, a un paso de la carretera o paseo de la Ribera, sin esconderse, con sus arguilas de buen kifi y allí se quedaban cociéndose al sol o a la luna, con una especie de nube alrededor con olor de procesión, totalmente vacilones, durmiendo con los ojos abiertos, como las liebres, con una risa espurreada de tontos en los dientes, salpicando denuestos, picardías y sabandijas.

A uno de ellos le entró un avenate y se puso de pie en el pretil, para tirarse desde lo alto al río, como si fuera el tiempo de los concursos de saltos al agua, en verano, por le trampolín del Molino de Martos y menos mal que se le bajaron los humos a tiempo, cuando estaba empezando el salto y pudo corregir la maniobra en el aire y agarrarse a la pletina de la baranda, desde donde, con los pies colgando en el vacío y la barriga en el murallón empezó a pedir socorro a voz en grito porque con la grifa y el susto se le habían ido las fuerzas y tuvieron que subirlo en volandas entre dos samaritanos.

Lo tendieron sobre las losas, porque le dio un jamacuco de alegría o de miedo tardío y como pretendieran aclararle un poco las ideas lo llevaron hasta el pilón del abrevadero, enfrente del taller de bicicletas de *Chocolate* y le metieron la sesera en el pilón, en mala hora, porque se le volvieron las luces y con ellas las leches agrias y viéndose empapado y empilonado tiró de una de siete muelles que al abrirla pareció como si estuvieran abriendo la cancela de la Fábrica del Gas, de lo que chirriaba. Viendo esto, los salvadores pusieron pie en polvorosa y el legionario empezó a gritar: -¡a mí la Legión!, ¡a mí la Legión!-. Y se llenó la Ribera de grey enmilitarizada a medio vestir, saliendo de las casas de putas o de los bares de alterne, sin gorros o camisas, pero con todos los tatuajes y los pelos de punta que daban miedo y así estuvieron toda la noche

pegando gritos de ¡a mí la Legión! Y llegaron policías militares y si te vi no me acuerdo y liaron la de Dios es Cristo, que anduvieron emborrachándose de gañote toda la noche y cuando estaban medio apaciguados, sin venir a cuento, empezaba otro con los gritos cuarteleros y reemprendían de nuevo la trifulca, sin saber con quién pelearse. Viendo ya que tenía quién le defendiera, tiempo antes, el suicida arrepentido había regresado, cuanto ha, a su pitra de los barandales y a sus esnifes de la arguila.

Marcháronse de Córdoba, al cabo, los abanderados y pasado su punto en el juego, pudo el *Fonta* recuperar su racha, respondiendo a la pregunta de la vecina:

-Un yescal, Bonosa, un yescal, como para poner una ferretería y retirarme-,

-Que sea en buena hora, que ya se sabe usted *Fonta*, que en esta casa lo apreciamos y nos alegramos de su buenaventura-,

-Se agradece, pues ya ve usted, Bonosa, un pariente del guardia del quisco que se había vendió unos celemines de tierra en no sé qué pueblo y se creía que ya to el monte era orégano y anoche le tocó la malilla y por poco me pone rodando en coche, lo que son las cosas-,

-Pues ea, a guardar, pa la racha mala, que su oficio es muy traicionero-,

-Sin exagerar Bonosa que el juego es una distracción, que usted sabe que mi oficio es el de la hojalata-,

-Que una no lo ha dicho por molestar sino con la mejor ley, pero, en el fondo lleva usted una temporaílla que parece que no ha pegao usted una soldadura desde el segundo año triunfal-,

-Ya estamos de chufas, ea, pero hoy no pienso molestarme que estoy de buena uva-.

Y sacó viandas para calmarse la gazuza atrasada que con la mala racha le entraba el muermo y no le pasaba por la garganta ni un huevo hervido y así dispuesto se preparó sobre las rodillas una fiesta de sardinas arenques que traía estrujadas en papel de estraza por el marco de alguna puerta, al modo de las mordazas

del banco de carpintero del Andrés, y su botellita de vino, con cañita en el tapón y un buen cacho de pan y se compadeció, en su estado de fortuna y ánimo de las hormigas y le desmenuzó unas migajas y empezaron a avisarse unas a otras con los cuernecillos y se formó allí una boda, desde el hormiguero del arriate de la puerta de la *Boni*, hasta su asiento, como una recua infatigable de arrieros con su bocado a cuestras camino de sus atrojes escondidos.

A aquella hora feliz, recién levantado y con su buena racha a cuestras se le hinchaba el corazón de contentamiento y le venían a la garganta las canciones antiguas de “soldado de Nápoles si vas a guerra” y le regresaban los recuerdos de cuando niño, que tuvo un conejo blanco, con los ojos rojos como dos carbuncos y era cosa de milagro que cada vez que se sentía contento se acordaba de su conejo de niño, con sus ojos encendidos, - Bonosa, oiga, como si tuviera lumbre dentro- y una paz como un rocío le sobrecaía allí sentado en el patio, en su buena silla, junto a los arriates regados ya, temporalmente, sobre los que perlaban hojas caedizas desde las ollas y latas de tomate o de carne de membrillo, en las que florecían las gitanillas y en esta placidez, metía la mano y removía la albahaca y se levantaba un incienso y le venía a las mientes que un día le iba a echar los tejos a la Viuda Virgen, mientras se arropaba en una apetitosa comodidad estival, con sus hormigas, sus vecinas las sastras, el Onofre cantando en su rincón, el Andrés sacando virutas olorosas a una tabla de pino fresco y él allí pensando en que sí, que ahora era el momento de echarle una mensajera a la Viuda Virgen, que qué me va a decir, sino que de acuerdo, que la pobre no sabe todavía lo que es bueno y liaba un cigarro de caldo de gallina, ceremoniosamente, mudando del amarillo papel del embalaje provisional al que sacaba como si extendiera un mantel en su mano del Indio Rosa y liado y repegado lo encendió con la parsimonia de un rito antiguo, esperado, digestivo, como un eructo que al fin se puede echar fuera.

-¡Malditos legionarios!. Pobre pardillo, evidarme a mí, con treinta y una y yo de mano, ¡ay Bonosa, si me dejaran jugar en el Mercantil!-, y se sentaban las hermanas, terminada la hacienda, con sus sobrehilados y toda la casa era ya un rumor como de colmena, antón pirulero, cada cual atendiendo a su juego y llegaba la hora y se desespumaban los pucheros y se le echaban los cardos o las papas y luego se tendían los manteles y, cuando daba la una, la municipal ponía la radio y en toda la casa se oía el parte y que hay que ver, que dicen que van a venir de la Argentina diez barcos de trigo, que eso es lo que hace falta.

Y volvía el *Churrifloja* con el reloj, redondo y brillante como la patena del cura y su hermosa cadena y los anillos y el *Fonta* se colgaba el roscopaté en el ojal del chaleco entreabierto y se lo metía en uno de los bolsillos de raja de la misma prenda y al poco lo sacaba, lo miraba y lo volvía a guardar y lo sacaba y lo ponía en su cuenca mano derecha y apretaba la perinola con el dedo pulgar y se abría la tapa como por un sésamo y veía la noria de las manillas dando vueltas tac-tac-tac, roscopaté de dieciocho kilates, herencia de un primo que, dame desquite, en cuánto lo tasas, ciento cincuenta duras, vale, envío, quiero, treinta y una y mano.

Cumplida su cosaría y recogida la propina, el *Churri* se abrió camino de la Puerta Nueva, en cuyas inmediaciones, en la Travesía de Barrionuevo tenía su chatarrería el *Gordo*, como se conocía en toda la ciudad a Pepín Córdoba, *Cordobita*, por segundo apodo. La chatarrería estaba casi pared con pared con la fábrica de botones de Rumbao y Sierra y entrambas propiciaban una parroquia de ropavejeros y gentes de la compra callejera de la suela de goma y trapo o de los matarifes del matadero con sus esportones de huesos para los botones, con lo que estaba el lugar muy frecuentado, y en romería continua entre casa de Mariana, en la calle Ravé o las dos tabernas de los Seoane, parientes entre sí y vecinos, frente por frente, en el esquinazo de Alfonso XII con Ravé y Ancha de la Magdalena.

Tenía el *Churri* por protector y amigo a Pepe el *Gordo*, *Cordobita*, de unos treinta años tasados, anillos en todos los dedos. Era un elemento jovial, insustituible para cualquier juerga y, sobre todo, cualquier comilona.

Llevaba *Cordobita* una doble vida, chalaneando a las horas que tenía el despacho de compra al peso abierto con los sarramplines y traperos que rebuscaban en los vacíos y los que andaban pregonando, compro chatarra, plomo, cobre, estaño, con sus sacos a cuestras y sus canastas para el canje con globos, pitos y platos y jarritas de Andújar, en trueque por metales y por goma, suelas viejas, compro cambio, el traperero. Les pesaba en la báscula y les destaraba la espuerta con su sisa de medio kilo de cobre o de plomo, -y si no estás de acuerdo, ve que te roben en otro almacén, un pastón cada día, *Churri*, un pastón, ya te contaré, ya-.

Y luego, cuando cerraba la chatarrería y se quitaba el guardapolvo y se vestía de limpio, con chaqueta y todo y se iba a la calle de la Plata o por la Perla o Bolero, era un señorón, ay qué gambas, Dios, qué cerveza rebosando espuma blanca de las jarras, tipo Pilsen que echaban el grifo, la Mezquita, fabricada por una calle ramal de los Jardines de la Agricultura.

Era amigo de todos los jóvenes de la buena sociedad, no los de los *luses* y otros parroquianos del pimpón de San Hipólito, sino de los otros, más hechos, que habían terminado los estudios en el Instituto o habían colgado los libros o se habían colocado en Previsión, por la calle Cruz Conde, una gaita, los que lucían, siempre los mismos en todos los deportes, que igual montaban en bicicleta con sus premios en cintas, donde destacaba el de las Pañerías Modernas que acabó de portero de fútbol, que jugaban al balonmano en el asfalto del paseo de la Victoria, que participaban en travesías del Guadalquivir, en las que intentaban desbancar del podio a otro de clase baja, pero invencible, Alfonso, el hijo de la molinera del de Martos, que resulta propiedad de la familia del marqués de Larios, dicen desde que le quitaron Córdoba a los moros y el rey se lo regaló

a un retatarabuelo. La familia de Alfonso estaba en el Molino sólo de guardas, porque ya no molía trigo, con el socaz y los tragantes ciegos y las muelas removidas y cubiertas por la arena de las avenidas. Alfonso, el hijo, tenía una pensión de buzo puesta por el Ayuntamiento para sacar a los ahogados si no salían a flote el tercer día y como era práctico y vivía en el agua, en realidad, se inventó un estilo muy chulo de nadar, que la gente le puso el nombre de estilo de sobaquillo y que era que se doblaba el codo en cada brazada, como si cogiera puñados de agua y se los metiera en su cuerpo, cosa que llamó mucho la atención en Madrid, una vez que fue a esta capital formando parte del equipo de Educación y Descanso y nadó en una piscina y aunque llegó el último, dijeron los periódicos que había inventado un estilo nuevo, que todo era cosa de practicarlo, por si daba resultado, que, al fin y al cabo, era un estilo nacional y había que proteger la inventiva española, como hicieron los americanos con Tarzán que lo metieron en una olimpiada cuando lo vieron luchar con los cocodrilos y parece que había sido que se había estrellado en la selva un avión americano y el niño se crió allí con los monos, como la Chita y acabó aprendiendo a nadar y ganó en al Olimpiada, según contaba Pepe *Cordobita*, que sabe mucho de deportes y de películas, que este sí que no se pierde ni una y tiene en la chatarrería un cajón lleno de programas de mano y se conoce de memoria los nombres de todos los artistas y los de todas las cintas que cada uno han hecho.

Era la pandilla del chatarrero una juventud que holgaba habitualmente por los bares de la calle de la Plata y que, como queda dicho, al acabárseles el tiempo del Instituto se hicieron grandes para los libros y quien no se colocó se apacentó por los billares de Virgilio, en la calleja del Marqués del Boil, jugándose el café a cien carambolas o los cuartos a los palillos. Criticones, desde su palco de las cervecerías, no se les escapaba sin comentario pechuga o trasero alguno de hembra: -que eso es carne, Pepe y o lo que le echa mi madre al cocido-, y -anda, que la moza alimenta al niño con el dedo chico-.

Esta era una vida y otra la de la chatarrería de Puerta Nueva, por la Travesía, a la que su parroquia le metía todos los días los duros por las básculas, con la leva de las calles y muladares y el apanado de plomo o cables eléctricos, que alguna historia tienen en esto la Mengemor, la Compañía de Teléfonos y la de Madrid-Zaragoza y Alicante de los ferrocarriles, que por la chatarrería aparecían hasta las ruedecillas de guiar los cambios de agujas, con lo que siempre andaba en revista el cabo *Coloraíllo*, por si notaba algún alijo.

Era Pepe el *Gordo*, a quien el *Churri* llamaba el *Gordo-Grande* para distinguirlo de su amigo y vecino, hombre de humor alegre y tenía labia y facilidad para engarlitar a las mujeres, conociendo por sus nombres, circunstancias, especialidades y aposento a todas las del oficio, tanto en cintas reservadas como en las del alterne, por sus muchas juergas en Villa Rosa, la Primera y la Segunda. Así que, en cuanto llegaba a Córdoba, a cualquiera de los establecimientos del ramo una cupletista nueva, que están clavadas dos cruces, la hija de don Juan Alba dicen que quiere meterse a monja, enseguida, por Bolero, el Bar Playa, la Perla, Pepe *Cordobita* daba orden de que le mandaran un ramo de flores, como en las películas, para los aplausos de presentación y, a la nada, ya estaba sentada en su mesa.

De ahí que el conquistar el corazón de las mujeres le cogiera entrenado y como disfrutaba de buena carterá, con el plomo y el cobre, no le ofrecía dificultades el oficio de seducir.

Para no perder el tiempo, mientras estaba en su almacén le dio la morbosidad de engarlitar a una tísica del Hospital Antituberculoso de la Puerta Nueva, que le caía a mano y a la que vio un día al paso, andando sensual como una pava y porque le habían dicho los de su pandilla que las tías más ardientes eran las tuberculosas, que eso está escrito en *La Dama de las Camelias* y si uno quiere morirse con la picha tiesa, asegurado, lo más propio es hacerle un beneficio a una gitana o a una tísica.

Estaba el Hospital haciendo cuerpo con la Iglesia del Carmen, frente a los arrasados jardines de la Puerta Nueva y con el pretexto de comprar los huesos que aparecían a espuestas en el desmonte de parte del Cerro de las Golondrinas, para abrir calle entre el Jardín y la Magdalena, junto a la Casa-Cuartel, ya que los huesos entraban en su oficio, acostumbró a darse un garbeo y a enhebrar la plática con los del pico y la pala, hasta que acabó descubriéndola y le echó los tejos por la ventana y empezaron las risas y ella se asomaba en camisón o despechugada y acabó ella allí sembrada, tras los cristales, como una maceta de invernadero, esperando la llegada de Pepín *Cordobita*, como pasa en los romances y como le cogía la encerrada cerca de su negocio, él le respondía paseándole la calle, con lo que se hicieron más frecuentes las risitas, los guiños y el envío de recadillos en papeles escritos y ella le contestaba con cartas que echaba por el aire y en una le mandó un rizo del pelo y él le contestó que quería cogerle todos los pelos, especialmente los de abajo, que serían de seda y ella ni corta ni perezosa le envió un caracolillo en un sobre, con el recado de que lo esperaba de noche que se lo iba a enseñar al natural.

Y como ello así sucediera, la pálida y suspirona se aterminó a dar sofoco a la fiebre que le salía por los ojos y acabó escapándose cada noche hasta la próxima chatarrería de Pepe, quien le hacía el beneficio de rigor encima de las alpacas de trapos para las fábricas de Alcoy, Onteniente o Bañeres.

Como Pepe no era remilgoso, anduvo un buen tiempo dándole consuelo a la pobre, hasta que le hicieron la neumo y se la llevó el diablo camino de las calderas, lo que para Pepe fue más que nada una impresión transitoria, ya que andaba ahora echándole el ojo a una moza garrida, nieta del panadero de la calle Ravé que tenía unos cuartos traseros que eran de mucho respeto, cosas que cuento para que quienes la conozcan tengan la imagen real de Pepe el *Gordo*, que era hombre aseado y que nunca le hizo ascos a un lucro de dinero o carne, que tan

bien servía para un cosido como para un fregado, aunque, de querer hacer su vero retrato hay que dejar sentado que su verdadera especialidad era la del nutrimento y condumio, en cuyo arte era el número uno y nadie le vio hincar la cuchara y retirarse de una comilona.

Al llegar a la chatarrería, el *Gordo* mandó al recién llegado, *Churrifloja*, a comprar unas tortas apestiñadas al horno de Moyano en la calle Ravé con lo que, de camino podría traerle el mensaje de si estaba visible la jaquetona o había moros en la costa.

El *Gordo*, la verdad, es que siempre llevaba en los bolsillos algo para picar, como pasó el día del campeonato con el Sansón del Siglo XX, peregrina historia que éste podrá contar si es que aún vive, porque el *Cordobita* se murió de tanto engordar y adelgazar y lo de las pastillas y el Psiquiátrico. Bueno, pero entonces al regresar el *Churri* con la docena de tortas, entre bocado y bocado y sin que por ello abandonara su vigilancia de la báscula, le contó lo que pasó la víspera que era domingo y estaba él con su pandilla a eso de las cuatro de la tarde sentados todos en la calla la Plata y en un velador próximo, una pareja de extranjeros trasegaban sendos filetes de este tamaño, con perdón por señalar. Entonces va el Cuevas, un larguiruzo y el Mario, una agitanado que eran punto del balonmano y van y le dicen: -*Gordo*, ¿no se te caen las lágrimas? que mira sin darle al boquijo que los julais te ganan-, y va *Cordobita* y les dice que aunque le había cogido el cuerpo de mala manera que se había comido tres platos de cocido, que si algún guapo se lo pagaba él, en ese mismo momento, se comía veinte tortillas de dos huevos y una paella para cinco plazas, con lo que empezaron las chufas y la gente a arremolinarse, cosas del *Gordo* que no era el primer campeonato que se cruzaba y se apandaron todos los deportistas y dijeron que de acuerdo pero ahora mismo, sin esperar a hacer la digestión de los garbanzos y el *Gordo* le contaba al *Churri* que sí que aceptó el invite, con la condición de incluir en plan de barra libre cuantos sifones le pidiera el cuerpo.

Y se cundió la cosa por las Tendillas y venía la gente, como si fuera al frontón, a rodear al *Gordo* que para regar la plaza se bebió un litro de cerveza casi de un trago y venga a sacarle tortillas francesas de dos huevos y la gente contando, cuatro, cinco, once, doce, hasta veinte y enseguida la paella, y mientras cogía Pepe los sifones con una mano y le apretaba el grifo y se lo ponía delante del boquijo y aquello era un sumidero y de cuando en cuando echaba un eructo como los de los hipopótamos y pusieron la paellera y se puso de pie, hizo dos o tres flexiones de torso y molinetes de brazos empezó a tajo hecho y sifón va cucharada viene, hasta que dejó la paellera como una patena y la gente se mondaba de risa, menos los apostantes que estaban mosqueados y andaban diciendo que no lo iban a dejar entrar al retrete, que aquello no era comer, que lo que hacía era almacenarlo y luego meterse los dedos, para vomitarlo y el *Gordo* se reía y los desafió, -les dije- dijo a *Churrifloja* -a ver ahora quién se paga dos docenas de flanes o tocinitos de cielo de postre-, y viendo que nadie se atrevía se echó la mano al bolsillo trasero de los pantalones y se sacó un paquete de tortas apestiñadas: -en vista del canguelo y que nadie se paga el postre, le hincaré el diente a estas tortitas que me las había traído para merendar- y se echaba a reír y sonaba como el carillón de San Pablo, entre el mosqueo de los de la pandilla.

-Lo del Sansón fue, *Churrifloja* que en viéndome comer el Sansón que está anunciado en la plaza de toros para tirar de un camión con los dientes y estas cosas de forzado se quiso hacer la propaganda, que anda ahora cogiendo la moto, una Harley Davidson de diecisiete caballos y medio, en brazos por no dar la vuelta a la calle Gondomar y cruzarla a contramano, pero en realidad para hacerse notar con la moto bajo el brazo, tan grande como un buey y va , digo, el Sansón del Siglo XX, que si miras lo verás en los carteles tirando del camión vestido de taparrabos, va y se acerca y le dice a mis amigos que lo que yo había hecho que no era nada y que si yo aceptaba que me desafiaba para el domingo siguiente, buscándose la fama el

hombre. Y cuando me lo contaron mis amigos, me levanté, eché un eructo o dos y le dije, digo, oiga usted amigo que han contado mis amigos lo que va proponiendo y que yo no permito que nadie me dañe mi fama, así que para qué vamos a dejarlo para el domingo que viene que si está usted dispuesto nos sentamos ahora mismo, ya que le he cogido el gusto y mientras nos vamos poniendo de acuerdo en lo que nos tenemos que comer cada uno que nos vayan asando un cabrito por cabeza para seguir haciendo boca- y viendo esto el Sansón que se lo tomó en serio, y lo dejaron en cien albóndigas, y al llegar a ochenta se vio derrotado, cogió su moto y se la echó bajo el brazo y salió de estampida. Y con estas historias, que son verdaderas, el *Churrifloja* se hartaba de reír y el *Gordo* se hacía el cartel entre su parroquia de traperos y chatarreros, con lo que pensaba que se ganaba puntos en respeto.

5

Juego de niños.

Los retretes tenían un tejadillo común, donde terminan los patios y una pared establece el dominio de la calleja del Cañaño. Cada metro, o así, un sotabique, que no llegaba a ensamblarse en las vigas separaba uno de otro compartimento. Todos en fila, para aprovechar el mismo pozo ciego. Los retretes tenían un poyete donde ponerse en cuclillas, con un agujero en el que el brocal del bacín iniciaba el camino de lo que, profesionalmente, el Onofre llamaba la fosa séptica y el *Moli*, con humor negro, la orza de sus garbanzos que a limpiar tales depósitos, cuando se colmataban, se aplicaba.

El *Churri*, cada vez que se encuclillaba como un polluelo en el palo del gallinero, pensaba en lo listos que habían sido los albañiles haciendo un sumidero en el suelo, delante del cagadero, por donde se perdían los chorreones. Porque, por mucho cuidado que pusiera, y esmero y tino, o se salía fuera del bacín el mandado gordo o, si quería dar en la diana, se meaba fuera. Estos retretes tienen que estar pensados para las mujeres que tienen los dos agujeros juntos, reflexionaba.

Así que, con la seguridad de que mearse fuera tampoco era, a la postre, delito mayor, y estando como él estaba siempre con las prisas, por aquello que contaron de los reflejos y el perro del profesor ruso el día que lo llevaron las gemelas a que lo viera don Pedro Barbudo, el médico de la calle Carreteras, la verdad es que nada más entrar en la letrina, le entraban las prisas y en comenzando a echarse abajo los pantalones la angurria le metía bulla y no le daba tiempo a desatascarse del todo. De ahí que el sumidero, que todo se lo tragaba, le sirviera para disimular.

Por eso le gustaba hacerlo en el campo. Por el Soto Arenal. Y por los vacíos del Cortijo de Félix. Aunque en este ejido le daba cierta repugnancia la rebusca de las gallinas que, hambrientas como estaban, y glotonas como eran, no tenían la paciencia de esperar a que terminaran los cristianos de hacer sus necesidades y, todavía con los cerullos colgando ya estaban ellas picoteando, lo que si bien es verdad que ayudaba en el

estreñimiento, cuando no acababa de descolgarse, habrá que ver la mierda de huevos que se comerían los cortijeros.

De lo que no andaba muy necesitado el *Churri* es de caprichos para limpiarse el trasero, que en esto no tenía remilgos. Normalmente, andaba como el reloj de las Tendillas y hacía la faena a golpes, aseadamente. No como el Onofre, que siempre andaba yéndose de vareta, que no había más que oír la trompetería que se llevaba el desfile de la banda de la Guardia Civil el día de la Virgen del Pilar, con tanto *porrompompero*.

Por eso, cada vez que se notaba el retortijón de tripas, el pobre del Onofre andaba con su puñado de papeles para recomponer los desperfectos de la riada trasera, que parecía el espurreo de las sastras sobre las pretinas, para sentarlas con la planta de vapor. El *Churri*, ni mancharse por detrás. Si estaba en el campo o por los estercoleros, si acaso, una piedra redonduela, más que nada para tirarla luego al pescuezo de un gallo, espantándolo, o al pioleo de un pájaro, si no a la siesta de una lagartija.

Tempranamente, como está ya apuntado, el *Churri* se aficionó a montar el cuerpo de guardia en el penúltimo patio, sentado entre los hormigueros de los arriates de miramelindos. Nada más sentir por la galería de arriba sus pasos, reconocía a la *Sole*, la hija de la *Limonera*, a la que se le habían parado todas las mariposas del mundo en el lazo azul de la cabeza. La *Sole*, la niña que tenía ya los limoncitos vibrantes debajo de los huesos de las clavículas. Oyéndola bajar, le echaba teatro y empezaba a quitarse en el camino la correa o la tomiza, como si también él fuera al mismo mandado, para meterse en el retrete contiguo.

Le volvía loco oír el chorro dulce y duro de la *Sole* cayendo al bacín. Se la imaginaba con el vestidillo recogido hasta la cintura, con una mano, allí en cuclillas en el poyete de al lado y la otra mano, dándole la vuelta sosteniendo los cucos entre los

muslos. Él pegaba la oreja y se empinaba para oír por encima del biombo del tabiquerío el goteo y venteaba con las narices abiertas para ver si distinguía otro acre aroma, entre los pestes del territorio y ansiaba crecer para empinarse y asomándose a traición, verla, con sus blancas cachas en manifiesto, e indefensa.

Del mismo modo que se las veía a las costureras, que también tenía su registro para eso. Sentadas ellas en sillitas bajas de anea, se les revolucionaban los encajes asomado por los sodelantales, en cuyas circunstancias, el *Churri* se remoloneaba y se echaba al suelo frente a ellas con su milicia de tapones de cerveza, ya para hacer un desfile, ya para jugar al partido de los botones. Y allí, recostado, se estiraba sobre los guijos y apartaba las hierbecillas, como si le estorbaran y enfilaba el ojo por el reguerillo de cemento al que caían los canalones y hacía como si este ojo apuntara a los sansones y el acimut del tiro no era el botón ni lo era el que ejercía de sargento pegado a la chapa de cerveza Mahou, sino las blancas, anchas, prodigiosas, interminables cachas de la *Justi* o de la *Rufi*, que eran como algodonales de octubre que se abren por las bajas.

En la indefensión, ¿inocente?, de su costura, veces había que el panorama llegaba hasta a ensombrecerse con las ingles anguladas por el encaje de ganchillo. Y se quedaba absorto, como los colorines delante de la culebra, paralítico de un fuego tembloroso, jadeante y respirando despacio, para pasar inadvertido. Todo hasta que pasó lo que pasó entre los tres, que ya se dirá, y mientras, -¡Gordo, qué tías, Gordo! ¡Me cago en mis muertos, qué tías, Gordo!-

Envalentonados con estas calenturas se iban por las siestas por la calle Fiteros, en cuyas revueltas, las ventanas umbrosas se poblaban de jadeos, por las casas donde los señoritos hacen sus mandados escusados. Y se aquerenciaban a los soportales de la plaza para espiar los trajines ajenos. Y, en última instancia, visitaban su parroquia de moñas para acabar, tarde o

temprano, en la ceremonia colectiva de echarse una paja, para darle, así, descanso al cerebro, que había veces que se le ponía una bola como un trompo en el trasero del pescuezo, con tanto calentamiento.

Un verano, el tema de la *Sole* se le clavó a tornillo, como un cáncamo en el corazón, que cada vez que pensaba en ella era como cuando se bebió un vaso de vino entero de un trinquete el día que *Matarratas*, el gallo nuevo del Andrés ganó la quimera de la Feria en el circo de la Plaza del Cristo de los Faroles. La *Sole* tenía las piernas largas y los brazos delgados, como las varas de las adelfas y como ellas flexibles, que hablaba y los movía dulcemente como amasando el aire.

Cuando iba con la canasta de mimbre a la Huerta de las Flores o a la Capilla o allá lejos, por Casablanca, a recoger los limones, de cuyo comercio vivía, y llevaba el cenacho colgando de su brazo, como una hermosísima alcayata, el *Churri* la comparaba a las niñas que pintan en los cuadros que venden los de la dita, esos que van con sus canastones por las calles, llenos de telas. Eran cuadros poblados de lagos con patos de cuello largo y blanco y verdes árboles, dobles, de pie, en la ribera, y acostados en el agua, cuadros para las salas de los pobres con bellísimas niñas de vestidos azules, como hadas.

La *Sole* era rubia como sus limones y se le quedaban todas las ropas cortas, que cada mañana amanecía más zanquilarga. Lucía todo el cielo que sostienen las torres de Córdoba depositado en sus ojos, que tenía para sí el *Churri* que se pintaba los ojos por dentro con un azulete celestial, de lo limpio, jugoso y cristalino que lo tenía.

-*Gordo*, ¿tú has visto ojos más azules que los de la *Sole*?-

Andaba de su edad pero se iba despegando un poco, porque aligeraba más que él en el crecimiento, que todavía se acordaba de otros veranos cuando era, si cabe mayor el calorín, y se asfixiaron los pájaros de perdiz del Onofre y a los pollos

ingleses del Andrés hubo que remojarle las patas en el barreño. Estaban, entonces, de la misma talla. Él, que quería aparentar más madurez y mayoría, se medía disimuladamente con ella, poniendo su hombro con la camuesa del de ella y estaban enrasados. Pero, desde entonces, se iba quedando atrás, como enniñeciéndose, mientras la *Sole*, se espigaba como una palmera. Pero eso era por fuera, que por los adentros la *Sole* seguía de su edad, de niña como su pandilla.

Ahí, si no, la gloria de verla en la puerta, por la losa de la acera, jugar, con las otras niñas de la *Casa de los Muchos*, a la tanga, que hay que ver el tino y puntería para tirarla al seis y al siete y su pericia saltando a la pata coja y sobre las cruces hechas por las otras y su gracioso espatarrase para descansar en el jueves o en su propio cuatro cruzado de tiza. O verla en el “al pasar la barca le dijo el barquero”, y cómo se reía cuando aquello de pasar gratis el río por bonita y que decía que no, que ella no era bonita y se reía con la boca chica, -que tenga usted el dinero y páseme usted-.

Y le daba rabia que ya se le fijaban los hombres hechos y derechos, que allí estaba el remendón del Onofre, que se le cortaron las leches aquella vez que lo pilló espetándole las bragas, cuando ella, inocente, puso una rodilla en tierra, delante de la mesita del zapatero, para atarse el cordón de las alpargatas; que hubiera llegado y le hubiera clavado la lezna al zapatero en las niñas de los ojos o le hubiera cortado toda aquella potra asquerosa con la cuchilla de hacer medias sueltas, que qué leche se habrá creído el tío viejo, mirando a la chiquilla.

Y estaban los demás de la calle, que ¡vaya, niña, con los limones!, que ¿cuánto valen?, y al *Churrifloja* le entraba un cabreo que ya podría su madre dedicarse a otro trajín, que mira con la chufra, que él sabía por qué limones preguntaban, en vez de echarla a la calle con la cesta llena, como si fuera la pintura de Julio Romero, que todo el mundo sabe de qué van las frutas.

Pero, luego, se sentaban los chavales debajo de los álamos negros de la puerta, en los poyetes que hacen de alcántara a la carretera y se hacía de noche y ya les venía toda la gloria del verano encima, como si les cayera en las manos, al jugar al anillito todas las estrellas que guiñan por encima de la torre del asilo y de la de Santiago y de la de San Pedro y todas las estrellas que están encima de los San Rafaeles subidos en sus columnas, como el del llano de la Puerta Nueva, el de la fuente que se llevaron al jardín del Alpargate; porque ella, la *Sole*, abría sus manos como puestas para rezar y él metía las suyas donde estaba el anillito, y le parecía que se las apretaba, y le sonreía cuando hurgaba con un dedo, pensaba el *Churrifloja* que con el pretexto de ver si todavía estaba el anillo con el ánimo de metérsele dentro hasta los tuétanos.

Estaban con la *Sole* las hijas del municipal del segundo patio, que eran calentonas, pero tenían la cara redonda, como hecha en la fábrica de pan de higo de la plaza de la Paja, de renegría y de pecosa y de granillos. Y estaba la sobrina de Herrera, el del taller de carros, puertas más debajo de la *Casa de los Muchos*, que no estaba mal y que tenía al *Gordo* loco por tener con ella una revolcón en el sotanillo del silo del serrín que cae debajo de la máquina de serrar, que decía, el muy bestia, que olía una tabla y se tenía que echar una paja; que le tenía la *Herrerilla* “comíos” los mocos. A veces venía el *Negro*, el que se murió como un chicharrón en el calerín, aunque no lo tenía el *Churri* por fiable, pero lo soportaba, porque era compinche del *Gordo*, y se juntaban allí una panda, debajo del olor de la noche, que era una revolución de albahacas y damas de noche y flores del naranjo y se contaban las cosas de los veranos, que eso era por temporadas como los juegos, que igual que a veces se ponía de costumbre el trompo o las bolas o clavar la lima en los redondeles de la tierra o saltar a pídola o al borriquete agarrado a la ventana o al marro y la pita, también, a veces, el juego era el del anillito y las prendas, que le iba un fortunón, por si le caía la breva de un beso, que en eso se da la compinchería de los sexos. Beso que no crean que era de novios, ¡quía! Sólo un rocecillo de los labios, de pasón, como se pescan los peces,

cuando se clava el anzuelo en una agalla o en una aleta y no la boca, para besar un niño enamorado y para morir pez, decentemente.

Otras veces, se jugaba a oficios y había que hacer sin equivocarse todo el Antón Pirulero, cada cual atendiendo a su tarea de barbero o de bordadora o planchadora o a oficio de zapatero, matarilerileró. Y había campañas de canciones, que se aprendía la chiquillería por el cine de Andalucía o por el cine de Ravé, donde el *Churri* dio en ser botijero, o por el cine Goya, cerca del puente, todos corrales de verano en los alrededores de la barriada y se formaban mariachis que “venga a hacerle calzones, que los comienzo de lana y los termino de cuero”. Y se ponían de moda las canciones de bandurrias de las romerías y se tiraban los niños toda la prima noche “caminito de Santo Domingo te vi una mañana florida de abril”, o “arroyito de Linares tus aguas quitan la pena”. Otras temporadas eran los juegos del romero verde, que “si el romero se seca ya no florece” y aquel corro que tanto les gustaba porque permitía el compadreo y el gancho y se hacían siempre las parejas y caía el *Churri* con la *Sole* y al *Gordo*, lo mismo, le tocaba la *Herrerilla*, y con quién le va usted a casar, la casaremos con el *Churri* y qué oficio le va usted a dar, oficio de bordadora y cuando le daban su mano después del matarile y la tomaba el *Churri* entre la suya, el niño sentía que todo el dulzor del mundo se le venía a la lengua, como si bebiera refrescos y chupara naranjas y se la untaran de miel, y no se atrevía a apretarle la mano, y se le ponía sudorosa, como cuando el acecho de la pajaretería por el Soto del Arenal.

Así, miraba para arriba, donde estaban las ramas de los álamos negros y las estrellas y cantaba que al *Gordo* lo iban a casar con al *Herrerilla* y le iban a dar oficio de pastelero, que se reía, de tragón, de relamerse con las dos ideas y él, el *Churri*, ni se daba cuenta, allí gemelo y siamés como estaba de la *Sole*, por la mano, y en ese ensimismamiento seguía mientras la *Sole* se moría de risa y se acababa el juego y él seguía como electrocutado a la mano de ella y le decía: -*Churri*, que estás

alelao, suelta ya- y él abría sus dedos y en dándose cuenta del requerimiento se cagaba en los muertos de la municipal que llamaba a voces a sus hijas y rompía el hechizo, que vaya, -niñas que ya está el pisto frito y se va a enfriar y vuestro padre os va a dar con la porra en los lomos, venga para adentro-, y se quedaba el *Churri* con la mano huérfana, como si se le hubieran muerto, otra vez, todas las madres. Y se entraba la *Sole* o se iba hasta la aladrería del bracete de la *Herrerilla* y el *Gordo* se najaba en busca de un avío por las cocinas del asilo, donde su madre trajinaba y él se iba, remoloneando para el bar el 6 de Puerta Nueva, en busca de su padre y se sentaba allí, a su lado, como un polluelo sin nido, toda la alegría desparramada, en una silla, mientras, -el blanca pito, paso, me doblo, cierro, treinta y seis, cuatro para nosotros, -¿qué pasa, niño?, ya terminamos- y el punto, Onofre, el *Fonta*, Herrera, el padre del *Siete Veinte* se cabreaba con el seis doble colgado, a cuestras como si fuera una tabla de panes.

Pero llegaba otro día y otra noche y seguían los juegos y el amor se descolgaba por los chuecos donde se creían las setas y zumbaba por el aire, e inauguraban el juego de morder la pajuela, que se jugaba un poco a escondidas y turbiamente los cuatro, la *Sole*, él, el *Gordo* y la *Herrerilla*. Y era que se tomaba con los dientes una pajuela, una cañita de hierba gramínea, y unos u otras la llevaban en la boca, por los poyetes de la puerta, en las gradillas de alguna sala, por algún patio perdido, por la leñera de la aladrería, la llevaban, la pajuela, entre los dientes, con los labios entreabiertos la *Sole* o la *Herrerilla*, como un hociquito y desde esta pinta jugosa habría de tomarla el *Churri* o el *Gordo*, sin tocar los labios con los suyos y ellas cortaban una dentelladita y la pajuela que empezaba de palmo, se acortaba a cada corte, y andaban ya casi nariz con nariz y sentía ya el *Churri*, y sentía ya la *Sole*, el roce del bello invisible y la boca estaba allí, mar de fuego y abría los dientes y se quedaba más corta con la pajuela, con un ardite de brizna separada en la punta de la lengua, y otra vez los dientes cuchillo, los cuatro en turno, que le tocaba al *Gordo*, -no la beses, hijo de puta- y seguía la *Herrerilla* y luego el *Churri* y

volvía la *Sole* cuando ya no había distancia que la pajueta era ya un bocadito de nada y eso, ay, ya era besarse, porque apenas asomaba nada, que la pajueta ya no era casi nada, que no salía de los labios y entonces ella, la *Sole*, abría la boca y se daba por perdida, menos el día glorioso que lo dejó acercarse y ya no había pajueta fuera de los dientes y el *Gordo* y la *Herrerilla* los miraban “encompinchados” y la *Sole* no se daba por perdida y llegó el *Churri* y se acercó buscando paja para morder, pero allí sólo estaba la boca de la *Sole*, puesta de descanso, que se había quedado parada, con las aletas de la nariz moviéndose como fuelles y eran sus labios, labios con labios, que aquello ya no era juego, que era un beso de los de verdad y abrió los dientes y se cayó la pajueta de la boca de la *Sole*, pero allí seguían sus labios apretándose contra los suyos y el *Gordo* y la *Herrerilla* se echaron a reír y la *Sole* también estalló en risas y las niñas salieron corriendo por los maceteros y se quedó el *Churri* con su primer beso en regla, puesto en su sitio, que ya se hundiría el mundo y aquello no se olvida y se acabaría la vida y lo enterrarían y seguiría con su beso puesto para siempre y recordando su propia mano en el hombro de la *Sole*, y su carne debajo de la blusa, que aquella blusa se quedará ya para siempre con la huella de su mano, aunque se rompa en algofifa o rodilla y ande de trabajo para limpiar los cristales, que todavía estará allí el cuenco de su mano y la manzana del hombro de la *Sole* y el beso aquel de la pajueta, que dónde estará la pajueta para guardarla, como un rizo de pelo o una cinta del lazo azul que hurtó una siesta de los tendedores, cuando volvía solitario del retrete y el lazo estaba como un estandarte y se lo llevó el lazo, la cinta, ojalá estuviera el pelo debajo, y buscó la pajueta, que sepa Dios sino se la habría tragado con el sofoco del beso, que se le abrió la boca como a los peces los días que frezan en los estanques de los jardines del Alcázar.

6

La muerte del torero

Estaban jugando a las tres en raya en el poyete de la puerta. El suelo humeaba recién regado por Bonosa, que andaba de semana y que, uno tras otro, sacaba cubos de agua del pozo y los echaba por las aceras, por el terrizal, palmeando, por los empedrados junto al portón, mientras que sus hijas y la madre del Siete Veinte y la municipal a la que ayudaban Andrés y Juan, el corchero, regaban macetas, arriates, gradillas del albahaquero y toda la geografía de paredes convertidas en jardines colgantes y patios, que como decimos es una babilonia con tanta alcayata, tanta maceta por galerías, ventanas, alfeizares, alfiles.

Estaban jugando, digo, a las tres en raya. La calina, con el reguerío, era densa y el vaho se hacía pegajoso. Estando en esta policía comunal llegó el municipal y dio la noticia como si fuera una gran enfermedad repentina. Un toro ha matado a Manolete.

Y, con la noticia, la gente se arremolinó y empezó a comentar el suceso, que hay que ver, que parece mentira, que con la sabiduría de Manolo y que eso habrá sido por causa de la lagartona que lo tenía embotcado que le había sorbido hasta el tuétano y él andaba sin fuerzas, que si no, es imposible que un toro pudiera cogerlo. Las gentes se contaban unas a otras, abandonando el regadío y andaban las personas buscándose como las hormigas que se encuentran un alijo, unas se salían a las puertas de las salas:

-¿qué ha pasado?-,
-que eso no es posible-,

y otros se salían a la calle, para preguntar a los transeúntes. Y anocheecía y las mujeres ni se acordaban de aviar la comida que andaba todo el mundo en pandilla y corriendo de un corro a otro. Quienes venían de las tabernas, decían que la gente estaba llorando por los mostradores y los cuartillos del dominó, todos a moco tendido y otros, de pronto, se limpiaban las lágrimas de un manotazo y se liaban a emborracharse, en silencio. Cuando

estaban en estos comentarios, al cabo de un rato, alguien llegó y dijo que habían anunciado en Radio Córdoba que no estaba muerto del todo, pero sí muy tocado, que le habían hecho una transfusión de un cabo de la policía Armada,

-fíjate tú lo malito que tiene que estar, aunque así del todo, muerto de golpe, ya me parecía a mí demasiado, que no se conoce desde Granero, un caso-

-O desde Bocanegra- decía otro -que mira por donde, lo mataron, también muy cerca de Linares, ya ves qué fario, cuando se echó, de paisano a hacerle en Úbeda la faena a unos parientes que empezaban y no tenían agallas o arte para acabar con el toro y, cuando los vio en apuros, se tiró al ruedo y el toro se fue para él, en la barrera y le atravesó con un cuerno el corazón, que tú sabes quien es su nieto, pues el Carreño, que anda de profesor en la “Letro” y de maestro de tabernas, que me lo contó él mismo un día de los que se le sube el mosto y empieza con las poesías de Federico García, al que dicen que mataron los civiles en Granada, porque escribió un romance de esos del Cristóbal, hablando de los gitanos, y de los tricornios de los civiles, que los puso que no es para verlo y decía el Carreño que su abuelo se echó vestió de paisano y lo clavaron como si fuera una tapa de bacalao frito, allí mismo se quedó sin sangre, que encharcó la arena y eso no es frecuente, pero mira tú si hace tiempo, que Manolete, con lo fino que es, y el dominio que tiene que quién iba a decirlo, que ya verás como tú como no salga de este entripao que va a ser un duelo, porque hay que ver la ley que se le tiene, por formal y serio, y por su señorío con el toro, sí y también por la quietud delante del toro, que parece que en vez de toreando se planta, como si estuviera gobernado el paso de los coches de caballos, de lo plantao, que es una estatua, eso es lo que es, una estatua, parado, como el caballo de Gran Capitán, en las Tendillas-

Y aunque eran largas todas las noches de agosto, aquella se hizo inacabable, que todo el mundo se sacó las sillas, las mecedoras y las hamacas a los patios, cada uno cerca de su sala

y las conversaciones iban de puerta en puerta, que se empezaban por el pilón y cuando llegaba al último patio, ya iban los primeros en otra pena, o entraba alguien y traía una noticia de la radio de *ca* el practicante, porque a la del municipal, sí que fue mala suerte, se le había fundido una válvula y salían sólo pitos, por más vueltas que le dieran al botón y la aguja, y el practicante, que era yerno del mozo del bar el 6 de puerta de Baeza y parentela del casero de la *Casa de los Muchos*, el propio practicante, que estuvo a punto de presentarse voluntario de la Cruz Roja por si lo traían, dijo al pasar que acababan de decir en el cuartel de los Municipales que la cosa no tenía remedio, aunque habían salido ya los mejores médicos de Madrid relacionados con las “cornás”, como el Jiménez Guinea, para ver si entre todos podían tapar la herida, que decían que era cosa como un caño en la ingle.

-Tú, por la femoral, que con esa no parece tener arreglo la cosa, que va directa al corazón, ea, que ahí, si te acuerdas, le dieron el navajazo al abuelo del *Siete Veinte*, por la calleja del Viento y no llegó vivo al campo de San Antón, que al parecer la ingle es el peor sitio, por estar donde está y ser la vena principal, que hay que ver qué muerte tan malita, que dicen que da una sed que no se puede aguantar, y a ver si los médicos de Madrid llegan a tiempo, que una vez le dieron una corná parecida a Pascual Márquez, dicen y ahí estaba luego tan campante, que hasta se hizo guerrero republicano-

-Pues yo, que Manolete, con el dinero que ha juntao, iba a torear *Sanani el de las Tortas*, que dicen que ha traído de Méjico el oro en talegas, como que allí parece que pagan todavía con doblones y pelucones de oro, de los que se traía Cristóbal Colón, ni que los indios de las plumas estén podridos de moni, con tanta mina de oro, que no parecen tan enriquecíos con lo de los mariachis y los caballistas-

-Y ojalá él pueda contarle, que, hay que ver, que tienes razón, que dice una señora a la que le cose la Bonosa, que es punto en el chalé de la madre de Manolete en los jardines de los patos, que no me veas la de adelantáos, ¿verdad, Bonosa?, dicen que le ha traído hasta una nevera que no hay que echarle

el hielo, que es como si fuera una fábrica, y mira, que decían que se iba a cortar la coleta, no, si esto es como lo del niño de las Monjas, que es que a los toreros no le acomodaban bien los líos de faldas-.

Y la gente hablaba y hablaba y a nadie le entraba sueño, y todos estaban pendientes y ocupados en lo mismo, y cuando alguien pasaba por la losa de la calle, sin tener que dar más precisiones se le preguntaba, que ¿cómo está?, y la gente decía que las ultimísimas, que le habían echado los santóleos y que, ya se sabe, con las supersticiones, cuando a alguien lo aceitan es porque la cosa está ya de requiescatimpace amén.

Y cómo sería la cosa que aquella noche suspendieron en las radios las noticias que daba el yerno del Caudillo Franco, que hacía lo de Plasmón, una cosa muy instructiva, de todas las enfermedades y operaciones, que tenía a la gente engarlitada, de las cosas que contaban allí, que iban los doctores más importantes y decían que habían suspendido el Plasmón y en la radio de Córdoba no paraban de poner música de toros y dar noticias el García Prieto, desde Radio Linares que era del mismo amo, Federico Algarra y decían que si el doctor Garrido y que si el doctor Jiménez Guinea y que si patatín y que si patatán, y aquella noche parecía que no iba a cerrar la emisora como pasó cuando explotó la bomba en Cádiz que se quedó toda la noche sin cortar dándole al palique el López Cansinos, el Justo Merino, el Gonzalo Fausto, el Cuevas, diciendo que si fulanito está bien y que decírselo a su familia, el que lo escuche y era igual porque, de verdad el Manolete era como de la familia de todos los cordobeses, de toda Córdoba, que estaba toda la ciudad de pie, como de velorio.

7

Memoria del Campo de San Antón.

Cuando los moros ensancharon las viejas murallas de Córdoba, que antes fue pueblo romano y de Osio, y según fray Carmelo, el que habla en la radio del evangelio que vive en el convento del Carmen de la Puerta Nueva, casi debajo de las tísicas, se hicieron otras murallas para encerrar al personal, que se había multiplicado como las orugas, para tenerlo a salvo de los peligros de la guerra. Así, desde la calle la Feria, donde estaba la puerta de los pescadores, que allí vendían las nasas de sollos y anguilas, Córdoba se engrandeció, llevando la muralla y nuevas puertas hasta el comienzo de las huertas. La de Baeza, que mira para Jaén, y la Puerta Nueva, de las que no queda más rastro que el nombre. Entonces los vivales tomaron la muralla por tabicón, entre estos dos descampados y se pegaron parches, levantando casas, que se repitieron al otro lado de la carretera, que dice fray Carmelo que es el mismísimo camino real, que nace en la Puerta del Sol de Madrid. Este camino y su sirga de casas en la carretera, una de ellas descansando en la muralla, es el Campo de Antón.

Casas que fueron un poco de extranjis, porque dicen que cuando se cerraban las puertas de Córdoba, al anochecido, se quedaban fuera. Algunas, la verdad es que tenía franquía hasta Barrionuevo, que algo habrá que contar de las casas de paso, que primero fueron los portillos y se quedaron con el molde, porque se fue engranando el chozo y acabó por convertir en patinillos lo que eran calles, que ahí está la de la Lagunilla, donde se da el timo de los garbanzos y el aceite, de lo que habrá que decir alguna cosa también, y si cuadra lo dejo dicho, que luego se nos olvida y queda prometido y sin cumplir.

Pasa que la gente que viene del pueblo o de los cortijos, con sus ricas viandas de costales de lentejas y garbanzos, o sus cantarillas de aceite y si se tercia, su hoja de tocino, incluso, esta gente tiene parroquia por las revueltas de la estación, más que por el fielato, por la brigadilla que tiene muy perseguido el estraperlo. Y hasta este punto de compra y venta va diariamente una panda de listos que, en cuanto que ven llegar a un cortijero nuevo, que eso se distingue enseguida, en la forma de mirar al

personal, se van para él y hacen trato, que a tanto el kilo, sesenta kilos, son tantos y a tanto el litro, las dos arrobas, equis. De acuerdo. Y hecho enseguida el acuerdo, le dice al del suministro que le acompañe hasta su casa, porque el dinero, como están las cosas, no se puede llevar encima y cruzan el campo de la Merced y bajan por la cuestecilla del Muro de la Misericordia y ante una puerta que se abre, normal, con sus postigos y su zaguán y sus ventanas, le dice el guinde al otro que espere, que enseguida sale, y toma las viandas y entra por el portal, que en realidad es el hijo primero de un laberinto de casas, patios, azoteas, calles y todo escondido y poblado de vecinos que hacen sus cosas, mientras la gente usa la calle, porque es la casa de paso que va a salir a la plaza de la Lagunilla, en frente de la casa donde vivió Manolete, el pobre y entonces el guinda sale de andana y se pierde ya a leguas vistas del cortijo, que al cabo del rato cansado de esperar entra en la Casa de Paso y las vecinas se dicen unas a otras, ya ha picado, el primero de la mañana, y al pobre hombre le dicen que hay que ver qué tontos que son los de los cortijos, que ya podían saberse el registro, que el del aceite y los garbanzos irá ya por San Andrés o por la Corredera, donde, en efecto, lo suele revender, al menudeo, esta cofradía de pícaros, bajo los soportales.

Bueno, que íbamos contando lo del campo de San Antón, que tiene también casa de paso a Barrionuevo y se decía que el Asilo no se sabe por qué lo hicieron fuera, que está en frente de la muralla, al otro lado de la carretera, dando comienzo a la acera donde florece la *Casa de los Muchos*. Que era campo no se sabe si de San Antón o de Madre de Dios, porque le pilla en medio, pero que cuando empezaron a nacer cobertizos pasado el asilo, y dejando en medio la calleja para hacer los cordeles y la pleita, que le pusieron con mucho tino el nombre de calleja del Cáñamo, y detrás de estas casas ya estaban las huertas y los caminos. El primero, calleja por medio, el Huerto de las Flores, haciendo rincón. Dice fray Carmelo, que antes a las calles le ponían nombre por los oficios que pasa ahora con los guardias, los civiles y los toreros, antes vivían juntos los del mismo

gremio. Y ahí están las calles de Carnicerías, la de Alpatanas, la del Queso, la Pescadería y las de Caldereros y la Madera y no hay que preguntar por el sindicato que la habita, lo que no está mal pensado, que de esto todavía hay un racimo.

Siguiendo carretera arriba, una vez rebasada la *Casa de los Muchos* había unas casitas pequeñas, relativamente, cuyas partes traseras daban a los patios y tapias de la corrala. En la más cercana, la que pegaba con el bodegón y atarazana y desahogo de la taberna de Requena en el sótano de la *Casa de los Muchos*, estaban la fábrica de baldosas y la tenería de Arroyo, al que le decían Arroyo de las pieles, por guardar al nombrar la costumbre de los oficios. Acerca adelante venía la casa de unos labradores que se llaman los Toledanos, no se sabe si de apellido o mote o gentilicio, familia esta que andaban de pegujaleros o arrendadores por la campiña y cada año recomendaba al *Moli* para hacer la temporada de la aceituna, personas, los Toledanos, que escupían por un colmillo, que en casa de estos quiñoneros no faltaba nunca una hoja de tocino, una morcilla de lustre o una orza de garbanzos. La última era la casa de las baldosas y azulejos, que fue por cierto la última superviviente cuando derribaron todo esta república, que se contará al final del romance, porque las gentes de la contrata la dejaron de despacho y de oficina y a los niños les gustaba asomarse y ver las paredes, como si fueran cuadros o la colcha de panquite, o sea de retales cuadraditos, cada uno de su padre y su madre, que así estaban los azulejos por la pared, desparejados por cuadrillas. Le decían la tienda de Ildefonso Navarro o de Ariza. Esta casa hacía ya revuelta con la calleja del Cñamo, que había dado la vuelta por detrás de la *Casa de los Muchos* al que tenía postigo y esquinazo en la Huerta de las Flores. Tras el almacén de los azulejos, tenían allí sus almagras y sus polvillos las losas de estrellas y dibujos, que se ponen en los portales y salas de lujo y luego andaba la alfarería, que eso sí que era una gloria. Los alfareros eran hermanos que remanecían de tierras de cacharrereros. Habían aprendido el oficio del padre, nombrado Muñoz, oriundo de La Rambla y toda la familia andaba esturreada por esos pueblos de los

botijos. Hacían macetas y zambombas, búcaros y cántaros y los hijos perfeccionaron el gusto de la escolanía del padre, aprendiendo en los libros las formas y curvas de la jarra de pisos y cacharrería de lujo, ganando mérito, que ya estaban peritos y maestros en botijos y cantaritas vidriadas y de colores, que daba gusto verlas tan bien hechas. Las ponían a secar, cuando las sacaban del torno, en tablas puestas a la sombra, y las cocían después de pintarlas con plumillas de gallo en el horno, que estaba allí mismo y al que echaban toda la viruta del taller de carros de Herrera.

Tirando hacia adentro, la calleja tenía en el fondo un culo de saco, sin salida, donde estaba la Casa de Recogimiento, que eso era una cosa fetén, que allí, cualquier pobre al que le cogiera la noche sin tener un techo, en no siendo un algarín como al *Negro*, al que ya repudiaban, se podía cobijar y dormir en una pitra, tan ricamente, por dos perras gordas, que por los tiempos últimos subieron el pupilaje a real la dormida. La pensión la cobraba un viejo que durante el día se dedicaba al oficio de “arvellanero”, función que ejercía especialmente por las tabernas. Tenía un vicio de vendedor que si se hubiera dedicado al trato de las bestias se hubiera hecho el amo, que parecía a lo pronto tontillo, porque, en entrando en una taberna, se iba por todos los cuartos de velador en velador y por los reservados de los juegos y por el mostrador y según la parroquia, en cada sitio echaba tres o cuatro avellanas, para probar y calentar la boca, y él seguía su reparto, sin decir nada, al que más y al que menos le había entrado el gusanillo del cacahuete, como dice el *Cala*, uno del barrio que fue en camión de mozo de descarga un viaje a Barcelona que le llaman por allí a estos frutos, le había entrado el gustillo del maní y andaban rechupando la cáscara saladita y no era tonto, no, que picaban uno a uno, cada cual comprando una medida, que era como un barrilito de madera de tirar el dado del parchís, o como un celemín chiquito, la de peseta, y el guarda de la Casa de Recogimiento tenía una habilidad que parecía que te echaba la medida con colmo y estaban allí las avellanas estorbándose unas a otras y los dedos del avellanero metidos debajo. Total que pagaba el francés el

vino que se bebió, que aquí una medida, allí otra, acababa vendiendo su avío.

Bueno, pues este viejo, cuyo nombre no recuerdo, con el follón de cristianos que se amontonan en la punta de la lengua, era el encargado de cobrar la renta diaria de los inquilinos de la Casa de Recogimiento, que eso era como una herencia de una que se metió a monja, pero sin ser monja del todo, de esas que les dicen terceras o terciarias o yo qué sé, que llevan cordones y escapularios y que, cuando sienten que van a estirar la pata, dejan escrito en las oficinas de las escrituras que mi casa la dejo para que duerman los cristianos que no tienen techo, y a los que sólo se les puede cobrar la limosna para gastos de lámpara, agua y fregado y esas cosas.

Estaba el muñón sin salida de la calleja del Cádiz enfrente de los esparteros, que éstos, digo yo, deberían haber sido los más amos de la calle, por el nombre de las callejas. Cogían tomizas y espartos y se liaban a hacer pleita y un monaguillo aprendiz o una parienta se liaban a dar vuelta a una rueda que ponían en la otra parte de la calle y se liaban a hacer pleita y dale que te pego. Las que hacían de cáñamo eran tomizas más blancas, más suaves, y, para manipular los materiales, se mojaban las manos en un cacharro y con las manos mojadas rodaban las hebras sobre las rodillas, donde una especie de zajones servía de banco para las tomizas. Lo de las cuerdas gruesas era ya un espectáculo en el que además del monago o la parienta, solíamos echarle una mano los chavales, que nos tirábamos allí las horas muertas dándole a la rueda, bastante más grande que la del afilador y salían unas cuerdas de no me veas, para los pozos y otras gruesas como las muñecas para los acarreos de las mudanzas y las faenas de los carros y el campo, como lo de sujetar los cerros de sacos, a lo mejor de trigo o alpacas de paja amontonadas, cuerdas que atirantaban en unos trozos de madera que llamaban morcillas, que talmente tenían esa forma y era un cacho fuerte de vara cortada verde del árbol y amarradas sus puntas por guita o alambre, con lo que servían de anilla o argolla, para tensar la carga de los carros con las

cuerdas que fabricaban los esparteros, lustrosas se ponían las morcillas del rosa de las cuerdas, como los mangos de las garrotas.

Otras gentes poblaban la espalda de la calleja, como los cabreros y los de la vaquería de Chirova. Y, pasando la calleja, según se va por la carretera, estaba ya el taller de carros de Herrera, que aquello sí que era una industria de las de la ley, que trabajaban allí de continuo, sus buenos padres de familia, con lo de acarrear la madera y luego prepararla en las máquinas de cerrar y darle a la garlopa y a la azuela y luego estaba la parte de la forja, para las llantas de las ruedas, que era una gloria ver el chisporroteo de la fragua, artilugio que no tenía igual, de nos ser la que había en la avenida de Canalejas, que le dicen de Martínez de los Llanos, que es taller para hacer los hierros forjados y retorcidos como velas y otras faenas de mérito, como rejas y balcones y faroles.

La aladrería estaba mandada, aunque como si no lo estuviera, por el viejo, que se llamaba Herrera y de ahí el nombre del taller y el de los hijos, que estos eran los que llevaban el negocio, antes de que vinieran los de la piqueta. El camino antiguo hoy carretera real, tenía mucha anchura, y en el descampado se apilaban delante del negocio ruedas de carros, y distintos vehículos en reparación o reforma, con los varaes para el cielo o estantes en los mozos, junto a grandes troncos de álamos negros y otras maderas de alma dura para la fabricación de las distintas piezas de los carros, que si cubos de ejes, que si radios, que si varaes, que si mozos. La oficina la llevaban dentro, donde hacían las cuentas de las reparaciones y las horas de trabajo de cada encargo, que si tanto tiempo y tanto material en el carro del pajero, que se le reventó el cubo que si tanto en echar un eje nuevo y esas cosas. La oficina la llevaba uno de los hermanos Francisco, que era señorito, al lado de los otros dos hijos del viejo, que mientras estos andaban con mandiles de herrero dándole a la azuela él tenía blusón de oficinista. Vivía en la calle Barrionuevo y andaba siempre de limpio, por la taberna de el 6 de la Puerta Nueva, hablando con el veterinario,

que tenía clínica y herradero frente al matadero, por donde abrieron calle nueva a la Magdalena y se empandillaba también con el cabo *Coloraíllo*, con los que formaban la tertulia de más mérito de la taberna, que hasta el mozo que la explotaba los distinguía sirviendo atento y rápido las copas y reservándoles un velado en el patio del bebedero. Luego estaban los otros dos hermanos, que sepa Dios, por donde andarán si es que todavía andan, en estos tiempos. El herrero se llamaba Antonio y era, como parece natural, el más renegrido, que siempre andaba el hombre allí metiendo los hierros entre las estrellas que salían en chorro de la fragua. Cogía el carbón de piedra y hacía con él una montañita en medio del fuego y lo espurreaba con agua con una escobilla y le daba al ventilador con una manivela, oficio en el que siempre estaba el aprendiz, el que luego ponía la tajadera en el yunque sobre el hierro al rojo vivo para cortar, que Antonio levantaba el porro y dándole réplica de martinete, era como si hiciera música de copla, que era una alegría ver cómo sonaba aquello, cada golpe de una manera, y mientras sacaba el hierro hecho caramelo, tim, tam y, de cuando en cuando, como si mirara el corte o el alabeo, estirando el hierro delante de los ojos, daba golpecitos con el martillo de bola en el yunque, seguiditos, tim, tim, tim y enfilaba otra vez el hierro para ver si estaba tieso y lo metía de nuevo, removiendo la montañita, como un volcán de carbón, volcán domesticado porque atufaba cuando él quería y le decía: -niño, dale- y el aprendiz avivaba el fuego con la manivela.

Estaba luego el otro hermano, el aladrero propio, que se llamaba Rafalito y que tenía un lápiz aplastado puesto como un cigarro en la oreja, lápiz que a los niños provocaba chiripitas en los ojos. Mira tú, *Gordo*, que lápiz que nunca se veían otros iguales, que lo normal es que los lápices fueran redondos u ochavaíllos y aquel era como el canto de una habichuela, y grande, como un paloduz de extracto. Bueno, pues Rafalito, con el lápiz le hacía las rayas a los tablones, para cortarlos derechos y los metía en la máquina que echaba serrín a manta y el serrín se metía por debajo, por la trampilla, como las que hay en los sótanos y en los garajes, para las bajeras de los

automóviles, pero oliendo a pino, a gloria de campo. Y el *Gordo* cada vez que olía el serrín pensaba en la *Herrerilla* y cada vez veía a la *Herrerilla* pensaba en el catre aquel de serrín, blandito y oloroso y se le iban los ojos y decía: -¡madre, que gusto salir de ahí espelucado!-.

Estaban, digo, delante de la puerta, en el llanete, los carros a medio hacer, a medio arreglar, troncos, hierros y terminados los portones las casitas donde vivía *Sierrita*, la estanquera de la calle Santiago y los Losada y otros que le decían *Monicha*, que quiso ser torero porque andaba encelado con las tientas que se hacían en la placita del propio matadero, cuando entraban las vacas pajunas, que más de una mandó al tejado a un matarife y a algún aficionado de los que luego presumían de arte y valor en la taberna de Chaleco, junto al Cristo de los Caminantes, cerca de la Ronda de la Manca, donde aguaban los trabajadores del Matadero y los aficionados a los toros, que venían al entreno y al encargo de cuernas para montar el carrito del toreo de salón. Que más que nada lo de la vacas pajunas en la placita servía para que los toreros se entrenaran y le cogieran la muerte a los toros, que se iban por allí, madrugadores a la hora del aguardiente y en vez de matar a los animales, como está “mandao” en los bandos del alcalde, se consentía y se sustituía el cachetazo por los pincha uvas, que empezaban con el estoque y terminaban con el de cruceta o el verdugillo, hasta que acertaban, y cuantas veces se quedaban los toros y las vacas los pobres, tocados y bamboleantes, hasta que doblaban y estaban ya morrillo y lomos como acerico.

Pero no sólo a las pajunas, que, a veces, había más mérito y se liquidaba alguna res de sangre, que se hubiera desgraciado, aunque no se andaba con remilgos, que igual oficiaban con vacas de leche, con retintas enrabetadas o, si se terciaba, con cabras y carneros, para que los aprendices fueran entrando en suerte. Es que, en el matadero, siempre han tenido vara alta los toreros, que luego, cogían de mozos de espadas a los matarifes, y porque muchos aspirantes fracasados andaban en el trato de la carne y de entradores y de esas cosas de los tejemanajes del

ganado. Allí iba, pues, el *Mónica*, al que a la postre los hijos se le quedaron cortos, pero honrados y de buena uva y acabaron plateros.

Y estaba Casana, dueño del corralón de su nombre y del calerín pero esa es historia más larga que habrá que ir contando. Y había por los andurriales un postigo que tengo para mí que salía hasta el huerto y callejón de la Fábrica del Gas, que dando una vuelta venía a dar, Arroyo de las Piedras adelante, hasta el mismísimo Santuario de la Virgen de la Fuensanta, y la Casa Refugio del Tribunal Tutelar de Menores, monipodio del *Negro*, el que se achicharró. En el Corralón de Casana, del que ya contaremos más historias, estaba la chamarilería de Carlos, un tío, oye, un hombre culto, pero al que le iba la compra y la venta de cosas de derribo. Cuando prosperó el país, se compró un motocarro y andaba sobre él, todo el día hecho un señorón, con sus puertas a cuestras. Tenía Carlos un primo, que era sordomudo y era un artista, que vivía en las casitas que hicieron los militares cerca de Las Margaritas, que le dicen de La Paz. Pintaba unos cuadros preciosos y lo sacaron varias veces en los periódicos, que los colgó todos en feria una vez en la Galería de Arte del Ayuntamiento que estaba al lado de la Casa de Socorro, en la calle Góngora. Como no podía pregonar, por ser sordomudo, se hacía papeletas y sorteaba los cuadros. Se le veía todos los días en las aceras de la Plaza de las Tendillas y como ya tenía su parroquia, como la gente que rifa una lata de aceite o una maceta de espárragos, colocaba su mercancía, en colaboración con el sorteo de los ciegos, y así vivía y compraba lienzos y pinceles y esas cosas, como Julio Romero. Era muy buena persona, el pintor, pero algo cascarrabias. Luego, además, tenía el seso sorbido por los curas y cuando no estaba en el negocio de las papeletas, seguro, se le encontraba por San Nicolás de la Villa, rezando.

Bueno, pues su primo, Carlos, era también hombre instruido, que se dedicó a lo de la compra y venta, tengo yo para mí por la libertad de horario y no andar de esclavo de nadie. Y Carlos,

allí, en el Corralón de Casana, era en realidad un poco como el alcalde de aquella parcela, que estaba cercada de chumberas y donde había algunos chozos para buenos cristianos y al sol gatos, perros y cochinos hozando, que ya verán que jolgorio se armaba en este destierro.

8

Donde Andrés relata el ajusticiamiento
del Sorroche.

-Con su permiso, mi sargento, me voy a quitar la chaqueta para que no la agujereen; dijo el Sorroche, cuando le estaban apuntando para fusilarlo-, contaba el Andrés, el carpintero, sentado en la esquina de la parra, bajo el paño de cal donde las salamanquesas acechaban en la noche los insectos libadores. El Andrés, que, como quedara relatado, estuvo el día del juicio en la Audiencia y ni por todo el oro del mundo habría vendido su puesto en la cola, el día que el *Churri* se estrenó en el oficio de plantón y don Tancredo. Y, cada verano, volvía a contar la historia.

A veces había silencios y parecía que la noche se iba a acabar. Todos sin chistar, metido cada uno por sus adentros, dormitando en las mecedoras y hamacas, espantándose los mosquitos. Se callaban, pues, las conversaciones, hasta que, de pronto, alguien sacaba un tema y, otra vez, se pegaba la hebra.

-¿Estuvo usted en el ajusticiamiento, Andrés?- había preguntado la Bonosa al carpintero, retomando una conversación de hacía horas, iniciada cuando María, la hija de *Sorroche*, pasó amartelada con un pavo, a pesar del luto.

-¡Y eso que tiene que ver, mujer!- le había dicho a la Aciscla. -Yo recuerdo que en Arjona, cuando ahorcaron a uno que se lo llevaron a Andújar para el remate, porque le dio por lo de sacamantecas y eso de las mantaserías con los niños y las niñas, me acuerdo que la viuda del ahorcado se lió con el mismo guardia civil que lo había apresado, con que, qué más da que el mozo se arrumaque con la hija del muerto, que eso no creo que se pegue. Vamos, para empezar, el civil le hizo una barriga y luego convivieron revueltos los hijos de unos con los del otro. Y, además, que la hija del *Sorroche* también tiene derecho a un disfrute, que en todo no va a ser luto-.

Y el Andrés, respondiendo al trapo: -¡claro!, claro que estuve, ¡no iba a estar! Yo lo conocía mucho, de cuando Domingo Sabio y los Salesianos. Para mí que tuvo que ser por lo de la bola negra, que si no el *Sorroche* no hace lo que hizo, que era un hombre cumplidor a además aficionado a la sacristía

y yo creo que hizo oficio de mandado, con lo del despene del cobrador del banco-.

-Pues yo más me creo que le rebanó el pescuezo para quedarse con la cartera del cobrador y sanseacabó de romances, que lo otro es como para adornarlo, como pasó con el Cojo de la calle Arenillas, que se dedicaba al guinde, saltando los tejados y va su mujer y me la encuentro el otro día en fielato de la Puerta de Baeza y va y me dice que hay que ver que los falangistas han prendido a su hombre porque le habían dado el soplo de que había sido sindicalista de la Casa del Pueblo y de los Wences Carrillo y ese no ha visto más carrillo que el que hace los portes de la Jiguerilla a la prisión del Alcázar-.

-¡Es que hay que ver el pobre, con una navaja barbera, que dicen que no dijo ni pío, *Justi!*-, apostillaba su hermana, Rufina, sintiendo el resquemor del filo por el cuello.

-Que no- replicaba el Andrés -que vosotras no estáis en el mundo, que yo estuve una vez en la logia, allá por la calleja de Santa Marta, justo pared con pared con la casa de trato donde está la carpintería de la cooperativa de ebanistas que la montó Lerroux y Zapatones, y estuve, digo, en la carpintería haciendo un destajo, por una partilla de sillas que encargo el SEU para el colegio mayor que han puesto en el antiguo gobierno civil, debajo de la emisora, y entonces, como corría prisa, el gobernador echo un bando y tuvimos que echar mano todos los del gremio, bueno, que digo, que yo subí un día de esos allí arriba, por una puerta excusada y estaba allí un cuarto alargado, como una iglesia, con los mandiles y la pared pintada de ojos, oye, un susto. Te lo digo yo, que no soy hombre que se cague por las patas abajo, que me quede frío como una salamanquesa. Al Sorroche, digo, le tuvieron que echar la bola negra y le tocó apencar con el mochuelo. Que eso le puede pasar a cualquiera-.

-Bueno, a cualquiera que este metido en lo de los masones y comunismos- terció el Fonta, y el Andrés se puso hecho un basilisco, -¡qué leche!, que estas en la inopia, ¿qué leche tiene que ver una cosa con otra?, que una es de lucha decente y proletaria, con lo de ganar el pan con el sudor de la frente y lo de la mascara de encapuchados es cosa que viene de otra clase, de otros jefes, que dicen que son políticos y hasta curas, y

hablan del mismo Zapatones, Eloy Vaquero, que fue ministro y dicen que oriente, como su jefe Lerroux, que andaban todos ellos en la pandilla. Lo otro, lo otro es dar la cara y hacer caso de Pablo Iglesias y de Francisco Largo-.

-¡Vaya que ya salió!- dijo el *Fonta* -hombre, ¡Otra vez de mítines!. No, si es que me sacas de quicio-.

-A usted no lo sacan del quicio ni esa salamanquesa-, se rió la municipal, señalando a una del tamaño de un lagarto que estaba en la pared, junto a la cabeza del carpintero, agazapada cerca del farol que lo que es a ella, enseguida le iba a escupir un bicho asqueroso como aquel, para que se quedará calva.

-¿Bicho asqueroso?, ¡ande, mujer!, ¡Si eso es como una sardina arenque!-.

-¡Calle qué asco!-.

Y la Bonosa, novelera, aficionada, como ninguna a las historias de crímenes: -siga usted, Andrés-.

-Pues nada, que se puso la tropa en las tapias y puertas, para no dejar pasar a nadie a verlo espichar, un pasmón de gente que querían verlo espichar y se formó allí un pasmón de personas, por el cementerio de San Rafael, todos contenidos por los guardias civiles, que tenían puestos los máuseres como una valla. Y en estas estaba el *Sorroche*, en la tapia y le dijo el sargento que si le vendaba los ojos y él dijo que para qué, que no se preocupara, que si le permitía, lo que sí iba a hacer era quitarse la chaqueta que su parienta le había preparado para el caso la que llevaba era la nueva y no era cosa de que se llenara de agujeros con los disparos. Y le dio permiso el sargento, que era un hombre compresivo y bueno, y entonces fue el *Sorroche*, Paco Reyes de buen nombre, con toda su cachaza, fue y se quitó la chaqueta y la cogió con todo esmero del cuello y la volvió del revés y la dobló por la mitad y luego se la puso en el brazo, como llevan la sarta de corbatas en escaparate los que venden estos artículos por la plaza de las Tendillas, y la volvió a doblar en cuatro, y se agacho, con, todos sus huevazos, y la dejó allí dobladita allí a sus pies, como si fuera una botija para echar un trago de cuando en cuando, que me parece estar viéndolo. Y ya en pie, le dijo al sargento, ¡Ea!, ya está. Y así fue. Y la gente se quedo con la boca seca, porque la bullanga

antes pedía que lo mataran y algunos hasta le pincharon al paso con alfileres, pero después de todo, un cristiano es un cristiano y él era inocente, estoy seguro, que si no hubiera sido por lo de la bola negra, ese andaría todavía por los salesianos, que lo de la chaqueta emocionó mucho a la gente, que se arrepintió de los gritos y los pinchazos y se quedó allí como diciendo qué tío, qué sangre fría. Y dijo apunten, fuego y fue visto y no visto, que cayó como una caña que se corta, y le salía un hilillo de sangre por la boca. No, no era malo-.

-Para malo, malo, el Alonso-, seguía el Andrés contando historias, -que se cambió la camisa de la guindama, que estaba con los hijos de Wences, el Carrillo, y acabó de verdugo voluntario y de chivato para los fusilamientos de los republicanos. Que eso sí que es ser renegado, que lo del barbero, al fin y al cabo, es un gaje suelto y en cambio, el Alonso iba con la camioneta y se vistió de falangista y como sabía los apaños de todo el mundo, empezó a señalar a uno y a otro y a otro...-

-Vamos, y eso sí que es verdad- terció el municipal, que volvía como cada noche, de su ronda de taberna en taberna, alumbrado -eso sí que es verdad, que yo estaba de guardia en el fielato de la capilla de San Sebastián y del Cristo de los Caminantes, en la puerta de la Ronda de la Manca, cuando llegó con la camioneta a la Huerta Tras la Puerta, donde estaba escondido el alcalde, el Sánchez Badajoz, y él señaló dónde, en el chozajo del pozo del motor para llenar la alberca y allí lo engarlitaron al alcalde, que al poco lo fusilaron por el Alonso-.

9

De cómo el *Churrifloja*
perdió la razón de su mote
en la Casa de los Muchos.

Se estaban todos preparando para ir de melonar. Todo empezó porque al *Cala* y al *Siete Veinte* y a algunos otros que hacían de faeneros en las lonjas, junto al Asilo, los contrató el Folique para cargar unos camiones de melones. El Folique era un viejo gitano honrado y trabajador y con sus hijos que le salieron a su sangre, ducho en el trato y currante, donde haya gitanos que lo sean que tenía el trono de la silla del trato en el porche del Bar de la Lonjas, donde venían los campesinos que habían echado unas cuerdas de melones por Montalbán o La Rambla a medias con los amos de la tierra, venían en busca de tratante y en esto, además del Tío de los Sacos, que tenía negocio por el corralón de la Fábrica de los Fósforos y en el Bar el 6 de la Puerta de Baeza, en hacer tratos con los que ponían lonjas de melonar en las calles de Bilbao o San Sebastián, el que partía el bacalao era el Folique porque disponía de nutrida parroquia.

Estaban ya los melonares casi para el arranque. Los de Córdoba habían venido, como todos los años, más tardíos y se había desmejorado el precio, así cuando vino un cliente en busca de melón barato, el Folique dijo que casi por arrancarlos, había un melonar del que tenía encargo, muy cerca, pasado el Arroyo de la Miel, así que entraron en negocio y puso al *Cala* en encargo de buscar faeneros, porque el viaje no daba para mucho, por lo que lo mejor era que organizara una “meloná” de entre los de su casa; se pasaban el día en el campo, se hartaban de comer melones y encima se ganaban algunos cuartillos, no muchos. En este acuerdo, el *Cala* pregonó la noche antes de la gira, que el único problema era la vuelta del currelo y el banquete, porque la ida se hacía en el camión, pero en cargando éste cada uno en el coche de San Fernando, pero como estaba cerca, se aquerenció la parroquia y casi de madrugada salieron más de cincuenta personas de la *Casa de los Muchos*, algunos con sacos y espuestas para traerse algún que otro melón de arranque.

Ya a esa hora, el Folique estaba en su trono, con un vaso de infusión de manzanilla en la mano, dándole coba y aguardar

que “enseguía” viene el vehículo y se sentaron por la fuente, frente al bar de Miguelito, haciendo tiempo y el Folique mientras tanto, dando palique a los compradores de todos los días, -que si melones güenos, güenos los nuestros y no los de Villaconejos, que aquí musotros los criamos de las mejores pipas, que los hay de piel de sapo y de la tajá señalá y los de la casta de Fernán Núñez- y el Folique le echaba mérito -que aquí no pasa como en otros laos que los desgrasian con los secticidas que le jechan con las vionetas que así salen los melones, envenenaos, que pa melones Córdoba y pa sandias los reguerios de la parte de las marismas de Sevilla, que se lo digo yo que soy el gitano que más sabe de bestias y de melones en la baja y arta Andalucía-.

Eran las lonjas un hervidero, tan de mañana, con sus tratos y sus entradores de frutas y pescado y sus minoristas a comprar para repartir por todos los tenderetes, fruterías y abacerías de Córdoba. Y estaban las lonjas al lado del cuartel de la Policía Armada y tanto éste como el propio terreno de la lonja se lo habían robado al antiguo Campo Madre de Dios, que llegaba hasta la plaza donde está el corralón de la antigua fábrica de fósforos y bujías esteáricas.

Tiempo atrás se unieron los dos Campos, el de San Antón y el de Madre de Dios y llegaba este ejido, casi hasta el cementerio de San Rafael, que tienen contado que se estrenó en 1833 en tierras de las hazas que se llamaban de la Gitana y Cortijuelo de las Infantas. Cuentan que cuando derribaron las murallas y las torres que estaba la de las Siete Esquinas, la de la Puerta Baeza y tres más entre ésta y la que se llamó Nueva o de Alcolea, con las piedras hicieron bancos para este salón, que eran unos sillares de los tiempos de Roma, que daba gloria verlos, que dos había todavía a la puerta de la *Casa de los Muchos* y cabían holgadas tres o cuatro personas en tertulia, sentadas allí.

La gente de la carga de los melones se iba impacientando y en éstas, para quitarse el gusanillo, algunos se refugiaron en la

taberna de Miguelito, en el esquinazo de Agustín Moreno y estaba el Miguel relatando, cuando le pidieron una clásica por barba, relataba el Miguel que él era tabernero por casualidad, aunque esta taberna, decía, -es una de las más antiguas de Córdoba, que se fundó en 1912 y se la quedó arrendada mi padre, que era hortelano de la Huerta del Milano y se la quedó, digo por cobrar una deuda, ahí tienes la taberna, le dijo el mozo y se la dejó porque no podía pagarle los veinte duros que le había prestado sin réditos, que se quedó de mozo porque la taberna es de unos gallegos, esos que se llaman Grobas y que vinieron a puñados para dedicarse al oficio de mozos de cuerda y tenían punto de parada al lado de la iglesia de San Salvador, estos gallegos, en cuanto que ganan un duro, como no tenían más que pan de higo, se dedicaban a comprar tabernas, que todavía quedan las dos de la Puerta Nueva, otra en Regina, otra en San Zoilo, la del Chaleco, enfrente del matadero y ésta-. En ésta que llamaron para salir de melonar y se esturrearon los parroquianos, menos el Andrés que le estaba tomando gusto a las conversaciones con el Miguelito y le dijo: -anda, que yo me quedo, vamos a convidarnos, que no quiero pasar la calorín del melonar- y se echaron dos copa de Rute seco, una para el tabernero y otra para el cliente y se liaron de historias del barrio:

-Que hay que ver lo que está cambiando-

-Y tú que lo digas, que antes, que personajes, te acuerdas del pobre Andel-Krim, el de las murgas, el que cada año por los carnavales se adelantaba y se iba por su cuenta a blanquear la Jiguerilla para que le cogiera limpia, que se murió al lado de tu casa, en la Casa del Recogimiento-

-No me voy a acordar, Miguel, si parece que lo estoy viendo con sus murguetas, cuando pusieron de zoológico un avestruz en los jardines de los patos y la gente echó tachuelas o sulafamato y cantaba, te acuerdas “un veneno le han echado, a ese animal tan dichoso, se lo podían haber echao a su hermanita en el chocho”, y cambiaba la música y seguía cantando lo de, “como la jaula está vacía, ahora se oye decir que van a meter en ella al borracho de Abdel-Krim”, si sería borracho que el mismo se sacaba las copletas, era moraco o no sé, me acuerdo

que se murió y nadie le echó en falta y a los pocos días no se podía entrar en las callejas de la peste, que llegaba a nuestra casa y así hasta que se lo llevó el Aguililla y lo tuvieron que meter por la puerta de los protestantes en el cementerio-.

Y entre historia e historia se hizo de mediodía y se cambiaron del aguardiente al vino, que el Miguelito estaba a gusto y casi no atendía a la parroquia, volviendo de cada mandato junto al Andrés echado allí al final del mostrador, y se daban al palique que había que ver esto, con las casitas del obispo y el corralón de Guzmán, que era una industria que tiene hasta placa, en efecto, todavía, este templo de la industria, gran fabrica a vapor de estarina, bujías, jabones, cera y cerillas fosfóricas se fundó en 1870 por su propietario don Eduardo Álvarez de los Ángeles y se le puso por nombre Santa Matilde, que este era el nombre de su esposa y tenía tal poderío que era suyo hasta el correccional, frente a la fábrica del gas, que hasta el mismísimo Arroyo que viene llamándose de las Piedras hasta ahí, en llegando cambia el nombre y se llama de Santa Matilde, aunque por mor de la Virgen y el pocito se le conoce por arroyo de la Fuensanta, y ahora está todo en cambio, que queda sólo la fábrica antigua, ahora para corralón de carros de los de Guzmán y poco más que quitaron el cuartel de la Guardia Civil que hacía esquina a la carrera de la Virgen y ya hablan de echarlo abajo, después de que está haciendo funciones de escuela y miga.

Y era ya el calor insoportable, pero a ellos ni fu ni fa, y seguían contando cosas:

-¿te acuerdas Andrés cuando delante de la puerta de vuestra casa atropellaron al Jopo?-,

-Pobre, claro que no había salido de su sala y ya estaba muerto que hay que ver la mala suerte que entonces no pasaban más que cuatro automóviles por hora y tuvo la desgracia de que uno de ellos lo espachurrara-, y salía a relucir Pí, el *Muerto Vivo* y tantas historias como están escritas por estos pagos y sacan el relato del matadero, con su conserje, Garrido y sus hijos, uno de ellos, Pekín Garrido que anda de novillero, el otro

“enchufao” en un puesto principal de los albañiles del ayuntamiento, que se murieron Pelajopos y el picador que era capaz de atravesar un morlaco con la garrocha y Medina el maestro herrador del veterinario, que era militar de graduación porque era maestro herrador de Lepanto que es como ser por lo menos sargento o brigada y la fundición García, Márquez y Casas, cerca de Chaleco, que qué gloria de fundición que hacían unas escaleras de caracol con dibujos que venían por ellas desde Bilbao.

-Oye tú, y Amador Jiménez, que era empresario de piensos y maestro del dominó que se dice todavía por los mostradores, “a ver, tú, ni que fueras Amador Jiménez”-,

-Oye, qué muerterío, Miguel-,

-Que lo digas, Andrés-.

El calor se hacía insostenible, el que más y el que menos se abanicaba con lo que tuviera a mano, pero no por eso se dejaba de beber, que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, como cuando dijo que se iba a matar después de haber acuchillado a un prójimo en la taberna Barinaga un tal Antonio Núñez que era punto en todas las tabernas del barrio y después de haber discutido en la taberna del Bari y haberse cargado al contra, se llegó a Casa de Miguelito:

-Échame un medio antes de que me ahorque, que acabo de matar a un hombre-

-¿Y qué tiene ver eso, hombre?, tu entrégate que no te van a ejecutar por una muerte en pelea, que tú ya sabes, que una cosa es una cosa y otra cosa es otra- y se bebió el vino y se fue para el Campo Madre de Dios y se ahorcó, como un caballero, que esto era por el año 30, que el tal Núñez remanecía de Écija y era limpiabotas y tenía inquina con uno y cogió y lo desafió en casa de Barinaga y llevaba un puñado de tierra en la mano y se lo echó a los ojos al otro y cuando éste quiso quitarse las telarañas le dio el viaje y se fue para ahorcarse, haciendo, eso sí, las estaciones por las tabernas del barrio, camino de su casa.

Y aquel día parecía que había huelga en la *Casa de los Muchos*, que con lo de la gira al melonar estaba la casa vacía y los anafres parados y se había ido toda la gente, menos las gemelas, que estaban en su faena y era ya la mediodía y entró el *Churri* en aquella soledad y venía sudando la gota gorda:

-¡mi madre, que no se puede aguantar!- y se pegó un remojón en el grifo y no era bastante y sacó el cubo del pozo y metió la cabeza para refrescarse y en esto de que se da cuenta de que no hay nadie, -¿y la *Sole*?-. Y se va por su sala y está cerrada y no hay ni ropa por los tendederos, y el *Churri* que andaba ya por los trece años y tenía para sí que aquel día era día de calor grande, de esos días en que se caen los gorriones asfixiados, siguió sacando el *Churri* cubos de agua y echándolos a los arriates mientras las gemelas lo miraban, las dos decían que con jaqueca estaban los tres solos y siguió el *Churri* regando macetas con una lata “enhebrá” en una caña, como los apagavelas de la Iglesia de Santiago: -¡uy qué calor, por Santiago y Santa Ana o pez o rana, alguien se estará ahogando en el río!- y así termino de regar los claveles y las gitanillas. Otra vez el *Churri* cogió el cubo de latón y se lo volcó otra vez por encima de la pelambreira, vestido como estaba, y la *Justi* y la *Rufi*, que estaban con jaqueca, empezaron a regañarle, que parece mentira, que ya debías de ser juicioso, como un hombre y mira como te has puesto y que ven que te sequemos la ropa. Y lo entraron en la alcoba, detrás de las cortinas de rayas y lo pusieron en cueritates y, mira por dónde, al *Churrifloja* con el manoseo de las dos mozuelas, digo, al *Churrifloja* se le puso la idem al contrario y empezaron las dos hermanas con las risas que mira que número calza y entonces cayeron que sí, las dos a la vez, que el *Churrifloja* ya calzaba buen número y empezaron a sobar al chiquillo, como si lo secasen y al *Churri* le entró, entonces, una tiritera cuando se dio cuenta cual era el juego y con aquel cachondeo de la risa le dio un viaje a la *Justi* que le cogió la mano, que por poco le arranca una teta y le arranca el pezón, lo que puso a la *Justi* encendida como una ascua y se echó encima del *Churri* y le enseñó el camino que ella dejó, como por ensalmo, expedito de refajos y bragas. Y la *Rufi* en viendo la juerga se acaloró de

idem y se enzarzaron los tres, que no había nadie en la casa, que estaban todos de melonar, se enzarzaron los tres, a su peculiar usanza de gemelas, como si fueran bestias, mientras la sombra de los estores transminaba el triunfo de los jazmines.

Y si alguien sabe lo que es ir de fiestas a un melonar comprenderá lo que fue aquella vigilia, que cuando más tardaba la Bonosa y la vecindad, más follaban los tres revueltos que estuvieron enzarzados, como las cerezas, los tres, hasta que se quedaron dormidos, las mellizas ahitas, el niño, empuñando, en medio, un globo de cada hembra.

Y se encapricharon de esta guisa las gemelas en el *Churri*, que llegaron hasta encelarse de la *Sole*, y el *Churri*, siguió en la querencia, a escondidas, siempre los tres en cama redonda y así, hasta que poco antes de que derribaran la casa, lo que tenía que pasar pasó, que se quedaron preñadas las dos. Y resultó que a su debido tiempo parieron las dos el mismo día y para más mérito la *Rufí* alumbró un niño que tenía seis dedos en el pie derecho y la *Justi* otro con solo cuatro en el mismo pie, algo así, se pensó el *Churri*, como si las hubiera hecho madre en el mismo viaje y se hubiera repartido malamente el polvo. Lo que viendo la capacidad vergante que le sobrevino al que tenía angurria, que se la curaron con aquellos colores, da verdad a que las ensartara a las dos en el mismo envite, como pasa con las uvas en el guindero cuando se eleva el espeto en el aguardiente, que más ardiente que los aguachirris bajos de las gemelas, ni en Rute ni en Cazalla.

10
Otoño de lagartos.

Cálida como el mosto andaba la sangre de los lagartos en vela que, a la altura que empieza noviembre, andaban aquellos reinventando el verano por los tarajes de los sotos y los cañizales del algodón, en el que se habrían las gueejas de nata. Una locura astronómica, decía fray Carmelo, había trastocado los ciclos de los días, para mostrar la cólera de Dios y la sequía se cernía como una maldición. Todo el mes de septiembre pendientes de la aparición de los vientos algarves, con los labradores del Campo de la Verdad labrando las olivas de Doña Sol, el Chanciller o Santacruzita, gradeando los terrenos duros y quebradizos como tierra de mica. Cansados los cuellos de buscar las inexistentes nubes inconfundibles que acarrearán agua, rumiando antiguas maldiciones y rogativas, -esto es como en los viejos tiempos en que un Dios familiar y terrible bajaba a juzgar y castigar a los hombres- decía fray Carmelo en la catequesis, enseñando el catecismo del Padre Ripalda, donde todo estaba escrito en preguntas y contestaciones. Los hombres sollozaban impotentes era ya una larga sequía que había llegado hasta la ciudad desde el alfoz de su campo y que se metía por los tuétanos de la gente. Apenas un hilillo de los veneros alimentaba con sus caños el pozo de la *Casa de los Muchos*, mientras el grifo de a una paja del agua del Cabildo, racionada, se había secado, iba para dos semanas. El Ayuntamiento, también, puso racionamiento de horas en los grifos de las casas y hasta por la Huerta de los Calzaítos, la de las Flores, donde cobraban el baño de las mujeres en la alberca, tuvieron que suspender el riego de la arboleda y ya se había perdido la cosecha de crisantemos para el día de los Santos y los Difuntos, flores con los que cada día de los fieles ponía feria para el adorno de los muertos, sacando puesto a la carretera, que hace carrera al cementerio de San Rafael.

La Viuda Virgen, que era de Obejo, se puso unas ramillas de albahaca sobre el negro chal, que es cosa de quinario, y dando saltos como en la romería de su pueblo en la sierra, llamaba a San Benito para que abriera los caños de las nubes: “agua, San Benito, agua, Padre Eterno”, oración que se reza cantando y bailando y que dicen que no falla, pero eso será en Obejo,

porque abajo en la capital el cielo seguía sin emborregarse y los lagartos con el celo cambiado. Era ya mucho tiempo. No llovió en primavera tampoco en el agosto, ni en tiempos de la Virgen de la Fuensanta, que ya estaban las gentes amohinándose y en el concurso de calabazas se notó que ni por ensueño eran del tamaño de otros años y las almezas y las manzanas eran como de trapo. Todo octubre sin agua, sin una gota. Ni en los fieles Difuntos siquiera, de manera que andaban con una ebriedad pareja hombres y animales, en sequía los patios de la ciudad y los campos de la campiña. Habían malgranado los trigos, desconsolaron los girasoles, sin jugo para la granazón que se quedaron “enlujurios” en las flores amarillas, sin yemas, andaba ya sin esperanza el maíz que las mazorcas en leche, se caían como las hojas de la parra. Estaba el tiempo arrebatado y vengativo, se habló de que el obispo iba a mandar rogativas en las iglesias y estaban ya contratando a los misioneros para era funciones a lo grande, para conmover a Dios; la tierra así, estaba macerada y sin briznas de yerba.

Era ya un largo tiempo de esperar y de poner los ojos, cada día, incluso las gentes que qué leche les importaba que no tenían ni un cahíz de tierra, de poner los ojos todos en cada aparición en los cielos de una bruma, de un nublo, de un hilo de seda tenue advenedizo. Larga ansia hasta este otoño, con la aplazada satisfacción de los lagartos, puestos en trance, fuera de sus madrigueras enzarzados en batallas equivocadas de apareamiento, tibia su fría sangre, alterado el celo. Tiempo de demonios en que los mismos peces del río se restregaban las overas en las piedras hijeñas por entre las que escurrían flecos de agua lenta, en busca de una fresa inexistente. Era una tibieza que, como calentura se metía por los sesos de las criaturas y los hombres del campo como si se hubieran vuelto locos tiraban los arados en los cobertizos, destrataban los mulos y abrían las cuadras para que los animales, con sus vientos, olfatearan por los resecos ribazos alguna brizna de rebrote de yerba.

La Viuda Virgen moteada así porque se le murió el marido en la observancia más rigurosa de la castidad, porque tenía

predicho de santones, desde que nació del vientre de su madre, que ella era predestinada y que esperara con paciencia una encarnación por encargo y mandato divino y como Dios no llegaba, se quedó voluntariamente virgen y el marido en ayunas y con jaculatorias para que se preñara su mujer, no fuera, como pasó, que la espichara antes de desvirgarla, ella, la viuda, consolaba a la vecindad en la fe de San Benito: -y tan seguro que tendré un hijo de Dios, por vieja que sea como que San Benito nunca desoye las rogativas que ahí están las gentes de Villaviciosa y de Villanueva del Rey y de Villaharta que acuden en tropel a la danza de las espadas delante del santo patrón, que abre los cielos a los cristianos echando lluvias-. La ciudad entera era una expectativa. No se hablaba de otra cosa que del calor y de la sequía, qué ruina. Nada más que de la sed y de las restricciones de agua. Los limpiabotas repetían frente a la torre de San Nicolás, a la espalda del Círculo de Labradores, a cada parroquiano sus conocimientos: -esto es como el año del hambre, se lo digo yo que de eso sé una cantidad, que se tiró treinta meses sin llover-.

Era domingo por la mañana y, en medio de aquella calentura, los niños andaban con las suyas, de los tebeos y las mamolas que se le transparentaban ya a las niñas. Y el Gordo decía: -¡la *Herrerilla!*- y se ponía a rebuznar como un rucho a voz en grito y el *Churri* pensaba en la *Sole* y le entraban ganas de salir corriendo y sentarse por los patios para esperarla y se acordaba del beso de la pajueta y se quedaba alelado, con el paso a medio echar.

Junto al quiosco de madera, donde vendían tebeos y el diario en San Nicolás, estaba la “aguaora” que se le formaba cola de las calorines. Colgaban las jarritas rezumantes de agua, en una como cruz de potencia con muchos brazos. Y entre sus faltas y su blanco delantal, el botijo, con una coronilla de dientes de hojalata para evitar el mamoneo y el chupeteo.

-¡Meona, meona, te meas en el botijo!-, el *Churri* y el *Gordo* corrían jaleando sus risas, y se escondían entre los blancos

sillones de mimbre del Circulo Mercantil alineados en la acera, donde los terratenientes se manifestaban en sus troncos para cobrar el impuesto de su burguesía coronada, el paso y el saludo de los civiles camino del cuartel de la Victoria: -¡a sus órdenes, don Pedro!-, el saludo, a modo de bendición urbi et orbe, en el aire insinuada, del párroco de San Nicolás o de algún jesuita de la Colegiata: -¡Dios le guarde!- y el garabateo y el paso de las mujeres, a veces requirentes del diezmo a cambio de la primicia. Que esta parte del Gran Capitán era como un picadero. Una celestina, parienta de la Viuda Virgen, la de la *Casa de los Muchos*, paseaba el palmito de una moza, pupila nueva del Garage Sport, de la Casa de la Madrid, la Bilbao, o quién sabe que prostíbulo de la calle Fiteros, como diciendo aquí te espero y está para estrenarla, recién venida de Obejo o de algún otro de los pueblos del hambre.

Los niños llevaban su almáciga de tebeos para poner comercio con cuya gabela pasar el domingo. Había, también colas ante las taquillas del Gran Teatro y estaban al caer las once. El sol quemaba como un azote. La ciudad entera era una expectativa. Que sólo se hablaba del calor y de la sequía y las restricciones de agua, hasta en los niños que esperaban la matiné.

Los limpiabotas seguían con su cantinela: -esto es como el año del hambre, se lo digo yo, que de eso sé cantidad-. Quinico, el gitano maricón que animaba las juergas por los reservados y que a causa de su cojera se servía para el son y el compás de la contera de su bastón, en el tejeymanaje de apuntarse las bulerías a la puerta del Bar Perú, contaba a unos turistas mejicanos a los que estaba comprometiendo para liarse la manta a la cabeza en Casa Pepe, el de la Judería, el que inventó los rabos de toro guisados y el “pescaíto” frito, que una vez se tiró en Córdoba tres años seguidos sin llover ni gota y hasta se acabó el vino y se secó el Cañito del Olivo y el Caño Gordo de la Mezquita: -¡Ándele, mano, como en Jalisco, si es que somos totalmente igualitos!- decía el charro.

Algo había de verdad. Por la Remonta, las yeguas no querían ni ver a los garañones y el mamporrero andaba en fatigas para alegrar la verga de los caballos de semilla, que no había manera de encelarlos, entre la calentura del aire y el tabaneo de las moscas, chupando sangre por los bajos y bragaos.

Tendieron un cordel, el *Churri* y el *Gordo*, entre dos castaños de los que arbolaban la avenida, a la salida de la calle Morería, donde estaban levantando una casa de pisos sobre el antiguo solar del cine del verano que tuvo las paredes emparradas de plantas en celosías y mesas para beber refrescos las señoritas, que ahora, ya no quedaba en toda la calle más que la terraza del Duque de Rivas y el infierno del Gran Teatro, que tenía allí arriba, por el paraíso, como el tiro de un horno de todos los calores para los pobres, con las gradas de madera.

Abrieron los cuadernillos de Flash Gordon, del Enmascarado, los Flechas y Pelayos y los de Monito y Fifí y se dispusieron a esperar su clientela. Pasaban ante ellos los poetas y se les quedaron mirando, grupo de arcángeles pobres paseando el parnaso de la acera, con libros bajo el brazo y en grupos. Los malditos de los nuevos que amaban a Neruda y Machado y los poetas que ganaban los juegos florares. Ricardo Molina, pastueño y dulce como la pastaflora; Pablo, entre sonriendo por la comisura del labio de abajo; Juan Bernier de la gens del *senatus populosque romanorum*, con su perfil sabino; Julio Aumente; Martínez Rucker, evanescente y lávil como una libélula efímera; los pintores complementarios, Miguel del Moral, soñante de ángeles cantando la gloria de Dios en las alturas; Ginés Liébana, ausente y ensimismado; Rafael Medina, catecúmeno, neroniano, sonrosado y parsimonioso, de manos gordezuelas. Desleal competencia, decían los nerudianos y Quinico. Frente a ellos, los arropieros ambulantes ofrecían su mercancía. *El Tío de los Quiquis*, con la penca de chumbo florecida de gallos de azúcar de colores, al que el calor derretía los arropes como con lágrimas de vela; el de la Miel de con la cantarilla, al que los niños le ofrecían la perra gorda de cobre a

cambio del goterón: -¡A la miel de gota, en la mano o en la booooooca!-, pregonaba el de Hornachuelos.

En la Terraza del Duque de Rivas, un callejón postrero al Gobierno Civil y Comisaría que cañonearon cuando nació el *Churri*, se anunciaba que una tía buenísima, la Jana, hacía de princesa y de pirandona, entre elefantes, por el tigre de Esnapur, -¡Que tía *Churri*!- decía el *Gordo*. Las carteleras cuadrículadas de afiches del celuloide paseaban por un carrito de dos caras el incendio de un cabaret indio, que ni los del can can: -¡uy!, tías casi en pelota, con los siete velos, si no la echaran de noche que hay que estar en el barrio, junto a la *Sole*...-.

Como cada domingo a la hora de la matiné, al *Gordo* le tocaba hacerse el blando con el marica. Un delicado señorito, que se inclinaba por la infancia desvalida. Tenía pálidas las mejillas, el rostro alargado y las manos trémulas y con verle la picha a los chaveas era capaz de cualquier despilfarro. Con la insinuación repetida cada domingo, más promesa que sonrisa, como queriéndole decir al *Gordo*, en el señuelo, que esta vez sí se dejaría manosear y se sometería a sus manipulaciones arriba, en la ultima fila del teatro. Recogiendo su mercancía se pusieron en la cola de la taquilla del gallinero, que era distinta de la del patio de butacas y palcos, por lo de no mezclarse, mientras el *Manitas* se hacía el longui y cerraba el trato con el *Gordo* y le sopló la tela y con el estipendio del lote prometido, el *Gordo* sacó las dos entradas y el *Manitas*, para hacer tiempo se fue por lo del aperitivo a Dunia, el bar pijo, justo donde un retratista de mérito había puesto tienda de piedra con escalera de caracol, como la de las películas, y se sentó en un velador del bar, donde las señoritas parecían estar jugando, después de la misa de doce en la Iglesia de la Merced a ver quien enseñaba más, mejor, mas sabiamente, mas profundamente las cachas.

Y cuando abrieron las puertas del gallinero, que recaían a la avenida, aquello fue como el día del Judas por el jardín de San Bartolomé, todo tumulto y bullicio. Las escaleras de madera,

gastadas de tanta suela y pataleo, resonaban como la matraca de la torre de la catedral, los días de la semana santa, ¡Dios que escandalera, la manada en estampida hasta el último piso!

Al apagarse las luces y abrirse el cortinón y salir temblequeando sobre la sábana lo de los Tinte Iberia y Talco Besoy: -me he comprado un vestidito y muy blanco se ha quedado- todos gritaban al -¿Con qué, con qué?- a coro y vozarrón -¡Noris, el borreguito!- y, en estas, aparecía, con la boca entreabierta y por ella, asomando, la punta de la lengua, como la de las lagartijas, asomaba, digo, el *Manitas* y se iba acercando, poco a poco hasta la vera del *Gordo*, y dejaba las manos fuera y el *Gordo*, que, cada domingo: -que me da vergüenza, hoy no- y se echaba a llorar y seguía el berreo y entonces la gente, qué cachondeo: -¡que te mete mano, Gordo, el pargela!- y llegaba el acomodador, con su linterna como de bicicleta y -¡a ver qué pasa, siempre lo mismo, que voy a tener que llamar a los guardias!- y cuando llegaba el acomodador que pegaba cada soplamocos que espantaba hasta a los chinos de Fu-Man-Chú, que iban ya por el tercer episodio, el *Manitas*, se escabullía, por las sombras y entonces el *Gordo*, se echaba a reír y se sacaba un cacho de pan de higo y lo partía con el Churri y una gloria como un aleteo de gallinas acomodándose en los palos de su corral se extendían por el paraíso, justo con el chinchinpum del No-Do, que el mundo entero al alcance de todos los españoles y hasta arriba, cuando se iba haciendo el silencio para enterarse de lo de los pantanos y los coros y danzas, subía como un incienso de calor y peste desde el patio de butacas, desde el anfiteatro, desde cualquier rincón caliente y húmedo, como el de los pozos que limpiaba, con su cazo y su alcuza, el *Moli*, el padre de *Churri*.

Mientras que los chinos asesinaban por la espalda, en los recodos de los tinglados del pueblo de Shangai y espesas nieblas evocaban los fumaderos de opio, donde dormitaban los espías, el *Churrifloja* regresaba, ensimismado en su propia sombra interior, al recuerdo de la *Sole*, su vecina de la *Casa de los Muchos*, por el Campo de San Antón, que cada vez que

pensaba en el beso de la pajuela entraba en trance, como cuando bebió la jarra de vino, por el aquel del triunfo de *Matarrratas* el gallo de Andrés, en las quimeras de la feria de mayo. Y se acordaba de las piernas de la Sole y del taller de la Sole y de los pechos de la Sole y del taller de la Sole y de los pechos de la Sole; que andaría por los patios o por la vecindad, vendiendo los limones, y la veía con su cenacho en el bracete y mientras atacaba Fu-Man-Chú, veía los otros limoncillos, los de la Sole y le entraba el muermo de estar lejos y los celos de los hombres diciendo que vaya limoncillos, niña; hijos de puta, los viejos, como el Onofre, el guarro, cuando le miró las cachas a la Sole que se agachaba abrochándose la cinta de la alpargata; le metía la lezna y se acordaba de los ojos de la Sole: -*Gordo* ¿tú has visto ojos más verdes que los ojos de la Sole?-, y otra vez le venía a la mente el colorete que deslían las mujeres en un cubo o entre las manos, en el lavadero, azul intenso primero, luego aclarándose, para la blancura de las camisas y las sábanas, y estaría jugando con la *Herrerilla*, ¿acaso a la tanga?, y él allí de pasmarote, viendo chinos:

-¿*Gordo*, nos vamos?-,

-¡Qué coño!, que tú estás majara, que esto está de buten, tío, con lo que nos ha costado sacarle las entradas al pargela. Que calles, coño, y me dejes ver la película- y no pudo más y se puso de pie, antes de que tocara el timbre del descanso, - ¡*Churri, Churri!*, ¿dónde vas?- y salió corriendo, camino de vomitorio y bajó a zancadas y bajó las escaleras como volando, y estaban las escaleras solitarias, mientras sonaba en los pasillos, por los vacíos del Gran Teatro las músicas de Fu-Man-Chú y los gritos del *Gordo*: -espera leche-, y no le hizo caso y se fue en una carrera hasta el Campo de San Antón, sin parar hasta llegar a los álamos, adelantando a los taxis, que andaban renqueando con los gasógenos en rechifla y humeando y entró por el portón y recorrió los patios y se asomó a la puerta y no estaba la Sole y se le vino una angustia, un nudo en la boca, como si se muerde un membrillo verde y no se puede tragar y llegó a su sala, que estaba sola y umbría y la cortina echada y se echó boca abajo en la cama, rabiando sin llorar, pero echando lágrimas, que salían solas, por su cuenta y por la radio

de la municipal salían copletas que coreaban las gemelas, con aquello de la Lirio y por la arcadia del lugar olían los pucheros hirviendo en los anafres y quiquiriqueaban los gallos ingleses del Andrés por los corrales y el *Churri*, empapado en la sudor del calor y de su propia calentura, mientras la ciudad la ciudad seguía lamentándose en cada conversación con aquel otoño, que era un verano alargado.

Era una maladía que se metía en la cabeza, casi volviendo loco, que qué otra cosa le vino al *Churri*. E igual que a los sementales en la Remonta, les pesaba a todos. Por la Ribera, todos estaban en huelga. De día y de noche, por el quiosco, donde ponía su talla el *Fonta*, por el Barco Velero lugar de alterne de pargelas, por la misma playa montada en el río, donde ponían chiringuito para el desmadre de la madrugada, el cante y la juerga y los melones y los tomates de noche. El río se cortaba en islas y el *Maero*, el calafate de barcos y carpintero de balsas, además de sacador de arena a cazo, con otros habituales de este oficio, lo mismo que las de las nasas de la pesca, tenían todos sus industrias abandonadas. Las diarreas de cada verano, que eran una desgracia, como cólera contagioso, no se cortaban, siendo ya noviembre entrado y una desesperanza colectiva se abatía sobre Córdoba que ya ni interesaban las crónicas de la radio, cada noche con las novilladas de Lagartijo, o las corridas de Calerito y Martorell o los festivales del Pireo, el Puri, el Chiquilín y otros hijos y parentelas que empezaban el oficio de los monstruos y califas cordobeses, que en Córdoba ya no había gusto para nada. Porque si los hombres se despreocupaban de los toros y se echaban las manos a la cabeza para apretársela sin usarla siquiera para pensar, a las mujeres les pasaba tres cuartos de lo mismo, que se conformaban con repetir las copletas como las beatas en el rosario, sin darse cuenta y cambiando el avemaría por el Dios te salve, la Lirio, con la Bien Pagá, pero no había alegría en la holganza para reírse y seguir de pe a pá las emisiones cara al público, donde salían los rapsodas, como Montero y el Tamajón, recitando aquello de que “soy la que más te ha querido, con eso tengo bastante”, ni los programas por

teléfono de “conozca usted a sus vecinos”, que parecían ya sin gracia ni arte porque la gente le salía como sin ánimos lo de “mi jaca galopa y corta el viento caminito de Jerez” y hasta *Alicates*, el cantante mariquita que iba de patio en patio, de vecindad en vecindad, dando sus conciertos de castañuelas y cantando sus copletas de amoríos, andaba de huelga y sin querer trabajar, con el platillo vacío.

Todo era tristeza, todo murria hasta que ese día en que el *Churrifloja*, se tiró de bruces en su cama, domingo por más señas, nueve de noviembre, cuando se pasó el mediodía y el sol era una chicharrera. De pronto, empezó a ponerse el cielo rojo y, en menos que salta una pulga, negro, y empezó un dolondolón de truenos y un culebreo de relámpagos y, en un instante se abrieron los cielos y empezó a llover como si nunca hubiera habido escasez y se extendió por todos los sitios un olor a tierra mojada, alimenticio y sanador y los niños, de súbito, se echaron todos a la calle y salto de su cama el *Churrifloja* y los patios se llenaron de gente y las puertas de las tabernas, todos empapándose: -¡que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!- y se llenaron los casinos que todos los cortijeros salieron de sus caracoles y se lió una bacanal de abrir botellas y convidar sin ton ni son: -que venga de Macharnudo Fino Inocente, Tío Pepe y Moriles- y un contentamiento como de hambre que ya espera hartazgo se dejó caer con el agua va, ahí va, que no paraba, a cantaros y corrían las canales y se atoraban los sumideros y las alcantarillas no daban abasto a aquel tropel y empezaron a correr los antiguos arroyos hacia el río, hacia la catedral donde estaba el agua santa,

-¿la Mezquita?- preguntaban los turistas,

-¡siga Usté el agua! que toda va en su busca-, santuario a la vera del río y por la puerta del puente y por la Cruz del Rastro se formaban lagunones como queriendo saltar los pretilos y no se podía pasar y los arroyos empezaron a bajar broza, en cosa de horas, tapando las alcantarillas, y los niños jugando con tanto charquerío, con barcos de papel primero, con tablas para navegar de verdad más tarde, que salían de los corrales en riadas palos y badilas, una tabla de lavar, los barreños donde

los pañitos de los mestruos se habían puesto a blanquear, que el agua rebasaba ya los vados del río, que empezó a ensancharse: -¡cómo se le hinchen las narices!- decían los del Campo de la Verdad y los de Cañero mirando al arroyo de Pedroches, -no sea que ahora nos quedemos como putas en cuaresma-. Y estuvo lloviendo toda la tarde y toda la noche y todo el día siguiente lunes y el siguiente, martes y, aunque amansó, casi la semana entera y ya el sábado salió otra vez el sol, un sol limpio y alegre que echó la gente a la calle, toda sonriente y con la ropa limpia, para ir arreglando los entuertos del agua, por las aceras, por los patios, por las paredes, y las mujeres sacaron las escobillas de blanquear y los cubos de cal, que se apagó más de un saco en una pila, y sacaron las brochas de pintar de aceite la cinta de la loza y la *Casa de los Muchos* entró otra vez en su paz y los niños reemprendieron sus juegos y al llegar la noche del domingo todo era contentamiento, bajo los olmos, con las estrellas en el cielo. Y la *Justi* y la *Rufi* por sus picaderos, el Onofre por su dominó, el *Fonta* por sus envites, el Andrés por sus historias, las mujeres en sus pucheros y compañías, el *Gordo* y el *Churri*, la *Herrerilla* y la *Sole* y el resto del poblamiento con el romero verde que “si el romero se seca” y “al pasar la barca” y la radio a todo trapo, otra vez apetecible, como, los hojaldres calientes que iba pregonando el vendedor, con su socaire de picón para tenerlos calentitos, con la manteca tierna.

11

De cómo Carlos, el chamarilero del
motocarro, le mete al Andrés las cabras en
el corral, contando historias.

Carlos sabía más que un cura, que si vivía del tejeymanaje de chamarilero era por voluntad de pájaro. Tenía un cuerpo grande y una parla pausada y precisa, que cuando se le olvidaba una palabra o una fecha, dejaba lo que estaba haciendo y levantando la cabeza para el cielo descansaba el cogote en la nuca y enseguida se acordaba. Estaba allí aquella noche, después de que por el jardín de San Bartolomé, la Santi, la hija del hojaldrero de la calle Frías hubiera oficiado de capitana de la procesión y manteo del judas; estaba allí en la parte de patio robada por el alero del tejado del taller de Andrés, sentado en un taburete al socaire de un fuego de astillas y desperdicios de madera que socarraba sobre un latón, por la carpintería. Había venido a que Andrés le echara una mano en arreglar una puerta de cuarterones y tenía su vehículo aparcado en la puerta, junto a los olmos, con toda la chiquillería montada como esperando salir de romería.

La Santi es un punto, hija de hojaldrero y varona de hojaldreros, ya tiene un hijo en el oficio, -la jodía- decía Carlos -¡qué gracia tiene vistiendo al muñeco! por el sábado de Gloria, con la portañuela abierta y asomando pitracos, y echando a mantas a quien se tercié, Andrés, ¿verdad? que yo me acuerdo todavía de antes de la guerra que bajaban hasta la calle Alfonso XII los toreros a jugar a la manta y a lo de tirarse los cacharros de esquina a esquina-

-Tal día- respondía el carpintero, evocando el juego de cántaros y botijos averiados, que los tejares de Barona y los de la Calleja del Cáñamo, ahí detrás, y los de Vista Alegre y los del camino de Lope García ponían comercio de cacharros rotos para el jolgorio de tirárselos por el aire, haciendo esquinas o corro.

-En todo eso hay mucha historia y mucha recámara, Andrés, que éstas, las del Carnaval y otras fiestas de jolgorio y de botargas son como tradiciones que tienen que ver con las cosas de la Religión, que levanta un poquillo la mano, para que la otra gente resuelle, que pasaba lo mismo con las brujas, ahí por la calle Ravé, donde estaba el Panderete, en la Cruz Verde, que se reunían en fuego, también alrededor de una hoguera y esto

son historias que me tiene contadas el notario Flórez de Quiñones, a quien le estoy apañando una partida de puertas antiguas para la finca que se ha comprado, camino de Santo Domingo que se llama el Jardincito, usted sabe, Andrés, donde fue el crimen de Cintas Verdes-.

En oyendo el nombre, el Andrés, que no tenía de esa historia aprendido nada más que la matanza del bandido y que lo cogieron cuando salía de la plaza de toros de los Tejares de ver torear a Rafael el Guerra, le demandó a Carlos noticias nuevas en torno al suceso porque sabía que el chamarilero era persona de libros y conversaciones, y era bueno aumentar su cultura para las noches de verano. Y en ésta que se lo dijo y Carlos, ni corto ni perezoso, que era ancho de palabra y generoso en relatos, echó unas tablillas en el latón y atizando un poco el fuego, dijo que tenía sabida la historia por oírla y sobre todo porque el notario, don Vicente, se la tenía refrescada estos tiempos, en cada porte de postigos y contraventanas y puertas que le iba apañando. Y el *Churri* que se olió que había romance, se fue a avisar a la vecindad que se fueron acercando y montando corro, unos bajo el tejadillo del taller, otros sentándose en el banco del carpintero o ya en el patio, que era casi el mediodía y los hombres habían ya vuelto de tomar las once, la copichuela o medio de Montilla, por las tabernas del barrio y andaban vagueando y las mujeres en el descanso entre el lavado y el guiso, en resumen que se montó tertulia, con trabajos móviles, como el zurcir calcetines con el huevo de madera para los zancajos o echarle greda a los anafres, en que se aplicó el *Fonta*.

Y liando un cigarro empieza Carlos: -que el notario, Vicente Flórez de Quiñones, que tiene escritos hasta libros, compró la finca del Jardincito en 1948, recién, todavía, que anda de obra y le tiene contado que en el Registro de los papeles de los cortijos mide cuarenta y seis hectáreas y que en tiempos antiguos el caserío había pertenecido a un señorito, duque de Santoña que se llamaba, nada menos que don Juan Manuel Mitjans y Murrieta, pero que todavía más antiguo había pertenecido a un

platero de Córdoba por Curro Fernández Estévez, quien, como corría lo de los crímenes y esas maldiciones que le echa la gente a las casas diciendo que si estaba encantada, se la endosó a un forastero, que era de Bilbao y arquitecto por más señas y le gustaban estas cosas de las casas antiguas y con leyendas y se llamaba este hombre Nemesio Sobrevila y Sarachín-,

-¿Cómo coño te acuerdas de esos nombres tan raros?- le cortó la Bonosa,

- A lo que íbamos, Carlos-.

-Y el chamarilero, primo del pintor sordomudo, empezó diciendo que no se llamaba Cintas Verdes, como le conoce el vulgo y está en los romances, que una vez- dijo el *Churri* -el Cristóbal, que en mala hora no está aquí para aprenderlo bien, vendió los pliegos de esta historia, y se llamaba en los pliegos Cintas Verdes-

-pues no- rectificó Carlos -su verdadero nombre se leía todo junto y se llamaba Cintabelde. Había nacido cinco años antes de la revolución del 68-

-anda ¿y esa qué guerra fue Carlos?-

-una que se llama la Gloriosa, de tiempos de Isabel II-

-¡ah, sí! la de Alcolea- dijo el Andrés, dándose el pisto, y sigue, Carlos: -pues había nacido en Almería y se llamaba de verdad José Miguel Alejandro-

-anda- dijo la Bonosa -como en Arjona, que a todos nos ponen Bonoxo Masimino de la Santísima Trinidad y de los Santos Mártires de Arjona, séa, leche-.

Con las interrupciones apremiaba el Andrés mientras arrojaba el cacillo de la cola a las cenizas de la candela, pues era hijo legítimo de un albañil, que se llamaba Juan y que había nacido en un pueblo de la Alpujarra, Huécija y los abuelos maternos remanecían de Almería y les venían los apellidos de Garijo.

Y en estas precisiones, la gente preguntaba por el ajusticiamiento y el juicio en la Audiencia y el Carlos les dijo que todo esto lo tenía bien leído y oído de don Vicente y que los asesinatos tuvieron lugar el día 27 de mayo de 1890: -va

más de medio siglo, cuánto ha, el juicio se celebró en la Audiencia y no en la cárcel, como se había dicho y Cintabelde fue conducido a los tribunales en coche de caballo, sujeto de pies y manos con esposas y grillos. Muchas personas principales habían buscado recomendación para buscarse una plaza en la Audiencia y estaba todo Córdoba en la calle para verlo pasar, con parejas de guardias civiles de plantón, cada trecho, que la gente quería arrancarle las asauras-

-mira- metió el *Churri* -cómo cuenta el Andrés del *Sorroche*-

-Cintabelde se vio en la cárcel con su novia, que se llamaba Teresa y con la que tenía una hija, de rebote y con la que acabó casándose antes de que lo ahorcaran en una boda rodeada de nazarenos. Y Cuando comenzó el juicio, está escrito que el fiscal le echó tierra encima haciendo constar que en el crimen concurrían un montón de circunstancias que lo hacían más grave, que si alevosía, que si premeditación, que si despoblado, que si morada-

-¿qué leche es morada?- planea el Onofre, que había dejado el trabajo a medio hacer y estaba embobado con la historia,

-es que el crimen y los asesinatos se cometieron en casa de la víctima, que es más grave que si se hacen en otra parte- ilustraba el Carlos,

-pues vaya gaita, que más le da al muerto el sitio donde se lo apiolén-

-cosas de la Justicia- cortaba el Andrés, para urgir con el relato, no fuera que Carlos se levantara y le dejara sin terminar el cuento, ahora que estaba en lo mejor,

-y decía el fiscal- continuaba Carlos diciendo -que no había mediado ninguna provocación ni atenuante y el abogado, que era un hombre muy instruido y famoso que le han puesto calle en Córdoba, porque escribió libros de historias y leyendas de nuestra tierra, que se llama Julio Valdelomar-

-anda, lo mismo que donde vive mi comadre, la del Cerro de la Golondrina, qué bien- añadió la Aciscla que estaba espurgando los gorgojos de un cuartillo de habas secas para el guiso con berenjenas de la cena,

-y dijo el abogado que había que tener en cuenta que Cintabelde no era culpable-

-toma, ¡chúpate esa! -se exclamó en el corro,

-que era inocente porque estaba la eximente de locura, que si no ¿cómo va un cristiano a hacer lo que hizo para ir a los toros de la feria?, y después intervino el magistrado que se llamaba Moral Caballos y el jurado, que había jurado como pasó en la guerra, dijo que era culpable y condenaron a José Cintabelde a muerte-

-¿Y que pasó? ¿y cuando lo mataron?- y todo eran preguntas y entonces Carlos, que andaba como cura en sermón de quinario, viendo tanta parroquia echó otro cigarro y cogió un ascua y mientras lo encendía dijo: -el Cintabelde quiso escaparse de la cárcel y que quiso najarse con otros presos pero no pudo y cayó entonces en tristeza y el Tribunal Supremo dijo que nones, que no había perdón y lo metieron en la celda de los condenados a muerte que era la número trece-

-pues sí que es mala pata, coño, el pobre encima eso-refunfuñaba Bonosa, a la que casi se le caían las lágrimas entre zurcidos de los zancajos y las tristezas de la historia,

-y entonces pidió ver a la hija que le había hecho a Teresa Molinero a la que no había llegado a conocer, que parió la novia después de la matanza de la feria y las autoridades dejaron retratarlo para las historias de crímenes que escriben los jueces y se hicieron nada más que treinta copias por orden de la Audiencia, aunque luego se vendieron muchas falsificadas que eran copiadas de una de las que se sacaron de la placa que la hizo Eleuterio Almenara y como tres meses después del juicio, cuando se supo que el tribunal Supremo había mandado que no había lugar a la casación y que se desestimaba el recurso, se aligeraron ya las cosas y el Cintabelde se casó a mediados de febrero con Teresa Molinero-

-¡y qué historia, San Bonoso!- decía la homónima,

- y fue padrino el alcalde de Córdoba que se llamaba marqués de Villaverde y fue cura un jesuita, llamado Moga, famoso porque además de casarlos en la cárcel estuvo de velatorio en la capilla que se montó y estuvo al lado de Cintabelde todo el tiempo, como sin dormir y lo acompañó en la procesión que se montó hasta el cadalso y consiguió que se arrepintiera de buena fe y que confesara y comulgara-

Lloraban ya las vecinas a moco tendido, que esto parte el corazón, y Carlos creció con su púlpito: -se fundó otra vez la antigua Hermandad de la Paz y la Caridad que estaba por el museo de Julio Romero y salieron ánimas de noche y de madrugada, tocando campanillazos por las calles, anunciando ajusticiamiento y pidiendo limosna para las misas de ánimas y para viático de los vivos que le quedaban de parentela, que tuvo que hacer testamento para la Teresa y su hija y dijo que no confiaba en ningún indulto, que sólo confiaba en Dios y entonces en éstas que llegó el mes de mayo y en medio de las manifestaciones de los obreros, llegó el telegrama del gobierno, que se había reunido con la Reina Regente y resolvieron que nanai, que lo del Jardinito había que pagarlo. La gente se arremolinaba alrededor de la cárcel y se decía que si pasaba el día leyendo libros de santos y el día cuatro de junio, que ya había llegado la calor a Córdoba, vino en el tren el verdugo de Sevilla, que se llamaba José Caballero y entró el reo en capilla y la cofradía de la Paz y la Caridad seguía con su pústula pública y el verdugo andaba pavoneándose y contando en los periódicos que en su carrera tenía dos ejecuciones públicas, una el ocho de febrero de 1887 en que ejecutó aseadamente en Tocina a Martín Novato; otra el uno de octubre de 1889 en que acabó con las penas de Ventura Martín, en Osuna, que era viajante en esto de dar garrotillo. El verdugo vivía en la cárcel, que era obligación de oficio, mientras estuviera en Córdoba y se salía por el campo de los Mártires en mangas de camisa y tirantes, con botines negros, esperando el momento de echar mano al tajo, que en esto andaba desde que se licenció del ejército y andaba sin oficio ni beneficio y no sabéis bien lo que es estar mientras en capilla y el verdugo chuleando, por el entorno.

-Era el día seis de junio de 1891 y estaba levantado el patíbulo sobre la prominencia que había delante de la puerta de Sevilla, a las afueras de San Basilio, a la izquierda del cementerio de la Salud-

-que ya es cachondeo ponerle ese nombre a un camposanto-dijo el Andrés,

-y entró el padre Moga a la capilla y le dijo a José Cintabelde Pujazón que ya era la hora y lo condujo a un oratorio, donde estaba el alcalde, los curas y los periodistas; el Cintabelde llevaba en la mano una estampa del Corazón de Jesús, le leyeron la sentencia y le dijeron que si quería firmar y dijo que no señor. En la capilla se hincó de rodillas y luego comulgó mientras cuarenta números del batallón de Cataluña hacían la guardia y a las nueve de la mañana se sirvió una copa de vino, para entonar el ánimo, lo miró el médico y dijo que estaba sano para la ejecución y entonces empezó el Cintabelde a hacer el reparto de sus estampas, no olvidando a su verdugo, del que terminó amigo y le dijo al cura que estaba contento de la suerte que le esperaba, que si la pena hubiera sido cadena perpetua estaría toda la vida condenado a vivir entre gente perdida y dijo que quería ver a su mujer y que no le hicieran la jugarreta de privarle sin verla y se le sirvió un buen almuerzo-

-que ¡qué güevazos!, Carlos- dijo Bonosa,

-con toda la cachaza, que le pusieron asado de carne, salchichón, jamón, entremeses, dulces almíbares, vino, café y habanos que rehusó porque dijo que son muy fuertes y no le sentaban bien-

-pues sí que le trataron a cuerpo de rey, ¿verdad, Bonosa?-

-digo-

-que ya podrían porque era la última y se le caían los lagrimones y como tardaran de traer el café fue y preguntó, en plan de chungu que si habían ido por el café al Marrubial, que parecía que tenía prisa por terminar el encargo y a la una entró su mujer, Teresa y su hija, que ya tenía dieciséis meses y que se llamaba Magdalena, y dos cuñados, nombrados José y Rosario Molinero y no hablaron, casi, pero lloraron a todo trapo y Teresa se abrazó a José, su marido, al que había disfrutado poco tiempo por culpa de su afición a los toros y le dijo José a Teresa, ya no te veo más, toma mi último regalo; y le dio una moneda de plata de veinticinco pesetas y entregó sobres en los que había cartas escritas, para su propia mujer, para mi hija Magdalena, para mi cuñada Rosario, para mi cuñado José, adiós para siempre, hasta la eternidad. Y luego que se fueron los familiares se sirvió una naranjada y le llegó en éstas el

perdón de Antonia Córdoba, la superviviente de la matanza del Jardincito y el reo le dedicó a la pobre un objeto religioso, que son muy milagrosas estas estampas de los ajusticiados, dicen. Y se hizo la tarde y lo mismo que a la mañana sirvieron una cena desde el Hotel Suizo, que era de unos italianos que se llamaban los Puzzini, le trajeron puré, carne con guisantes, pastelitos de carne y sesos, lengua con tomate, pescada en blanco y almíbares y quesos, que don Vicente el notario lo tiene todo escrito, y se pusieron ya todos a rezar el rosario y él que nunca había tenido ninguno, ni siquiera de cuentas de pipas de algarroba, contaba con los dedos las avemarías para no quedarse corto. Le dieron 575 pesetas que habían recogido de viático los cofrades, juntó este dinero con ciento diez pesetas que tenía ya en el colete y lo dejó todo a su familia; se entró la larga noche, era madrugada y faltaba una hora para ir al patíbulo y el verdugo decía que hacía mucho tiempo que no se había presentado al poste un reo tan contento como éste y entró poco antes de las ocho y se abrazó con Cintabelde, el verdugo le dijo aquél que comprendiera que él no tenía nada en contra suya y José lo perdonó, que no pases cuidado que cada uno trabaja en lo que puede y le quitaron los grillos y salió la comitiva camino del patíbulo. Había una muchedumbre alrededor y subió José Cintabelde las escaleras, sin ayuda de nadie y ésta fue la última ejecución pública de Córdoba, si se quitan los fusilamientos de la guerra y lo del Sorroche que no fue espectáculo libre como éste, y se hizo un griterío increíble y rechazó el capuz que no quería hopa que lo cubriera y eran las ocho de la mañana del seis de junio de 1891 cuando murió Cintabelde-

-y qué historia, Carlos-

-que usted Andrés se la habrá aprendido de carrerilla, que esto hay que repetirlo, que se pone el vello de punta- decía la Bonosa y Aciscla lloraba sin haber estado en el entierro y al cabo la gente se fue abriendo y las mujeres se fueron a los avíos, que se le apagaron los anafres y el Carlos cogió sus puertas y le ayudó Andrés y las cargaron en el motocarro y dándole una pedalada arrancó el vehículo y se fue echando humo para el corralón de Casana y cada mochuelo a su olivo y

el *Churri*, que no se había perdido una palabra de la historia, en busca de los chavales.

12

Camino de Praena,
a la recogida de la aceituna.

El *Churri* soplaba por el pasamontañas, más que nada, por el lujo de calentarse la punta de la nariz.

-¡Niño, las alpargatas...!- reconvenía el *Moli*, viendo el juego que se traía ya rato, de hacer avanzar a su compás una lata, dándoles patadas. A la altura de los barandales de la Ribera, cedió en el capricho, era casi de noche todavía, el puente estaba oscuro y un vaho se levantaba del río como una lámina húmeda, espesa, y blanquecina. Por la orilla de enfrente, por *Villacahonda*, que le llaman Miraflores para darle mérito a la de los tejeros, mortecinas luces se rodeaban de un halo de tinieblas.

Los guantes del *Churri* tenían varios dediles rotos. Tirándose de ellos con los dientes, los dobló acortándolos, El *Moli* llevaba la mano en los bolsillos y una alforjillas al hombro con alguna vianda. El *Moli*, en realidad, siempre tenía las manos calientes. Nunca se lo llegó a explicar a su hijo. Sin más, la noche antes, al calentar los cardos que les había preparado como sufragio la Bonosa, mientras el guiso hervía en el anafre, el *Moli* le pasó la mano por el cuello, tosca y amorosamente y al *Churri* le pareció que le abrigaba una bufanda. Acordándose de su tibieza, le tendió una mano. El padre la tomó y anduvieron así todo el camino hasta el puente, atravesaron éste y llegaron al Campo de la Verdad. Las gaviotas eran como blancos lunares movedizos por las islillas de los molinos.

Allí estaba la camioneta. Y una docena de hombres, mujeres y niños encucillados esperando a la puerta de Casa Currito aguardaban a que el señorito y el chofer se tomaran el café que destilaba gota a gota en las maquinillas donde se vertía el agua hirviendo, sobre los vasos, por el mostrador. Los vasos se empañaban al colarse el agua casi hecha vapor y poco a poco, porque el café molido estaba apelmazado y de esta guisa salía el menjunje más espeso, el recipiente se iba llenando de reconfortante infusión. A poco de aguardar en el grupo, llegaron nuevos aceituneros, a uno de los cuales saludó con alegría el *Moli*. Hacía tiempo que no se veían. El *Churri* nada más cruzarse entre ellos unas palabras, supo que era un viejo

compinche de la Casa del Pueblo, de la plaza de los Gitanos, y se pusieron a hablar del Andrés:

-y ¿te acuerdas qué puertas hizo, y las mesas y qué pena?-

Una tarde, cuando se murió Cosme, el de los burros, que vivía por el barrio de San Basilio, que le dicen del Alcázar Viejo, cuando padre e hijo iban camino de su entierro, el padre se la había enseñado con un sigilo de secreto. Iban los dos por la Ribera y al llegar a la calle de escaleras del Pozo de Cueto, el padre empezó a subirlas:

-niño, vamos por aquí-

-¿no da lo mismo ir toda la Ribera tieso papa?-

-igual da-.

Subieron por la calle escalonada y en llegando al Amparo, donde siempre hay un santo pintado en un cuadro con una lámpara encendida, tiraron hacia la izquierda, por la calle de la Cara, y en pasando la callejita de la Alhondiguilla llegaron a la plazuela de los gitanos, que también le llaman de la Alhóndiga, y allí en el fondo el *Moli* señaló a su hijo con los ojos más que con las manos una casita, con arco de herradura, como los de la Mezquita y estaban en la plazuela varias putillas que era jurisdicción de Cardenal González y el padre bajó la voz, como en la misa y fue y le dijo: -niño, en esa casa aprendimos a leer los pobres, una escuela, no más todavía, la Casa del Pueblo- dijo bajando la voz que ya era un susurro y el *Churri* se acordó de la historia de Andrés cuando contó como la hicieron y lo de la Falange y luego un revendedor de muebles que anda de sindicalista de los patronos. Al *Churri*, por lo demás, no era desconocido el paraje. En la esquina de la plaza donde ingresan dos callejitas que vienen de Cardenal González, frente a Alfayatas, vivía una prójima suya del negocio de las moñas de jazmines que poco después se estableció por su cuenta dejando el pupilaje y montó casa de recibir en la plaza de la Paja, enfrente de la fábrica del pan de higo.

Siguiendo el camino para el entierro, el *Moli* le fue explicando las reuniones de los sindicalistas, Las lecciones que daba don Antonio, un arquitecto que sabía hablar un idioma

que dicen que se entiende en todo el mundo y que se llama esperanto y los discursos de Palomino, el zapatero de Santa Ana, que cuando pasaba el viático por su portalillo con su custodia y su campanilleo, en vez de ponerse en pie o de rodillas, como hace todo el mundo, se liaba a tundir las suelas a martillazos mientras cantaba la Internacional o el Himno de Riego, si los curas y monjas supieran. El *Moli* le contó que algunas noches llegaba el alcalde, que se llamaba Sánchez, y había reuniones para lo del jurado mixto. Y otro de los obreros que mandaba, que era de Puente Genil y se llamaba Zafra y otro que era el que escribía en un periódico, que se llamaba Joaquín García y que le echó dos “güevos” y se fue con el gobernador, que decían que se había muerto allí de un ataque de diabetes. Pero aunque dijeran que se había muerto de diabetes, la gente sabía cómo se las gastaba don Bruno y por bajini, decía la gente: -de diabetes, de diabetes-, y se guiñaba el ojo.

Así que el *Churri* supo enseguida que aquel aceitunero era con el que su padre enhebró la hebra nada más verlo y se dieron un abrazo: -compañero, compañero-, que a lo mejor también lo habrá recomendado para la faena del vareo de la aceituna el Toledano. El *Churri* pensaba que su padre debía de estar a gusto, allí en aquella compañía, porque tirando de la petaca le dio a liar un cigarro a su compañero y eso, en dos o tres ocasiones se lo había visto hacer el *Churri* al *Moli*, eso de dar un cigarro, con la escasía que está la saca de los cuarterones, los celtas y los peninsulares. Al *Churri* le gustaba ver a su padre liar un cigarro. Lo encontraba como más macho y más sabio. Era un rito. La petaca era de cuero, con relieves troquelados, brillante y manoseada. Alzaba la tapa, poniendo la vertical para que no se cayera ni un ardite al suelo, cernía un poquito ésta antes de acabar de desabrocharla y en sacándola la introducía por el culo como una funda. Entonces, siempre igual, sacaba el librito de papel de fumar. Extraía una hoja y se la pegaba de una esquinita, una mijita en los labios, sin humedecer el papel. Se echaba una ración de tabaco desde la petaca a la palma de la mano ahuecada, de la mano izquierda,

la cerraba para ayudarse de los dedos a cerrar otra vez la tabaquera y una vez ésta a recaudo, pasaba el pulpejo de la mano derecha sobre el tabaco, suavemente, como frotándose una con otra, mano contra mano deshaciendo los tolondrones que acompañaban a las hojas. Luego, con el dedo índice de la mano derecha barría hacia el centro del cuenco de la otra mano todo el tabaco disperso, soplabla suavísimamente para que se fuera el polvillo de rapé, que le decía el *Moli*, le quitaba cuidadosamente las tranquilas: -¡hasta garrotes traen los cuarterones, leche!- se lamentaba y se acordaba de cuando se dio el lujo de una pastilla de El Cubanito, que lo vendía de extranjis el mozo del 6 de Puerta Nueva.

Cuando el pocero había terminado la ceremonia de la preparación del tabaco, retiraba el papel de la comisura del labio y estirándolo y colocándolo un poco ahuecado entre el índice y el corazón, con el pulgar por encima, dejaba caer sobre el papelillo el tabaco moviendo y como ordeñándose la mano izquierda, para que no se desperdiciara nada, distribuía todo a lo largo del papel y con un par de vaivenes lo enrollaba pulcra y equilibradamente, lo engomaba de un suave lametón, como si tocara la armónica, humedeciendo la cintilla pegadiza y, de un gesto rápido, concluía la faena. Todavía, reparaba el *Churri*, su padre se entretenía en remachar cuidadosamente una de las puntas, con la uña del dedo meñique remetiendo el papel al mismo tiempo modo que hacían con los cartuchos de drogas en Casa de Cuenca, por la plaza de la Almagra. Unos acariciosos pases y ya estaba en la boca, de siempre, herencia de sus padres campesinos, el *Moli* usaba yesca y pedernal que ludía con un acero, soplando en la chispa que prendía. Así lo hizo el padre mientras seguía de palique y cháchara con su compañero que, por su parte encendió el cigarro aceptado de la petaca del *Moli* con un mechero de martillo y gasolina, que vendían los mismos que traían el Palmoliva y las pastillas de tabaco cubano desde Gibraltar. El *Moli* presumiendo de su rudimentario artilugio afirmaba, cada vez que alguien aludía al tema que “este no falla, ni gasta esencia, ni me deja tirao con el cigarro apagao en la boca”, en lo que no le faltaba razón. El *Churri* pensaba que

un día el eslabón, la tomiza de la yesca, el pedernal gris, tendría que ser para él que, también, liaría los cigarros como su padre ceremoniosamente, como se bebe el vino, dándole un corte al medio y no de un atragantón.

Debía de ser muy amigo del aceitunero su padre, para haberle invitado a liar un cigarro. Porque a él no se le ocultaba que cuando se trataba de echar un canuto su padre se hacía el remolón y no tiraba de petaca ni por un casual. Cuando estaba en su casa, si le entraba el apetito de fumar, se entraba en su sala y salía echando humo. -Los sacas liaos- solía decirle el *Fonta*, que este sí que daba tabaco sin miramientos, claro que para ganarse los cuartos no tenía que reventarse los riñones como su padre tirando del cazo de la mierda, sino tallando el monte.

Dio, pues, tabaco el *Moli* a su compañero aceitunero y este lo invitó, en encendiéndolo, a entrar en Casa Currito mientras hacía el aguardo de la salida, para tomar una chicuela de Rute:

-estate ahí, niño-

-éste ¿por dónde pajea, Molina?-

-pues ya ves, qué quieres que por donde salta la cabra salta el chivo- y se metieron en la taberna, donde los cristales empañados confundían las figuras sobre el mostrador, en el que las maquinillas de café, las clásicas de aguardiente en copichuela de cristal grueso, tenían ocupado al mozo.

Apenas se había arrebuñado el *Churri* en el quicio de la taberna enfrente de los surtidores de gasolina con dos bombonas de cristal, una para meter y otra para sacar que subían y bajaban en sentido contrario, salió el conductor de la camioneta avisando en voz alta: -¡jea que nos vamos! y mirando adentro, a la taberna, repitió el recado -a ver, la cuadrilla pa la aceituna, subid a la camioneta-. Cuando el *Churri* iba a entrar a avisar al padre, no sea que nos quedemos atrás, los dos compañeros se echaron de un golpe en anís seco que bajo, rajando como un cuchillo por las tripas, -Papa, que se va la camioneta-. Las mujeres habían colocado una silla para hacer

de estribo y subirse sin saltar por la trasera. El *Churri* puso un pie en una rueda y volteando el cuerpo cajó en la caja del camión, adelantando camino. -coge un sitio alante, niño, junto a la cabina del chofer- le gritó el padre.

Pugnando con los que ya se sentaban sobre la húmeda tablazón en petates y mantas, el *Churri* se tumbó ocupando el sitio, junto a la ventanuca, hasta un barandal, acostumbrado como estaba a las colas y a sacar ventaja en esto. Subieron su padre y el amigo y acomodando las espaldas contra el tablero que se paraba la caja de la cabina, estiraron los pies lo que pudieron y se dispusieron a seguir la cháchara.

-Niño, este es Camargo, un amigo- con una sonrisa, correspondió el *Churri*.

-¿Qué, tienes frío?- dijo Camargo frotándole el pelo, por encima del pasamontañas, acariciándolo,

-un jartón-

-pues, ya veras, que eso se quita trabajando, chaval- se rió Camargo. Y se volvió al *Moli*, para pegar otra vez la hebra.

El camión arrancó a pocas vueltas de la manivela tableteando. Se encendieron los faros y dos haces amarillos hicieron visible la carretera gris, como la madrugada. En el barrio, aún era de noche, pero en subiendo la Cuesta del Cortijo de los Salidas ya se divisaban, encandilando las primeras luces y el niño, dirigió la vista hacia su casa, al otro lado del río, por donde nacía el claror y ya se distinguían las torres, la de San Pedro, la de Santiago y la del Asilo, “pegaita” a su casa:

-papa mira, el Asilo-

-sí, niño.

Junto a ellos cayeron unas mozuelas que en charpa empezaron enseguida a cantar: “madre, yo tengo un novio aceitunero, que vareando tiene mucho salero” y se reían, como pensando que fuera verdad, lo del novio en la aceituna. La camioneta iba llena y resoplaba subiendo los cuestarrones, quejándose de sus muchas guerras. En mirando, por la ventanilla, dentro de la cabina, el *Churri* veía el cogote del conductor y se admiraba de su pericia, girando el volante,

moviendo la palanca de cambio. Un hombre le acompañaba en el resguardo de la cabina. Será el amo, pensó el niño. Al llegar al alto del Lobatón los paró la Guardia Civil. Una pareja. Llevaban levantado el cuello de las capas verdes y el tricornio sujeto con barboquejo. Los fusiles colgaban del hombro y en el relumbro de las primeras luces y los faros se le veían las cartucheras amarillas como cajas de dominó sujetas a las correas, asomando por la raja de las capas.

El chofer se enseñó el salvoconducto. Uno de los guardias se subió al estribo agarrándose al quicio de la portezuela de la cabina y se asomó al interior de la caja del camión, mientras le preguntaba a los que conducían:

-¿cuántos lleváis?-

-veintiuno creo, y éste que es el primo del manijero- replicó el chofer, señalando a su acompañante, con un gesto de la cabeza.

-Seguir en paz, ea, buen viaje- y bajándose el guardia se situó frente a su compinche, uno en cada orilla de la carretera. ¿No se aburrirán uno en cada cuneta?, pensó el *Churri* mientras los veía quedarse cada vez más abajo, hasta que de pronto se perdieron al doblar la camioneta el cerro del Lobatón y enfilar la cuesta abajo:

-una liebre, a ver si la matas- pero, la liebre, en zig zag como un rayo se metió en la campiña donde oscurecía todavía, pero ya se veía el curso del río Guadajoz, por los árboles de ribera, negros, altos, a la derecha del camino como una serpiente despertándose.

Las mocitas seguían con las copletas, había ya amanecido, pero el frío calaba hasta los huesos, con lo que todos se arrebujaban en mantas, tocas o jaranbeles. Poco a poco, como con miedo el sol comenzó a apuntar. Algunos aceituneros, con el vaivén y el traqueteo se habían dormido, allí en cuclillas o sentados. Se veían ya, a uno y otro lado de la carretera la millonada de olivos, achozados, reventando de fruto y por los pies, agracejos, aceitunas caídas, reventando de aceite. Con los traqueteos, a los dormidos se les movía la cabeza, como si

fueran muñecos para un judas. Quien más, quien menos, tiraba de las alforjas y picaba el suministro. Una viajera, más vieja que el paerón de Lagartijo, sacó una talega de debajo del chal. Deshizo el nudo del gollete y sacando un cacho de tocino y una navaja empezó a cortarlo encima de una loseta de pan, amarilleando de maíz. Al *Churri* se le hacía la boca agua. La vieja hizo como que no lo veía. Cuando satisfizo sus hambres, guardo las sobras en la talega, volvió a anudarla y se la metió otra vez debajo del chal, disponiéndose a la dormivela como todos. Tía roñosa, gloria de tocino, pensaba el *Churri* y se acordaba de las gemelas que ya andarían en planta, enciendo el anafre y haciendo café con leche y tostando el pan duro en las parrillas, con las alegrías rajando el tostón como si fuera otra parrilla, para el aceite o la pringuez de la orza, manteca “colorá” a base de pimentón y el orégano con los chicharrones, gloria pura para quitarse el frío, puñales de frío, que mejor es moverse y el *Churri* se puso en pie y venía contra el camión una aire que pinchaba: -niño, ten cuidao, no te vayas a caer- le decía el padre -qué va, ya me agarro- y miraba a los lados de la carretera, llena de baches que eran otros tantos saltos para los que velaban y para los que dormían y así mirando el camino que se le venía encima engañaba la gasusa y distraía la envidia del tocino, echado de bruces sobre la cabina del camión, para cortar el aire, mirando hacia delante, iba jugando a contar árboles que se le venían, cuestras que se remontaban, cortijos que se abrían y el padre, tirándole de los calzones: -niño que vas a coger un pasmo-.

La campiña estaba chorreando, por las cuestras hilillos de agua corrediza formaban arroyos aguaceros. Había estado lloviendo varios días casi desde Nochebuena, que después de la sequía y el calor que se llegó hasta después de los Santos, se echaron las aguas a caer y hasta ahora, aunque había calmado y la calma sirvió para que el señorito metiera bulla a la cuadrilla para coger la aceituna. Pero aparte de la “escampa”, todavía había correntías de las muchas aguas que buscaban el Guadajoz. Poco antes de llegar a Torres Cabrera, las gentes ya iban al tajo, saliendo de un cortijo con las varas y los

esportones. Sobro lomos de mulos, terciadas las varas de castaño sobre los carros el personal de la recogida, sobre sacos aceiteros, manchados de las idas y vueltas del campo a la almazara. Mujeres y niños aupados, la mayoría de los hombres a pie, Dios guarde, id con Dios.

Al llegar a Torres Cabrera, en la Cantina del Pilar, al pie del castillo del conde, paró la camioneta. -Venga, a estirar las piernas y a cambiar el agua al canario- dijo el chofer -y no alejaros que arrancamos enseguida-. Tomando un cubo amarrado a la cajuela de las herramientas y el gato, el conductor se fue al pozo ante las casuchas, en busca de agua para el resoplido del radiador, que hervía.

-¿No queréis estiraros?- preguntó al pasaje, mientras que, en quitando el tapón, un chorro de vapor se elevó como un surtidor. La mayoría de las mujeres se quedaron aposentadas hechas una cuclilla. El *Moli* y Camargo bajaron de un salto, dirigiéndose a la cantina, otros varios les imitaron. El niño pidió permiso:

-papa, voy a ver la estación-

-estate ahí, niño-

-es que me estoy meando- remedio infalible, que el padre sabía sus debilidades y que no se andaba con esperas, y dio un salto al suelo.

Cruzó el espacio breve que lo separaba de la estación, bajando al trote una tenue cuestecilla. Rodeando el edificio, ante él se abrió el apeadero para la saca del campo de tanto trigo, tanto aceite, como da esta tierra, en el andén, la campaña proclamaba el dominio del jefe de la estación. Se entretuvo mirando al reloj, lo repasó por una y otra cara, casualidad y mérito, la misma hora las agujas en las dos caras. La estación estaba sola, como abandonada. Los raíles, mirando a Córdoba, trazaban una ancha curva que se perdía en el horizonte, como si a los trenes tuvieran que tragárselos los cortijos o el río. En estas meditaciones, le sobresaltó la bocina del camión, llamando a leva. Regresó de carrerilla y de un salto recuperó su sitio, donde ya le esperaban su padre y Camargo, paladeándose

la copichuela con la lengua por los rincones de la boca. La vieja del tocino seguía durmiendo y entre ronquido y ronquido, echaba como regüeldos de la pitanza allí, arrebujaada en su chal, como una india de las películas de Tom Mix, ¿qué estará haciendo el *Gordo*?, ay ¿y la *Sole*?

A escasos kilómetros de Torres Cabrera, cuando subían una loma, el conductor volvió a parar, señalando a un cortijo que se extendía a los pies, entre la vía que lo cruzaba y una mesopotamia de pequeños arroyos y regatos y el propio río, se estribó, asomándose a los viajeros y así vuelto les dijo a los aceituneros: -que esto, toda esta tierra, es las Arcas, el otro cortijo del señorito, que habrá que venir, seguramente, a echar una mano para acabar la recogida antes de que siga el temporal esgraciando la cosecha-.

Vuelto a su pescante, en el interior de la cabina, el camión reemprendió la marcha. Santa Cruz enseguida apareció, tendida al sol, que ya había salido, como un lagarto. A la entrada del villorrio, una ventanilla servía de aguardo de caminantes. Otra pareja de la Guardia Civil, celaba el cruce con los caminos de la campiña y hacía el relevo a los del Lobatón.

El viaje siguió por la carretera principal que lleva a Granada, porque los caminos vecinales que arrancan de la aldea estaban intransitables, según contaban. Bajando el cuestarrón de Santa Cruz, encontraron una recua de paloduceros, que venían de los sotos arenosos. Por los mismo pagos, camiones y carretas transportaban zumaque, una planta que sirve para dar curtiente a los pellejos y que se siembra por estos parajes, ensayándose en los arenales.

Por Duernas las salinas estaban enfangadas y nuevas recuas de caballerías llevaban en serones y angaripolas los sacos de aceitunas camino de los molinos. La barriga del *Churri* era ya un revoltillo, que daría por un minguito de aceite, lo que hiciera falta, que la tía asauras podría haberme dejado un cacho del tocino, dita sea, cuando llegamos, a ver qué avían. Ningún

cuartel de salinas estaba aprovechable, que los faltaban los blancos montecillos como ubres al sol y encima se llegaban ya los humos amarillos de las yeseras, cuyo arranque de piedra dejaba cicatrices como de dentelladas por los barrancos.

De pronto apareció Espejo, como un barco varado en lo alto de un cerro. Otra nueva pareja de civiles en el cruce de Montilla y Carteya no dieron esta vez el alto, cruzando las lindes del pueblo, por cuyos extramuros, subían mujeres con cantaros sobre el cuadril, camino de la fuente. Camino adelante, ocho kilómetros después, por tierras donde la carretera se hunde y se mueve como si fuera de arenas movedizas o padeciera un terremoto continuo y resbaloso, apareció de nuevo el río Guadajoz y, tras el puente, Castro del Río.

-Niño, aquí los que partían el bacalao eran los de la FAI, los anarcosindicalistas, pos no han ardío aquí cortijos, ni ná- ilustró el *Moli* como si hablara a su hijo, pero hablando en realidad, para Camargo y para toda la parroquia de aceituneros. Sin entrar en el pueblo, el camión retomó el camino de Bujalance, apartándose de la carretera general. Peones camineros bacheaban la calzada con la tierra blanquecina y mojada sacada de las cunetas, en pequeñas espuestas de esparto.

Haría como media hora que habrían dejado atrás Castro del Río, cuando, a la derecha del camino, emergió como un chorro de blancura: Praena, sobre un montículo rodeado por un mar verde de olivos. Miles, millones de olivos, apuntalados con horquillas, achuzados de aceitunas, esperando al hombre para el trajín de la recogida y la molienda.

Entre altos eucaliptos, una senda de tierra llevó a la camioneta a la gran plaza de la cortijada, enorme, abierta, como si fuera un pueblo; con calles, casas, alfolíes, trujales, molinos, depósitos, gente bullendo. En la plaza, en un frente estaba el molino, en otro ala las casas del encargado, las de los señores, a un esquinazo, la iglesia y por rededor, tinajones para el ganado,

cuadras. Y, en fin, una callecita de pequeñas casas, como si un pequeño repueblo naciera al olor del aceite y el trigo de Praena.

13
Aceituneros.

La expedición de aceituneros se encontró, al llegar, que el rancho estaba ya casi lleno. Gentes había que llegaron para la sementera de la tierra calma y la iban a empalmar con la recogida de las aceitunas. Otros, en cambio, venían de “viajá”, como ellos. Sentados en los poyos de la gran cocina, unos y otros, unas y otras y, revueltamente unas y otros se conocían, si es que no habían coincidido antes en campañas anteriores o se festejaban el reencuentro si habían estado antes arranchados en una misma cuadrilla.

Los que quedaban de la sementera contaban a los recién llegados los problemas de la faena, la “otoñá”, la escasez del agua. La sementera comenzó por los Santos. -Pa entonces- dijo Melchor, que era de Torres Cabrera -pa entonces, talega al hombro-. Es que colocados los costales en las cabezas de las besanas, los hombres llenaban talegas que terciaban por el pecho y que caían al costado, de donde ir cogiendo el grano al paso. La talega de sembrar lleva en la boca un aro que no se cierra y un asa desde el culo a la boca. Adaptado al paso, el brazo del sembrador voleaba el trigo de derecha a izquierda. Detrás del sembrador iban las yuntas, seis o siete yuntas por lanzaor. Y parejos, como una muchedumbre en hilera avanzando por la besana, quince o veinte sembradores y casi cien yuntas de mulos en cortijos, como éste de Praena, de señorío.

De sol a sol, siete fanegas por sembrador que quedaban cada día preñadas de trigo. Ésta es la marca del sembrador y el tintero.

Recién acabada la sementera, ya, la aceituna. Acuadrillados, familias enteras con mujeres y chicuelos, cada cuadrilla toma su “jilá” de olivos y ¡hale! cada uno a su oficio, Antón Pirulero, los “avareaores”, los que van con los bancos, que se les dice a las escaleras de dos pies, en las que, uno por cada lado, ordeñan dos hombres; otros, las escaleras sencillas. “Madre, yo tengo un novio aceitunero” cantaban las mozas al calor de la gran chimenea, cuya campana cubría media cocina, de manera que

la mitad se quedaban dentro, “niña, qué te pasa” como a la culiquemá, que se chamuscó el choco, “ya empiesas, esaborío” y así, de copletas, bromas, esperando el alba. Las varas erguidas en el portón. Estaban los varillos, pequeñas, como un brazo de largas, las medianas de tres metros y las varas pimpolleras, para alcanzar los pimpollos más altos, para cuya faena hay que echarle riñones, que pesa la de castaño. Los lienzos para recoger, hacinados en la era parecía el patio de una fábrica de telas, qué cantidad. Y los esportones para recoger la aceituna caída por el vareo sobre las lonas por los “recogeores” y, sobre todo, por las “recogeoras”, llevándolas a lomos al cribero, una zaranda pendiente, donde las emparejás, dos mujeres le quitan al fruto los cogollos y el forraje, mientras la tierra cae por debajo. Y a envasar en sacos y a sacarlas al “cargaero”, para los mulos, los mismos de arar, hasta la almazara de Praena, de enormes piedras rodantes, allí cerca del castillo. Un hervidero. Nada más empezando a cinchar los mulos los “jarrieros”, la marabunta, con el albardón, encima el ropón, luego la sobrejaima, después la cubierta y por fin la cincha... El campo un hormiguero. Pero en llegando la noche, la fiesta, la gran fiesta pánica del campo andaluz, milenios de alegría, de sabiduría y mansedumbre. Guisaba el casero, que era de Castro del Río, se llamaba Domingo y era tuerto: -pa que juera bueno, a ver, el avío de los probes, ¿qué quieres, miel con chorreras?-. Rancho de lentejas, habichuelas, arroz, arroz de trigo, que se ralla antes con una teja para quitarle la cascarillas o “jabas escapillás”, que son habas a las que se les quita después del remojo la cejilla negra, que eso es escapillarlas. Y a las cinco de la mañana, migas. Y con el sol en el tajo, que anochece pronto. Cuando el sol en el cielo marca la uno, o sea, como dicen en Pranea, a la una *der* día, olla. De garbanzos todos los días, el mes y medio de la campaña. Que no hay “capachete”, que eso es cosa de ricos, para llevar tocino o magro en adobo, y aquí el único es el tuerto, que le echa el candado hasta a la orza de las aceitunas del verdeo, no sean que se coma hasta las cabezas de ajos.

Y yéndose el sol, la vuelta, otra vez a los tinajones, a la gran cocina, a los juegos y copletas, que es menester estar allí para poderlo contar, que estaba el juego del Santo Rocío, que se ponía uno en la cocina “liao” en una manta, y en medio de “to” el mujerío. Y va “tapao”, pero por dentro de la manta está en pelotas, como lo parió su madre y va uno y le dice “Santo Rocío, ¿va a llover?” y el santo, que casi siempre era un novicio, al que ponían de momia decía que no, no, que no va a llover, y entonces otro lo cogía del bulto y le daba una vuelta tapado y le preguntaba si iba a llover y así, hasta que estaba debajo de la chimenea y por el tejado se había subido a lo mejor el chanquero y le arreaba un cubo de agua escarchada que lo dejaba del todo ensopado, y algunos que estaban en el “queo”, si eran los viejos los que hacían de Santo Rocío, en cayéndoles la “ensopá”, soltaban la manta y salían “en cueritates” pegando zancajos entre las mujeres, con el badajo colgando “que mía tú que eso es una cola de bacalao” y las mujeres, algunas, hacían que se tapaban los ojos, mirando por las rejillas de los dedos y había quien se revolcaba de risa: - mira la Paula, espetando por el rabichi de los dedos-. Y estaba también el juego de galapaguín, que se cogía un angarillón, de los de la barcina de los mulos y se metía debajo el más desafiado y lo tapaban con una manta y se cogía con las tenazas de debajo de las estrévedes el tizón que más humeara y se le metía dentro, a ver si aguantaba y se le decía “anda, galapaguín, saca la manín” y cuando la sacaba se le arreaba lumbre con el tizón, que era cosa de ser rápido metiéndola dentro y al rato, hasta el más valiente salía medio asfixiado haciendo fú como el gato; -*Churri*, que por poco la espichas, por aguantar- le dijo el padre. Y estaba la “buñolá” de la despedida, cuando se terminaba la faena y el amo venía y se pagaban los jayares ganados que se traía a un taller del pueblo y se tiraba todo el día haciendo churros: -hala, vino y churros hasta reventar- y se mataban unos pavos o unos pollos o una ternera y luego se acabó la “viajá”. Todo el mundo a jolgar. Primero se iban las mujeres, luego los hombres, si no eran de cuadrilla que salían juntos y los más fijos, se quedaban unos días para la “escardá” de la sementera, que había veces que la

aceituna llegaba a marzo y estaban ya los trigos para revinarlos, y limpiarlos de la broza. Y así era el campo que ya hasta la siega y se empezaba con la siega de las habas, después de “cebá” y luego el trigo. Otra vez Praena hasta los topes, más de cien segadores. Y los ereros, los carreteros, que se hacían el balaguero y esperaban el aire. Pero ninguna faena como la “viajá” de la aceituna. Que se hacían de cortijo a cortijo fiestas de mamarones, con bandurrias y bailes de candiles, allí por Praena, soberanía de los Criado Navas, entre Castro y Bujalance, una gloria de finca. Con sus noches donde se cuenta lo del manijero que se preñó a veinticuatro mujeres en una cosecha, de toda laya, viejas y jóvenes, viudas y casadas, solteras y vírgenes, que unos dicen que eso fue en Lucena y otros en Santa Cruz, que lo llevaron a Córdoba a juzgarlo de violación de veinticuatro mujeres y él dijo que no, que cuarenta y una, que sólo empañó a veinticuatro, que decían que tenía un aliño que se lo daba que se apañó un cacharro que era una radio móvil y se las llevaba de noche a oír la música y el magreo y dicen que les daba una bebida “engarlitá” que las ponía cachondas y otros dicen que no, que es que se cundió que tenía el nabo más grande que el de un moro y se le hizo fama y tenía bulla con las mujeres que se ponen todas cachondas en la aceituna de estar tan cerca de los hombres y con los juegos de Santo Rocío y otros espetes. El caso es que cuando empezaron a parir, se llenó todo de hermanos, que había de estar vigilante, al cabo del tiempo no pasara lo que con Adán y Eva que acabaron casándose los hermanos con los hermanos, que por eso lo echaron del Paraíso.

14
La Procesión del Silencio.

Se corrió como la pólvora por la corral que iba a cantar María, el Onofre, experto en guirigays era devoto de María la Talegona y andaba de salsa en salsa la noticia de que iba a cantar al Cristo de las Ánimas desde el balcón de Casa Manolo las saetas antiguas corraleras, que la tenía aprendida, la Talegona de su propio abuelo, un pregón “rajao” como una “toná”, sin gorigoris como cantan los modernos y el Onofre le hizo el encargo de un apando, que le buscara sitio, que le daría una propina por el trabajo, no sea que se quedara sin oír las saetas de María, que eso no se oye todos los días y que de camino que ampliara la reserva para Rumbao el de las pieles y el Herrera el aladrero, el padre de la *Herrerilla*, con lo que podía acompañarle el *Gordo*.

Con este encargo el *Churrifloja* aligeró la pela de los pájaros en que andaba empeñado, que era la caza que había logrado con su padre por los tarajales del Soto del Arenal y en terminado la pela, hechos manojos, los llevó a la taberna de Baltasar, por la Magdalena, de quien tenían encargo y como le pillaba de camino se acompañó del *Gordo* para cumplir el recado de la procesión y se iban los dos para allá y en esto que se cruzaron con el cabo *Coloraíllo* y llevaba la caza el *Churri* arracimada como panochas de boquerones y fue y les dijo el cabo: -vaya, vaya los pajaritos- y ellos no sabían a qué pájaros, si a ellos o a los trigueros, se refería el jefe de los civiles del barrio y el *Churrifloja* que se sabía las debilidades del de la Benemérita le dijo que eran de Baltasar, el de la taberna de frente al cuartel y entonces el cabo fue y se echó a reír, que parecía un trueno y dijo: -le dices que me los vaya friyendo- y siguió su camino para la corrala de los gitanos de la Ronda de la Manca, en busca de la gente que sirla los burros y ellos siguieron su camino, diciendo que “mía tú qué cachondeo, que encima se los coma el cabo”.

Al pasar por el Arroyo de San Lorenzo se encontraron con el *Negro*, que esto fue antes del churrasco, que venía de estraperlar los litros de aceite por los tugurios de la Almona y que llevaba, a la sazón, catorce duros en el bolsillo, -*Gordo*, si

los pilláramos, la colección completa de Roberto Alcázar y Pedrín-. En llegando al Arroyo de San Lorenzo, pasada la Ronda de Andújar, por la calleja donde labran los de la electrolisis, el galvanizado y el niquelado, entraron en casa de un canónigo o dómine que decían que estaba suspendido a divinis que es cosa de obispo y casi vaticana, que lo había empitonado fray Albino por no se que enfermedades de faldas pero que era pura de buen corazón y solía dar vianda al *Churrifloja*, del que se hizo amigo y cliente veraniego de una moña de jazmines, que decía que compraba para ahuyentar los mosquitos, pero que las malas lenguas achacaban a que le ponía berrendo olerle el pelo a su chorva con los jazmines, en la almohada de las siestas. Dentro de su casa, el cura los atendió con sendos vasos de leche de cabra, aún caliente, recién cocida, que el cura era muy mirado con lo de las enfermedades y les temía como a las tercianas a las fiebres de Malta. Aliviados así de las urgencias que a la leche le puso el dómine la propina de unas magdalenas del horno de la calle Frías, se situaron los chavales en la confluencia de María Auxiliadora y la calle los Frailes, en el jardincito triangular, ante los soportales de San Lorenzo, donde una cierva de antigüedad sacada de las ruinas de Medina Azahara hacía de fuente y meaba un chorrillo de agua en cañito permanente.

Haciendo el aguardo, pasaron el rato, tirando guiños y lo que se terciara a las chavalas que iban todas de ropa limpia, por ser Semana Santa y ya negreaba el barrio de túnicas y capuces, en los que la sobriedad talabartera de una pleita de esparto ponía la única nota de color. Las gentes ocupaban ya las aceras. Las niñas guapas de Moriscos, Montero, calleja del Aceituno y San Juan de Letrán compensaban con sus algarabías de risas la mudez de los hermanos del Remedio de Ánimas.

El *Gordo* se situó, convenientemente, detrás de una buena moza y se consoló con un discreto magreo, en medio del bullicio que crecía sin llegar a enterarse si la prójima fue a ello ajena o consentidora poniéndole el rabo. De San Andrés, entre tanto, por donde vivía Pablo García Baena, bajaban los poetas y

los pintores. Venía Pablo con su gola de dulzura de la comisura del labio entresonreído; Aumente, por otros mundos; Ricardo Molina, discreto y silencioso; Juan Bernier, fieramente humano y tras ellos los pintores, que se habían reinventado la cofradía antigua y eran gente de mérito en la profesión a la que habían llevado una especie de pureza o simpleza y silencio que daba gusto, frente al bullicio de los otros, porque en aquella época los poetas andaban místicos y uno nuevo que se llama Antonio Gala y es hijo de un médico se ha metido a trapense en un monasterio, el pobre, que anda enamorado de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, dicen que dice. Ellos, los poetas, habían dicho que éste es el tiempo, el nacimiento del tiempo sagrado que relata un tal Mircea Elkade, que tiene que ser de los que inventan credos y letanías, decía Aumente, decía, el tiempo de la Primera Aparición, illud tēpore, repetía Ricardo Molina, que era profesor de idiomas, y además, afirmaba Miguel del Moral que este tiempo dedicado a Dios rompe la monotonía del tiempo profano y Ginés Lievana que era retorcido de palabra y las decía muy bien dichas continuaba afirmando que es el momento del advenimiento del tiempo de las cosmogonías y la gente, en el quinario laico de los pregones donde se habían dicho estas poesías se quedaban con los ojos en blanco, de oír hablar a los hombres de letra y pinceles que se llaman de Cántico y estaban todos uncidos, entonces de piedad.

Formaban en otras cofradías los flechas, con sus lustrosas cornetas y sus enloquecidos tambores, otras circunstancias y otras procesiones distintas que a aquella romería del Cristo de las Ánimas no llegaban gaitas y andaban ya para salir cuando llegó la charpa de los mayores, desde la *Casa de los muchos* y ocupó el cacho de palco que le habían guardado por encargo el *Gordo*, el *Negro* y el *Churrifloja* aflojaron la propina y los nenes se apretaron contra las mujeres para apañarse algún rozón. Ya allí, en San Lorenzo, al anunciarse el rezo y la salida, se empezó una letanía de postrimerías, todas como de cosa de entierros y se hizo el silencio, que se oían los gorigoris de la muerte. Estaba ya debajo del soportal el cirial sobre las andas del Cristo, ardiendo los hachones ante el Cristo. Muchos años

después a este Cristo le acompañaría una Virgen. Pero eso ya cae fuera de esta historia que es la época en que al Onofre lo tuvieron que llevar al Hospital de Agudos por la escrófula que le había salido en la nariz, que era una pupa viva que crecía y se le iba comiendo desde la nariz a la cara y tenía ya un agujero que casi le llegaba al labio y se quedó el Onofre hecho un pingajito; pero ahora estaba allí todavía con su nariz sana, aunque colorada del moyate, con sus amigachos, para oír cantar a María la Talegona, en la procesión de su barrio, en la que, digo, todavía el Cristo de las Ánimas iba solo y no tenía la compañía que luego, años después le vino de María Santísima de las Tristezas. Eran, pues, para el Cristo todas las devociones y todo el silencio que se aposentó sobre la plaza, como un manto espeso y se alinearon los hermanos, silentes, oscuros, cada uno con su farol, cosa preciosa que en las otras cofradías y procesiones llevan velas, pero ésta lleva faroles como el cura de los entierros y los monagos y sacristanes del Santo Viático. Los portainsignias comenzaron a avanzar hacia Santa María de Gracia, mientras que el resto de la cofradía era un reguero doble de hormigas que ocupaban con sus filas hasta el Jardín del Alpargate, de los cientos que había, todos callados como muertos.

Cuando comenzó a andar la entristecida parroquia y las andas iniciaron el camino absolutorio de los pecados, ahora, decían a voz en grito los poetas, tapados de nazarenos, pero eran ellos, ahora, “arrepentíos” que llega el camino absolutorio de los últimos pecados, desde la Cruz, desde esta Cruz, Dios acude al encuentro del año nuevo, a la santidad original; “que vaya pregón macho, que ni los vendedores de peines, en el podio del parloteo por los jardines, cuando la feria que el primero que me enseñe un billete de cinco duros y esto vale veinte, pero ni veinte, ni quince, ni diez, ni siete, ni seis el primer caballero que me enseñe un billete de cinco duros y doblaba el peine, y lo tiraba y no sé cuantas cosas sacaba de la maleta, y hablan de lo mismo, lo mismo que los poetas, qué tíos, qué parla tienen”.

Y de pronto le subió al *Churri* un cosquilleo por la espina, mientras el Onofre se quedaba como mochuelo atento y el *Negro* y el *Gordo* se olvidaron, incluso, de su lascivia de los rabos en las cachas y pasaba Cristo, chorreando sangre, delante de ellos, avanzaba, avanzaba y en llegando al balcón de la taberna, -¡Dios qué gloria!-, la Talegona empezó a cantar y crecía y crecía como la saeta que era como un humo que le echaba a Cristo que lo tenía a medio metro del balcón y se le rajaba el pecho y le brotaba de todo lo hondo el cante que llegaba al rosetón de la iglesia, capaz de romper los cristales y María alentaba y al terminar la gente jaleaba como una marea, ¡qué mogollón!, mientras que el Cristo reemprendía la marcha y volvía el silencio y la gente lloraba y rezaba, y la chiquillería se desensimismaba y volvía pasada la procesión a los murmullos, mientras continuaban las ristras de nazarenos con el capuz doblado.

Después del cante, el Onofre y sus amigos se abrieron para la Puerta Nueva, acaso para beberse una botellita desde el chorrillo de la cañita en casa de los Gallegos y el *Churrifloja* y el *Gordo* se echaron a correr, cortando por las callejas, para llegar arriba, al Ayuntamiento a cuya puerta se alzaba la tribuna del alcalde, revestida de telas de color púrpura, con los guardias municipales vestidos de reyes católicos y unas mazas como porras enormes, haciendo guardia, antes de que llegara a aquella altura el Cristo, por el cruce de San Pablo. Sedente, pavoneándose ante el personal que recorría la carrera antes de la llegada del viático, entre las filas de sillas alquiladas por los ricos y los palcos de los más importantes de Córdoba, tapados con varas de adelfa para que no se les viera las bragas a las mujeres al pasar cerca y bajo ellas, el alcalde, digo, charlaba con los cantaores oficiales contratados por la municipalidad para echar las saetas de costumbre por cuenta del Ayuntamiento. Los pobres, situados a pie, detrás de las filas de sillas apretujábanse unos contra otros que no quedaba ni paso, claveas vendían almendras tostadas, empleados de la Agrupación de Cofradías cobraban el tiquet de las sillas, las

mocitas presumían con su cintura de avispa y calle San Pablo arriba, anunciado por el callarse de la gente, subía el Silencio.

15

Donde se conoce al casero.

El casero de la *Casa de los Muchos* tenía la nariz coloradita, como un chumbo cárdeno, pasado, enhiesto en la penca de una cara inexpresiva. Disfrutaba de una letra minuciosa, con la que llenaba los recibos del inquilinato, poniendo sobre los puntos suspensivos impresos en la boleta el nombre del contribuyente y entre dos signos, como de dólares, las pesetas y los céntimos mensuales de cada sala, de cada cuarto. Le aquejaba una costumbre, como de vicio menudo, de chupar caramelos de malvavisco, dale que te pego entre la lengua y el cielo de la boca, experto y virtuoso en su desgaste ya que cuidaba, delicadamente, no morder los dulces cristalitos en que iba sublimando el chupete, alisándolos hasta convertirlos en hostias tenuemente moradas, violáceas. Siempre estaba en este hábito, como si tuviera de nacimiento un cardenal en la lengua, gorda y espurreante al hablar, que recordaba a la Bonosa, espurreando la ropa para plancharla.

Gozaba de unos ademanes solemnes y pausados, como el Papa, cuando después del Angelus, sale en el NO-DO en la plaza de San Pedro de Roma bendiciendo urbi et orbe, desde el balcón:

- ¡Buenas tardes, Bonosa!-
- ¡Saludos, Molina!-

No llegaba a mal hombre. Se quedaba en casero, con todos los menos cabos que este oficio conlleva. La pobreza de su parroquia le imponía, con demasiada frecuencia, la obligación de hacer advertencias, que si las hubiera proferido en el tono habitual de las conversaciones del monipodio, o sea, a voces, hubieran sido inofensivas. Pero hechas en aquel lugar de vocerío, con el tono pausado y contenido con el que el casero se expresaba, como de alguacil de juzgado, los avisos de cobro y los emplazamientos: -¿entonces, cuándo podrá pagar, qué día?- amedrentaban más de lo natural.

En el fondo era un buenazo que había heredado aquellos caseríos y que, a escondidas, compraba cromos de flores y pájaros, troquelados, donde Antoñita la Fantástica andaba en

policromías, para una sobrinilla paralítica con la que departía en juegos de volver los cromos izándolos con un golpe hueco de la palma de la mano.

El *Fonta*, que por más que se mofase de los remanentes políticos de Andrés y de *Moli*, era, en el fondo, un anarquista, no lo podía tragar. Le jodían las maneras dulces del casero, que decía de él, que era como un pellejo de vino, pero sin vino, porque le dolía pagar al rentista, en sus sueños de propiedad común, soterrada en su rebeldía, el ansia por una arcadia de comunismo libertario por patios y salas. Puesto a horcajadas sobre su silla, tomaba una yerbita de entre las piedras o un palito y mientras con crueldad instintiva separaba a las hormigas de su miguita de pan o grano, trabajosamente encontrada y arrastrada, sólo por verlas corretear y alborotarse, miraba de reojo al casero, sentado circunspecto en la silla de cobrar al paso que le prestaba la Bonosa cada mes. Solía el casero establecerse de puesto junto al contador de la luz, ubicado en una alacenita, cerca del portón. Allí hacía el aguardo a los vecinos en sus idas y vueltas. El que regresaba de un trabajo, una rebusca, un garbeo o de tomar una copa de vino y así todos los días primero de mes, -que parece un almanaque- decía el *Fonta* -como el doctor Castillo, el del Zaragozano-.

Alguien menos parcial que el *Fonta* hubiera observado que padecía por su oficio una salud, una conciencia, tenuemente removida, difícilmente tranquila. A ello contribuía, en no pequeña medida, el gesto de desdén con el que el jugador le dejaba caer su estipendio, como quien se siente robado, rezongado, igual que cuando el *Maero* levantaba las cartas y le enseñaba unas treinta y una servidas. Le tenía comida la moral y más de un caramelillo se le quebró recogiendo las monedas, echadas sobre la mesilla, siempre en perrilleo, como a rus, por el fontanero.

Molina y el *Churri*, sentados bajo la parra le daban pasaporte a un plato de bogas en adobo, extrayendo, con la pericia de la costumbre, las espinas. Cualquier cosa era válida para llenar la

andorga. La *Sole*, como si viniera de menesteres, salía de los últimos patios, coronada con un lazo color grosella, como una enorme mariposa posada en la flor amarilla de su pelo. A ella no le conminaba la presencia del casero, ajena a débitos e ignorante de cualquier idus de marzo.

Vecinas, como siempre, regaban latas que enjardinaban la babilonia de las paredes. Las yerbaluisas gritaban tanto con su olor de lima que parecían grillos vegetales. Alguien deshacía colillas mínimas y rechupadas y sobre el indio rosa al agua, como los sellos grabados de los papeles de barba, se preparaba un cigarro. La casa olía, como habitualmente, a guisos encontrados, donde la nuez moscada que adobaba alguna gallina sacrificada por atrancársele un huevo, o que beneficiara un guiso de gato, que más de uno de los que amaestraba y pastoreaba la Josefina en el Corralón de Casana, acabó guisado en los fogones de la corrala. Estos olores, digo, se peleaban con el hedor de bullir las coles o el hervor primerizo de un puchero de lentejas, guisos que en la cocina común o en los anafres junto a los quicios, despedían olores y chisporroteo. De alguna sala, como era moda, salía la canción de la Lirio, “con sus sienes moraditas, color de la encoplada” que hacía al *Churri* acordarse, cada vez que la oía cantar, de los caramelos de malvavisco del casero y, en su imaginación, se ponía dos cristales de dulce moraditos por las sienes de tanto sufrir, entre unos rizos, que se imaginaba como los de Estrellita Castro en aquello de María de la O, que a lo mejor era la misma con otro mote porque también era “desgraciaíta, teniéndolo tó”.

Y entonces, en estas meditaciones, mientras chupeteaba la raspa de una boga, como quien se baja de un trono, se descabalgó el *Fonta* de la silla y, acercándose al casero, fue cantando en voz alto una a una las monedas mientras las iba sacando del bolsillo y poniéndolas en la palma de la otra mano: -¡aquí tiene, mis doce pesetas!- y las echaba como quien tira la chapa a la rana, sobre la mesilla, y le tomó, de un volatillón, el recibo que alargaba el casero, volviéndose rezongando, pero para que le oyera: -¡pa botica, le sirva pa botica!-

Y cuando el casero se iba:

-¡buenas tardes, señoras, buenas tardes, señores!-

-¡que Dios le guarde, vaya usted con Dios!- repetían la Bonosa y parte del vecindario. Toda la paz volvía a los patios, ya sin intrusos de clase y lejos de la cafarnaún de la calle, con sus rateros y sus putas por las esquinas, recayendo la cotidiana placidez familiar, donde alguien cosía, alguien descansaba, alguien trabajaba, alguien dormía, alguien montaba trifulca, a lo mejor de agarrada y gritos, espectáculo sano y superable en breve trance, alguien con alguien, por los quicios, silla con silla, en pareja, se besaba, desplumando la pava de la felicidad gratuita.

16

La vuelta del *Churrifloja*.

El desalojo se produjo en 1963. Aunque cinco años antes, en agosto de 1958 ya salió en los papeles lo de la “delimitación del polígono” que era ya, desde ese instante, una condena de muerte, aplazada. Primero apareció en el boletín de la provincia y luego en el periódico de los gobernadores y esas cosas que le dicen el “boe”. Desde ese momento todo fue empapelar el asunto, declarando de urgencia la ocupación de los terrenos, convocando a los propietarios y arrendatarios, y en abril de 1962 la subasta de las obras de los nuevos polígonos. Al principio, la gente de la *Casa de los Muchos* ni se enteró de lo que se estaba tramando a sus espaldas. Pero, poco a poco, las personas que tenían estudios y las que tenían industrias y propiedades se fueron informando de pe a pa y nombrando abogados y esas cosas.

El caso es que el delegado del Ministerio de la Vivienda en Córdoba, que era un militar llamado Juan Rueda Serrano, que se enchufó en la fábrica de Cerveza el Águila de director y baranda, montó lo que llamaban el calendario, que siempre se había creído que eso era un almanaque, pero que en realidad era el emplazamiento para derribar aquellas geografías.

La gente, cuando se enteró, empezó a remover Roma con Santiago no sólo en la *Casa de los Muchos*, sino en todo el poverío del contorno. Los inquilinos dejaron de pagar a los caseros, que para cuatro días que nos quedan, y los caseros dejaron de hacer las mínimas obras de mantenimiento, con lo que antes de que entraran los tractores, muchas casas se derrumbaron.

Pegados a la espalda del matadero había unos vecinos a los que se les cayeron los chozajos encima, cerca de una casa de pieles y huesos que se llamaba de Rumbao. El invierno de 1963 fue muy duro. Llovía como si se fuera a acabar el mundo. Y los temporales acabaron de hundir el albergue que ocupaba un carrero muy bruto aunque noble, conocido por Antonio King-Kong.

Al caérsele con las tormentas los palos del sombrero, se presentó King-Kong en las oficinas del Ministerio de la Vivienda que las habían puesto en el último piso de una casa nueva y muy alta que habían levantado por Vista Alegre, cerca del Charco de la Pava, y se va en busca del delegado y le dice:

-oiga usted, don Juan, mire, que se me ha caído la casa y no tengo donde meterme y tengo los apaños y los muebles ahí abajo en el carro-

-pues anda y vete y te metes en Casa del Rumbao que ya está desalojado y tiene cobrados sus buenos duros, con lo que te pasas estos días, mientras se te apaña algo-. Y se fue donde estaba el negocio de los Rumbao y en vista de que aquello eran todo naves y estaban pobladas de goteras que de quedarse tenía que dormir con paraguas, decidió meterse en las oficinas del negocio, lugar que estaba mas saneado, hasta el punto de que en ellas se seguían llevando las operaciones mercantiles y estaban ocupadas por varios administrativos. Entrando en las oficinas un mostrador separaba los oficinistas de los visitantes. Se acercó hasta el mostrador Antonio King-Kong. Estaba escribiendo a máquina el dueño del negocio, y va y le dice:

-mire, don Manuel, que resulta que me han ordenado en la Vivienda que se salgan los oficinistas que me tengo que mudar aquí, vamos dentro de un rato que es ahora mismo, que tengo el carro ahí fuera y se me están mojando los muebles-

-¡pero yo cómo voy a desalojar mi negocio, que aquí están mis archivos, que esto es una locura!- protestaba el negociante, con lo que el King-Kong le dio otra vez ronzal al mulo y se presentó de nuevo en la delegación del Ministerio:

-que dice que no se va ni muerto, que allí está su negocio y usted dirá qué hago, que dice que vuelva cuando pasen diez o doce días y yo no voy a estar como perro en la calle-. Y al delegado le salieron las estrellas de comandante y va y le dice que ni diez ni doce, ni una hora que vaya y se aposente de orden suya. Con cuya orden se llegó de nuevo King-Kong a donde el peletero y en medio del patio había un hierro, un palier roto de un camión y tomándolo en la mano entró de nuevo en las oficinas y lo metió por debajo del mostrador, haciendo palanca y tiró patas arriba todo, mostrador, libros de

teneduría y contabilidad, máquinas y papeles y los oficinistas se subían a las mesas y gritaban “¿dónde están los guardias?, ¿a ver si esto es otra revolución?”. Total que urgidos y ayudados por Antonio King-Kong sacaron casi todos los muebles de la oficina al patio y éste comenzó a llevar sus cosas y a instalarse, que llevó su cama, su mesilla de noche, sus colchones, se trajo a la mujer, los dos chiquillos y allí armaron sábado barriendo y fregando lo que había sido oficina, aunque todavía quedaban archivos y papeles y cuando se iba a hacer de noche llegó Carlos, el que se compró un motocarro para el negocio de la chatarra, y va y le dice: -Antonio, ¿qué me han dicho que te has mudado?-, y el otro va y dice: -sí, Carlos, pasa, que aquí tienes tu casa- y le contó la odisea y va y le dice: -mira qué suerte que de caérseme el techo encima y las goteras en la cama, me he mudado y vivo como un señorito, que mira que tengo hasta teléfono- y señalaba el del negocio de Rumbao, y dice: -ahora verás que con el teléfono me voy a feriar, porque me pueden llamar para encargarme los portes- y se reía el ladino.

Otra que tuvo que salir de andana fue Josefina, que era una viuda ya de edad, que vivía alojada en el Corralón de Casana. Provenía de algún pueblo de la provincia, de la parte de la sierra. Entró en el corralón en sociedad con uno que criaba marranos. El otro ponía los bichos y ella hacía de porquera. El socio era un tal Jiménez, que era representante de cosas de embutidos y chacinería, que vivía en la calle el Baño, que le dicen Carlos Rubio. Josefina, que había vivido en la calle Buenos Vinos, se mudó al corralón al hacer la sociedad con el choricero. Sería por el año 55. Había un chumbar donde todos los niños de la barriada se asaetaban cada verano. Amador, que se hizo un chozo junto al chumberal, pasaba allí prácticamente el día. Era dueño o medio dueño del Corralón de Casana, pero como le gustaba beber vino y andaba en lenguas de la familia, decidió mudarse a su isla y haciéndose su chozo en el corralón se lo pasaba allí tan ricamente con sus dos o tres litros diarios, y fue entonces cuando le dijo la Josefina: -Amador, que si usted quiere yo le limpio y le cuido el chozo y me mudo aquí que me viene mejor que vivir en la calle Buenos Vinos para atender a

los marranos-. Y Amador no lo vio malamente y la admitió en el chozo. Entonces se hizo patrona de toda una república de gatos, que pasarían de doscientos los que andaban de pernoctas por aquellas corraleras poco habitadas, y que tenían allí posada porque cerca estaba el matadero y los negocios de las pieles, sebos y esas cosas que siempre dan desperdicios para estos animales poco remilgosos. Pero es que junto a los gatos convivían una rehala de perros callejeros, que acabaron por hacer amistad entre unos y otros y Josefina, que tenía el corazón blando y dulce como el almíbar de cidra, se llevaba allí al corralón todos los perros y gatos que se encontraba en la calle, que raro era el día, en que saliendo fuera, no regresaba con dos o tres en brazos, que ella a todos les daba cobijo con su carrillo lleno de pienso de aflecho amasado para echarle de comer a los marranos, llevaba siempre detrás de ella una procesión de dieciocho o veinte gatos y perros. Y todos tenían su nombre, que ella los bautizaba, y había una gata que se llamaba Florina y otra la Chatina y a un gato que tenía el cuerpo blanco y el rabo negro le llamaba Mateo y tenía una perra que le llamaba la Tetona que le daba de mamar a los gatos, cosas que allí veían y nadie se podía creer. Cuanto más desgraciados fueran los animales y más lisiados, más los quería y protegía la Josefina. Así, si un pollo se quedaba cojo, ella iba y le daba unturas que hacía con mantecas de cerdo y trementinas y yerbas y cosas de los curanderos y los vendaba, y en llegando la hora de echarles de comer “mini, mini, tita, tita”, se juntaba allí todo el galimatías de perros, gatos, gallinas, una cosa de novela, de no ser cierta y haberla yo visto con estos ojos que se tiene que tragar la tierra.

Claro, que no tenía mas chico el corazón el amo, Amador, que daba allí cobijo gratuito a todo el que llegaba. Había un zapatero que acudió y aunque no se llevaba muy bien con Josefina, que prefería los animales a los hombres, se hizo otro chozo en el lado de las chumberas, por donde está ahora la calle que llaman Hernando de Magallanes, que éste era el sitio del corralón. Puso en su chozo mesilla de zapatero y en ella arreglaba los zapatos de la vecindad, de quienes no eran

parroquia del Onofre en la *Casa de los Muchos*. Vivía también solo y todo el estipendio de su negocio iba destinado al vino, que era cliente de los Gallegos y de la taberna de Mariana en la calle Ravé. Con el tiempo este zapatero abrió industria en la calle el Tinte, por Santiago, pero eso fue antes de que echaran a todas las almas de las corralas. Cuando vino a la calle el Tinte estuvo allí de portalero un par de años, pero como no pagaba la renta le dijeron que se fuera y volvió a lo que quedaba de corralón. Quedaba todavía allí una habitación en malas condiciones, entrando al fondo. Con el tiempo se puso muy malo y la mujer del propio Amador le llevaba un pucherillo con comida, de vez en cuando. Pero el zapatero era un hombre muy orgulloso que nunca admitió limosna. Al cabo se murió de necesidad. Cogió un enfriamiento de vivir en aquellas condiciones, que dormía en un catre que se fabricó con cuatro palos por patas y una tela metálica y se tapaba por toda cobija con sacos, con esteras, cosas que pillaba por los corralones desahuciados. Cuando todavía trabajaba, de noche, se alumbraba con recortes de los tacones de zapatos que prendía como antorchas, ponía de pié los bidones, los encendía y aquello iba ardiendo, ardiendo, como si fueran velas. Por la mañana, salía el pobre todo negro de las pavesas y el humo empringador que producía aquello. Cuando Carlos, el de la chatarra, que anda ahora de anticuario de puertas en la calleja del Tinte, cuenta que el día que se lo llevaban para el hospital eran las nueve de la mañana y lo llamó, que Carlos tenía allí al lado la chatarrería, que todavía vivía su padre y fue le dijo: - hombre, Carlos, haz el favor de liar el jergón y me lo guardas por si por casualidad me dan suelta, si no la diño-.

Y la diño, precisamente cuando empezaron a llegar los tractores, para acometer lo que llamaban “la segunda fase”, que la primera había sido por las huertas del Santuario, llegando desde el cementerio hasta casi Cañero, que fue a pálpitos, aquí hacen una casa, aquí derriban otra.

Y los últimos días, las mujeres salían de la *Casa de los Muchos* a barrer la puerta, cuarenta o cincuenta, todas con escobas:

-que para qué coño-

-pues mira tú, para que no nos digan guarras, que de mí nadie ha podido decir nunca nada- decían y se iban por los cubos al piloncillo, cerca de la entrada que estaba continuamente con el chorro abierto, porque era del cabildo y no se pagaba porque había derecho a una paja y para aligerar echaban también los cubos al pozo, con la garrucha, dale que te pego, poniendo la casa en estado de revista.

Y entonces, ya por el 63, empezaron a derribar. Y llegaba el alguacil con todos los papeles y llamaba a todos los propietarios del contorno y a los inquilinos, que se hizo el censo y empezaba por los primeros y decían por parcelas: parcela 15, Manuela Poyato; y así, nombrando y nombrando, Julia Leal, Bartolomé Torrico, Francisco Torralbo, Enrique Vaquero, Ángel Córdoba, Manuel Montilla, José Rodríguez, Rafael Vaquero, Encarnación Casana, Rosa Pavón, Antonio Herrera, Rafael Navarro, Rafael Soto, Francisco Arroyo, Miguel Navas, Rafael Montilla, Carmen Barrionuevo, Pedro Artacho, Alfonso Ariza, José Romero, Carmen Herrera, Joaquín Jaén, Juan Caparrós, Carmen Caparrós; que estos dos últimos eran los dueños de la *Casa de los Muchos*, en el expediente, parcelas 113 y 114 de 1073 metros cada una de las dos, que estaba indivisa de herencia, o sea más de dos mil ciento cuarenta y seis metros entre salas, corrales, cuadras, gallineros, tapias, con la picota esperando, con los tractores esperando y la gente de mudanza:

-adiós, Bonosa-

-*Moli*, llévame al niño- que ya no era niño, que andaba de más de veinticinco años y la *Sole* lo mismo, los dos solteros y ennoviados desde niños y esperando una casa para casarse, enmaridarse de una vez por todas y les dieron unos albergues por el arroyo Cantarranas, en Las Palmeras, barrio provisional de uralita.

Y al cabo del tiempo, en el mismo jardín, donde los arriates habían desaparecido y arrancado los limoneros y derribado las salas y la fuente y el piloncillo y los retretes y el patio de los besos y no había más que solar con trazas de cal señalando cimientos, levantaron bloques, desde el Cádiz hasta cerca del matadero. Hicieron detrás otra calle, por donde daba la calleja la vuelta para la Casa de Recogimiento y la Huerta de las Flores de Calzaíto, el que fue novillero, y otra calle Hernando de Magallanes. Y levantaron bloques de siete plantas. Y el *Churri* se fue a la delegación del Ministerio de la Vivienda y dijo que él era Molina, el hijo del *Moli* y que estaba allí apuntado y que quería volver al mismo sitio donde nació y le hicieron una instancia a su nombre y otra a nombre de su padre y otra a nombre de Aciscla, y así los que quisieron volver. Y pasó el tiempo y repartieron pisos que tenían ascensor y en vez de patios unas zonas abiertas y huecos debajo de los bloques, como soportales bajo los que se pasaba. Y se pobló el lugar otra vez, siete plantas por cuatro pisos por planta, veintiocho vecinos por bloque y la *Casa de los Muchos*, ocupada por tres o cuatro bloques, otra vez Casa de Muchos. Pero eran otros. No había patios, no había olor de verano, ni olmos en la carretera, ni niños jugando, ni los gallos de Andrés, ni las copletas del Onofre. Y cuando le dieron piso se fue a ver la *Sole*, que estaba amarilla como limón y le dijo: -*Sole*, vamos a casarnos y nos vamos a la casa y vivimos otra vez como cuando éramos niños-. Y la *Sole*, que se había despegado los tres años que vivió en los albergues y le había ocultado nuevas querencias y oficio de pasear calle y de andar de cochera sacando buenas perras, se lo dijo de pronto, cuando él le enseñó la llave y le contó como una bocanada de sangre negra que llevaba un tiempo puteando y que sacaba buenos cuartos y que no le parecía bien casarse ahora, que le marchaban las cosas y el *Churri* se quedó sin voz y se le cayeron dos lágrimas y se dio la vuelta y se fue solo y en los bolsillos tocaba la llave de su casa y era del mismo sitio, de la *Casa de los Muchos*, otros muchos y se fue a su piso nuevo, todavía sin muebles y ya había allí prójimos y prójimas por los ascensores y era otra gente, gente distinta, que en poco tiempo ganarían fama, mala fama para la calle donde reinó la alegría.

Y el *Churri* se acordaba de la *Sole*, subiendo en el ascensor a la séptima planta y se acordaba del juego de la pajuela y de los juegos de niños, allí abajo decía, asomado a la ventana, allí estaba la alcantarilla y el viejo olmo, donde se quedaron las dos bocas paradas. Y el *Churri* dio un salto por la ventana y se estrelló boca arriba, mirando a las estrellas, y otra vez, como cuando niño, con el golpe, se le había ido el punto y estaba toda la portañuela mojada con los orines de la muerte. Y gentes que no lo conocían avisaron a los municipales, allí al lado, y llegaron los municipales y el juez de guardia y ...

Adenda

En el expediente administrativo del Ministerio de la Vivienda, que comprende el proyecto de construcción del Polígono de la Fuensanta y Santuario de Córdoba, figuran como parcelas 113 y 114 las dos unidades catastrales y registrales que unidas formaron la Casa de los Muchos, cuyos moradores, en clave son los protagonistas de esta narración.

En el momento de expropiar, las dos parcelas estaban inscritas a nombre de dos hermanos, María del Carmen Caparrós Moreno, con el número 37 del Campo de san Antón o Madre de Dios, a la que se le asigna el número 114 en el plano expropiatorio y de Juan Caparrós Moreno, titular de la parcela 113, a la que se le atribuye el número 35 de los mismos campos. No obstante, ambas parcelas, en realidad componían una unidad comunicada por patios con portón al Campo de San Antón y portillo falso a la calleja del Cádiz.

Los arrendatarios sufragaban alquileres mensuales entre 29 pesetas y 200 en el año 1963. La ley le concedió un máximo de veinticuatro mensualidades de indemnización al desahuciarlos. Sus nombres auténticos, en cuanto a los cabezas de familia, son los siguientes:

Parcela 114, titular María del Carmen Caparrós Moreno.

Arrendatarios.

María Córdoba Barrilero

Rafael Medina Jiménez

Rafael Rodríguez Solano

María José Sánchez Mateo

Antonio Fernández Doblado

Francisco Alemany Soler

Carmen Caparrós García

Gabriel Naranjo Naranjo

Francisca Parra García

Rosario Álvarez Fernández

Fernando Robles Soler
José Ríos Castro
Ramona Luque Ferrando
Julia Cecilia Infante Cabrera
María Caparrós Galindo
Honosífora Jiménez Fernández

Parcela 113, titular Juan Caparrós Moreno.

Arrendatarios que la habitaban en 1963:

María Luisa Lozano Fernández
Rafael Sánchez Castro
Carmen Caparrós García
José Tarín Caparrós
María Encarnación Tejada Molina
Aurora Pérez Ortiz
Eduardo Jiménez Zayas
Damián Caparrós Urbano
Victoriano Luque Romero
Juan Urbano Pascual
Juan Mercado Gutiérrez
Salvador Barona Rodríguez
Antonio Martínez Caraballo
Emilio García Mingallón
José Jiménez Fernández
Gonzalo Valenzuela Torres
Miguel Romero Jaén
Mateo Zamora Porcel
Juan Muñoz Rubio
Santiago González Parras
Diego Caparrós Mañani
Eduardo Delgado Moreno
Antonio Robles Salas
Manuel Vega Cortés
Manuel Arroyo Junquito
Cristina Palos López
Antonio Urbano Pascual
Antonio García García
Rafael Canales Córdoba

María Carmona Alonso
Manuel García García
Enrique Caparrós García
Josefa García Sánchez
Rafael Pérez Gutiérrez
Juana Montoya Fernández
Dolores García Navarro
Antonio Guillén Romero
José Caparrós García
Juan Mañani Velasco

En total 57 familias, de los que quedan identificados los nombres de 56 de los cabezas de familia. El desahucio comenzó el 18 de febrero de 1963. Este día y los dos siguientes el Guadalquivir experimentó una gran crecida, como consecuencia del temporal de lluvias, cayéndose un gran paño de murallón, de 5.000 metros cúbicos.

Nota del Editor:

Este libro es electrónico, esta circunstancia ofrece algunas ventajas y algunos inconvenientes.

Nuestro propósito es editarlo próximamente también en formato tradicional y distribuirlo a través de librerías.

No obstante quisiéramos con esta edición digital gratuita hacer partícipes de la historia a nuestros lectores. A este fin hemos habilitado un mecanismo de participación on line que permite mostrar sus opiniones y comentarios.

Estaremos encantados de recibir sus aportaciones y mantener viva la historia que es la vida misma de los ciudadanos entorno a esta Casa de los Muchos.

Web del Autor y Web de la Asociación Sebastián Cuevas:
www.sebastiancuevas.com

Para la Descarga Gratuita y hacernos llegar sus Comentarios pulse [Aquí](#)



La Casa de los Muchos es una novela de naturaleza costumbrista, narra la historia real de una casa de vecinos en Córdoba. Por ella desfilan personajes "menestrales y humildes", en un abigarrado fresco de la Córdoba de postguerra.

Invito a los que no conozcan la obra a aprovechar la oportunidad de su edición digital para sumergirse en este peculiar universo de seres reales, de carne y hueso, que cada mañana luchaban por la vida a su manera, en definitiva, como lo siguen haciendo hoy tantos y tantos seres humanos para los que la tarea de vivir e incluso de sobrevivir es un duro oficio. (del Prólogo de Rafaela Valenzuela Jiménez).